

HISTORIA
DE LA CONQUISTA
DE MÉJICO,

POBLACION Y PROGRESOS
DE LA AMÉRICA SETENTRIONAL,
CONOCIDA POR EL NOMBRE
DE NUEVA ESPAÑA.

ESCRIBIALA
DON ANTONIO DE SOLIS,
Secretario de S. M. y su Cronista mayor de las Indias.

TOMO II.

PARIS.

EN LA LIBRERIA HISPANO-FRANCESA
DE BOSSANGE PADRE, CALLE DE RICHELIEU, N° 60.

1826.

3

772.62

8657

1826

1.2

614226

HISTORIA

DE LA CONQUISTA, POBLACION Y PROGRESOS

DE LA

NUEVA ESPAÑA.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Dase noticia del viage que hicieron á España los enviados de Cortés; de las contradicciones y embarazos que retardaron su despacho.

RAZON es ya que volvamos á los capitanes Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, que partieron de la Vera Cruz con el presente y cartas para el rey; primera noticia y primer tributo de la Nueva España. Hicieron su viage con felicidad, aunque pudieron aventurarla

por no guardar literalmente las órdenes que llevaban; cuyas interpretaciones suelen destruir los negocios, y aciertan pocas veces con el dictámen del superior. Tenia Francisco de Montejo en la isla de Cuba, cerca de la Habana, una de las estancias de su repartimiento; y cuando llegaron á vista del cabo de San Anton, propuso á su compañero, y al piloto Anton de Alaminos, que seria bien acercarse á ella, y proveerse de algunos bastimentos de regalo para el viage, pues estando aquella poblacion tan distante de la ciudad de Santiago, donde residia Diego Velazquez, se contravenia poco á la sustancia del precepto que les puso Cortés, para que se apartasen de su distrito. Consiguió su intento, logrando con este color el deseo que tenia de ver su hacienda; y arriesgó no solo el bajel, sino el presente, y todo el negocio de su cargo; porque Diego Velazquez, á quien desvelaban continuamente los celos de Cortés, tenia distribuidas por todas las poblaciones vecinas á la costa diferentes espías, que le avisasen de cualquiera novedad, temiendo que enviase alguno de sus navíos á la isla de Santo Domingo, para dar cuenta de su descubrimiento, y pedir socorro á los religiosos gobernadores, cuya instan-

cia deseaba prevenir y embarazar. Supo luego por este medio lo que pasaba en la estancia de Montejo, y despachó en breves horas dos bajeles muy veleros, bien artillados y guarnecidos, para que procurasen aprehender á todo riesgo el navío de Cortés; disponiendo la faccion con tanta celeridad, que fue necesaria toda la ciencia y toda la fortuna del piloto Alaminos para escapar de este peligro, que puso en contingencia todos los progresos de Nueva España.

Bernal Diaz del Castillo mancha con poca razon la fama de Francisco de Montejo, digno por su calidad y valor de mejores ausencias: culpale de que faltó á la obligacion en que le puso la confianza de Cortés: dice, que salió á su estancia con ánimo de suspender la navegacion, para que tuviese tiempo Diego Velazquez de aprehender el navío: que le escribió una carta con el aviso: que la llevó un marinero, arrojándose al agua, y otras circunstancias de poco fundamento, en que se contradice despues, haciendo particular memoria de la resolucion y actividad con que se opuso Francisco de Montejo en la corte á los agentes y valedores de Diego Velazquez; pero tambien escribe que no hallaron estos enviados

de Cortés al emperador en España; y afirma otras cosas, de que se conoce la facilidad con que daba á todo oídos y que se deben leer con recelo sus noticias en todo aquello que no le informaron sus ojos. Continuaron su viage por el canal de Bahama, siendo Anton de Alaminos el primer piloto que se arrojó al peligro de sus corrientes, y fue menester entonces toda la violencia con que se precipitan por aquella parte las aguas entre las islas Lucayas y la Florida, para salir á lo ancho con brevedad, y dejar frustradas las asechanzas de Diego Velazquez.

Favoreciéolos el tiempo, y arribaron á Sevilla por octubre deste año, en menos favorable ocasion, porque se hallaba en aquella ciudad el capellan Benito Martin, que vino á la corte, como dijimos, á solicitar las conveniencias de Diego Velazquez; y habiéndole remitido los títulos de su adelantamiento, aguardaba embarcacion para volverse á la isla de Cuba. Hízole gran novedad este accidente y valiéndose de su introduccion y solicitud, se querelló de Hernan Cortés, y de los que venian en su nombre, ante los ministros de la contratacion, que ya se llamaba de las Indias; refiriendo « que aquel navío era de su

amo Diego Velazquez, y todo lo que venia en él perteneciente á sus conquistas : que la entrada en las provincias de Tierra Firme se habia ejecutado furtivamente , y sin autoridad , alzándose Cortés y los que le acompañaban con la armada que Diego Velazquez tenia prevenida para la misma empresa : que los capitanes Portocarrero y Montejo eran dignos de grave castigo , y por lo menos se debia embargar el bajel y su carga mientras no legitimasen los títulos, de cuya virtud emanaba su comision. » Tenia Diego Velazquez muchos defensores en Sevilla , porque regalaba con liberalidad : y esto era lo mismo que tener razon , por lo menos en los casos dudosos , que se interpretan las mas veces con la voluntad. Admitióse la instancia , y últimamente se hizo el embargo , permitiendo á los enviados de Cortés por gran equivalencia que acudiesen al rey.

Partieron con esta permission á Barcelona los dos capitanes y el piloto Alaminos , creyendo hallar la corte en aquella ciudad ; pero llegaron á tiempo que acababa de partir el rey á la Coruña , donde tenia convocadas las cortes de Castilla , y prevenida su armada para pasar á Flandes , instado ya prolijamente de los clamores de Alema-

nia, que le llamaban á la corona del imperio. No se resolvieron á seguir la corte, por no hablar de paso en negocio tan grave, que mezclado entre las inquietudes del camino, perderia la novedad sin hallar la consideracion: por cuyo reparo se encaminaron á Medellin con ánimo de visitar á Martin Cortés, y ver si podian conseguir que viniese con ellos á la presencia del rey, para que autorizase con sus canas y con su representacion la instancia y la persona de su hijo. Recibióslos aquel venerable anciano con la ternura que se deja considerar en un padre cuidadoso y desconsolado, que ya le lloraba muerto, y halló con las nuevas de su vida tanto que admirar en sus acciones, y tanto que celebrar en su fortuna.

Determinóse luego á seguirlos; y tomando noticia del parage donde se hallaba el emperador (asi le llamaremos ya), supieron que habia de hacer mansion en Tordesillas para despedirse de la reina Doña Juana su madre, y despachar algunas dependencias de su jornada. Aquí le esperaron, y aquí tuvieron la primera audiencia, favorecidos de una casualidad oportuna; porque los ministros de Sevilla no se atrevieron á detener en el embargo lo que venia para el empera-

dor, y llegaron á la misma sazon el presente de Cortés, y los Indios de la nueva conquista: con cuyo accidente fueron mejor escuchadas las novedades que referian: facilitándose por los ojos la estrañeza de los oidos; porque aquellas alhajas de oro, preciosas por la materia y por el arte: aquellas curiosidades y primores de pluma y algodón; y aquellos racionales de tan rara fisonomía, que parecian hombres de segunda especie, fueron otros tantos testigos, que hicieron creible, dejando admirable, su narracion.

Oyólos el emperador con mucha gratitud; y el primer movimiento de aquel ánimo real fue volverse á Dios, y darle rendidas gracias de que en su tiempo se hallasen nuevas regiones donde introducir su nombre, y dilatar su Evangelio. Tuvo con ellos diferentes conferencias; informósese cuidadosamente de las cosas de aquel nuevo mundo; del dominio y fuerzas de Motezuma; de la calidad y talento de Cortés: hizo algunas preguntas al piloto Alaminos concernientes á la uavegacion: mandó que los Indios se llevasen á Sevilla, para que se conservasen mejor en temple mas benigno: y segun lo que se pudo colegir entonces del afecto con que deseaba fomentar aquella empresa,

fuera breve y favorable su resolucion, si no le embarazaran otras dependencias de gravísimo peso.

Llegaban cada dia nuevas cartas de las ciudades con proposiciones poco reverentes: lamentábase Castilla de que se sacasen sus cortes á Galicia: estaba zeloso el reino de que pesase mas el imperio: andaba mezclada con protestas la obediencia; y finalmente se iba derramando poco á poco en los ánimos la semilla de las comunidades. Todos amaban al rey, y todos le perdian el respeto: sentian su ausencia, lloraban su falta, y este amor natural, convertido en pasion, ó mal administrado, se hizo brevemente amenaza de su dominio. Resolvió apresurar su jornada por apartarse de las quejas, y la ejecutó creyendo volver con brevedad, y que no le seria dificultoso corregir despues aquellos malos humores que dejaba movidos. Asi lo consiguió; pero respetando los altos motivos que le obligaron á este viage, no podemos dejar de conocer que se aventuró á gran pérdida, y que á la verdad hace poco por la salud quien se fia del esceso, en suposicion de que habrá remedios cuando llegue la necesidad.

Quedó remitida por estos embarazos la instancia de Cortés al cardenal Adriano, y á la junta de prelados y ministros que le habian de aconsejar en el gobierno durante la ausencia del emperador, con orden para que oyendo al cónsejo de Indias, se tomase medio en las pretensiones de Diego Velazquez, y se diese calor al descubrimiento y conquista esperitual de aquella tierra, que ya se iba dejando conocer por el nombre de Nueva España.

Presidia en este consejo, formado pocos dias antes, Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Burgos, y concurrían en él Hernando de Vega señor de Grajal, D. Francisco Zapata, y D. Antonio de Padilla, del consejo real, y Pedro Mártir de Angleria, proto-notario de Aragon. Tenia el presidente gran suposicion en las materias de las Indias, porque las habia manejado muchos dias, y todos cedían á su autoridad y á su experiencia. Favorecia con descubierta voluntad á Diego Velazquez; y pudo ser que le hiciese fuerza su razon, ó el concepto en que le tenia: que Bernal Diaz del Castillo refiere las causas de su pasion con indecencia y prolijidad; pero tambien dice lo que oyó, y seria mucho menos, ó no seria. Lo

que no se puede negar es, que perdió mucho en sus informes la causa de Cortés, y que dió mal nombre á su conquista, tratándola como delito de mala consecuencia. Representaba que Diego Velazquez, segun el título que tenia del emperador, era dueño de la empresa; y segun justicia, de los mismos medios con que se habia conseguido: ponderaba lo poco que se podia fiar de un hombre rebelde á su mismo superior, y lo que se debian temer en provincias tan remotas estos principios de sedicion; protestaba los daños, y ultimamente cargó tanto la mano en sus representaciones, que puso en cuidado al cardenal y á los de la junta. No dejaban de conocer que se afectaba con sobrado fervor la razon de Diego Velazquez; pero no se atrevian á resolver negocio tan grave contra el parecer de un ministro tan graduado; ni tenian por conveniente desconfiar de Cortés, quando estaba tan arrestado, y en la verdad se le debia un descubrimiento tanto mayor que los pasados, Cuyas dudas y contradicciones fueron retardando la resolucion, de modo que volvió el emperador de su jornada, y llegaron segundos comisarios de Cortés, primero que se tomase acuerdo en sus pretensiones. Lo mas

que pudieron conseguir Martin Cortés y sus compañeros fue , que se les mandasen librar algunas cantidades para su gasto , sobre los mismos efectos que tenían embargados en Sevilla, con cuya moderada subvencion estuvieron dos años en la corte siguiendo los trihunales como pretendientes desvalidos, hecho esta vez negocio particular el interes de la monarquía, de tantas en que suelen hacerse causa pública los intereses particulares.

CAPITULO II.

Procura Motezuma desviar la paz de Tlascala : vienen los de aquella república á continuar su instancia ; y Hernan Cortés ejecuta su marcha, y hace su entrada en la ciudad.

EN el discurso de los seis dias que se detuvo Hernan Cortés en su alojamiento para cumplir con los Mejicanos , se conoció con nuevas experiencias el afecto con que deseaban la paz los de Tlascala, y cuanto se recelaban de los oficios y diligencias de Motezuma : llegaron dentro del plazo señalado los embajadores que se esperaban, y fueron recibidos con la urbanidad acostumbrada. Ve-

nian seis caballeros de la familia real con lucido acompañamiento, y otro presente de la misma calidad, y poco mas valor que el pasado. Habló el uno de ellos, y no sin aparato de palabras y exageraciones ponderó « cuanto deseaba el supremo emperador (y al decir su nombre hicieron todos una profunda humillacion) ser amigo y confederado del príncipe grande á quien obedecian los Españoles, cuya magestad resplandecia tanto en el valor de sus vasallos, que se hallaba inclinado á pagarle todos los años algun tributo, partiendo con él las riquezas de que abundaba; porque le tenia en gran veneracion, considerándole hijo del sol, ó por lo menos señor de las regiones felicísimas donde nace la luz; pero que habian de preceder á este ajustamiento dos condiciones. La primera, que se abstuviesen Hernan Cortés y los suyos de confederarse con los de Tlascala; pues no era bien que hallándose tan obligados de sus dádivas, se hiciesen parciales de sus enemigos: y la segunda, que acabasen de persuadirse á que no era posible ni puesto en razon el intento de pasar á Mejico; porque segun las leyes de su imperio, ni él podia dejarse ver de gentes extranjeras, ni sus vasallos lo permitirian:

que considerasen bien los peligros de ambas temeridades; porque los Tlascaltecas eran tan inclinados á la traicion y al latrocinio, que solo tratarian de asegurarlos para vengarse de ellos, y aprovecharse del oro con que los habia enriquecido; y los Mejicanos tan zelosos de sus leyes, y tan mal acondicionados, que no podria reprimirlos su autoridad, ni los Españoles quejarse de lo que padeciesen, tantas veces amonestados de lo que aventuraban. »

De este genero fue la oracion del Mejicano; y todas las embajadas y diligencias de Motezuma paraban en procurar que no se le acercasen los Españoles. Mirabálos con el horror de sus presagios; y fingiéndose la obediencia de sus dioses, hacia religion de su mismo desaliento. Suspendió Cortés por entonces su respuesta, y solo dijo: « que seria razon que descansasen de su jornada, y que los despacharia brevemente. » Deseaba que fuesen testigos de la paz de Tlascala, y miró tambien á lo que importaba detenerlos, porque no se despechase Motezuma con la noticia de su resolucion: y tratase de ponerse en defensa; que ya se sabia su desprevencion, y no se ignoraba la facilidad con que podia convocar sus ejércitos.

Dieron tanto cuidado en Tlascala estas embajadas, á que atribuian la detencion de Cortés, que resolvieron los del gobierno, por última demostracion de su afecto, venir al cuartel en forma de senado, para conducirle á su ciudad; ó no volver á ella sin dejar enteramente acreditada la sinceridad de su trato, y desvanecidas las negociaciones de Motezuma.

Era solemne y numeroso el acompañamiento, y pacífico el color de los adornos y las plumas. Venian los senadores en andas ó sillas portátiles, sobre los hombros de ministros inferiores; y en el mejor lugar Magiscatzin, que favoreció siempre la causa de los Españoles, y el padre de Jicotencal, anciano venerable, á quien habia quitado los ojos la vejez; pero sin ofender la cabeza, pues se conservaba todavía con opinion de sabio entre los consejeros. Apearonse poco antes de llegar á la casa donde los esperaba Cortés; y el ciego se adelantó á los demas, pidiendo á los que le conducian que le acercasen al capitán de los orientales. Abrazóle con extraordinario contento, y despues le aplicaba por diferentes partes el tacto, como quien deseaba conocerle, supliendo con las manos el defecto de los ojos. Sentáronse todos, y á

ruego de Magiscatzin habló el ciego en esta sustancia :

« Ya , valeroso capitan, seas ó no del género mortal , tienes en tu poder al senado de Tlascala, última señal de nuestro rendimiento. No venimos á disculpar el yerro de nuestra nacion, sino á tomarle sobre nosotros, fiando á nuestra verdad tu desenojo. Nuestra fue la resolucion de la guerra ; pero tambien ha sido nuestra la determinacion de la paz. Apresurada fue la primera, y tarda es la segunda; pero no suelen ser de peor calidad las resoluciones mas consideradas ; antes se borra con trabajo lo que se imprime con dificultad : y puedo asegurar que la misma detencion nos dió mayor conocimiento de tu valor, y profundó los cimientos de nuestra constancia. No ignoramos que Motezuma intenta disuadirte de nuestra confederacion : escúchale como á nuestro enemigo, si no le considerares como tirano ; que ya lo parece quien te busca para la sinrazon. Nosotros no queremos que nos ayudes contra él, que para todo lo que no eres tú , nos bastan nuestras fuerzas : solo sentiremos que fies tu seguridad de sus ofertas, porque conocemos sus artificios y maquinaciones : y acá en mi ceguedad se me

ofrecen algunas luces, que me descubren desde lejos tu peligro. Puede ser que Tlascala se haga famosa en el mundo por la defensa de tu razon : pero dejemos al tiempo tu desengaño, que no es vaticinio lo que se colige fácilmente de su tiranía: y de nuestra fidelidad. Ya nos ofreciste la paz , si no te detiene Motezuma ¿ qué te detiene ? ¿ Por qué te niegas á nuestras instancias ? ¿ Por qué dejas de honrar nuestra ciudad con tu presencia ? Resueltos venimos á conquistar de una vez tu voluntad y tu confianza , ó poner en tus manos nuestra libertad : elige pues de estos dos partidos el que mas te agradare, que para nosotros nada es tercero entre las dos fortunas de tus amigos ó tus prisioneros. »

Asi concluyó su oracion el ciego venerable, porque no faltase algun Apio Claudio en este consistorio, como el otro que oró en el senado contra los Epirotas : y no se puede negar que los Tlascaltecas eran hombres de mas que ordinario discurso, como se ha visto en su gobierno, acciones y razonamientos. Algunos escritores poco afectos á la nacion española, tratan á los Indios como brutos, incapaces de razon , para dar menos estimacion á su conquista. Es verdad que se

C. II.

admiraban
otro género
truosidad
rostros la
vidrio: c
y por fi
de la
miento
ignora
mente
ticia. Di
mitió su
la capaci
sarios á la
á la per
á nuestra
nia, sobr
No pu
tracion d
habiéndos
los Méjica
cion á los
nos presen
agrado y su
con resoluc

2.

admiraban con simplicidad de ver hombres de otro género, color y traje: que tenian por monstruosidad las barbas (accidente que negó á sus rostros la naturaleza): que daban el oro por el vidrio: que tenian por rayos las armas de fuego, y por fieras los caballos; pero todos eran efectos de la novedad, que ofenden poco al entendimiento: porque la admiracion aunque suponga ignorancia, no supone incapacidad, ni propiamente se puede llamar ignorancia la falta de noticia. Dios los hizo racionales; y no porque permitió su ceguedad, dejó de poner en ellos toda la capacidad y dotes naturales, que fueron necesarios á la conservacion de la especie, y debidos á la perfeccion de sus obras. Volvamos empero á nuestra narracion, y no autoricemos la calumnia, sobrando en la defensa.

No pudo resistir Hernan Cortés á esta demonstracion del senado, ni tenia ya que esperar, habiéndose cumplido el término que ofreció á los Mejicanos; y así respondió con toda estimacion á los senadores, y los hizo regalar con algunos presentes, deseando acreditar con ellos su agrado y su confianza. Fue necesario persuadirlos con resolucion para que se volviesen, y lo consi-

guió, dándoles palabra de mudar luego su alojamiento á la ciudad, sin mas detencion que la necesaria para juntar alguna gente de los lugares vecinos, que condujese la artillería y el bagage. Aceptaron ellos la palabra, haciéndosela repetir con mas afecto que desconfianza, y partieron contentos y asegurados, tomando á su cuenta la diligencia de juntar y remitir los Indios de carga que fuesen menester; y apenas rayó la primera luz del dia siguiente, quando se hallaron á la puerta del cuartel quinientos tamenes tan bien industriados, que competian sobre la carga, haciendo pretension de su mismo trabajo.

Tratóse luego de la marcha, púsose la gente en escuadron, y dando su lugar á la artillería y al bagage, se fue siguiendo el camino de Tlascala, con toda la buena ordenanza, prevencion y cuidado que observaba siempre aquel pequeño ejército, á cuya rigurosa disciplina se debio mucha parte de sus operaciones. Estaba la campaña por ambos lados poblada de innumerables Indios, que salian de sus pueblos á la novedad; y eran tantos sus gritos y ademanes, que pudieran pasar por clamores ó amenazas de las que usaban en la guerra, si no dijera Doña Marina, que usaban

tambien de aquellos alaridos en sus mayores fiestas ; y que celebrando á su modo la dicha que habian conseguido , victoreaban y bendecian á los nuevos amigos ; con cuya noticia se llevó mejor la molestia de las voces , siendo necesaria entonces la paciencia para el aplauso.

Salieron los senadores largo trecho de la ciudad á recibir el ejército con toda la ostentacion y pompa de sus funciones públicas, asistidos de los nobles, que hacian vanidad en semejantes casos de autorizar á los ministros de su república. Hicieron al llegar sus reverencias ; y sin detenerse caminaron delante, dando á entender con este apresurado rendimiento lo que deseaban adelantar la marcha, ó no detener á los que acompañaban.

Al entrar en la ciudad resonaron los vítores y aclamaciones con mayor estruendo, porque se mezclaba con el grito popular la música disonante de sus flautas, atabalillos y bocinas. Era tanto el concurso de la gente, que trabajaron mucho los ministros del senado en concertar la muchedumbre, para desembarazar las calles. Arrojaban las mugeres diferentes flores sobre los Españoles ; y las mas atrevidas ó menos recatadas, se acerca-

ban hasta ponerlas en sus manos. Los sacerdotes, arrastrando las ropas talares de sus sacrificios, salieron al paso con sus braserillos de copal ; y sin saber que acertaban, significaron el aplauso con el humo. Dejábase conocer en los semblantes de todos la sinceridad del ánimo ; pero con varios afectos , porque andaba la admiracion mezclada con el contento , y el alborozo templado con la veneracion. El alojamiento que tenian prevenido, con todo lo necesario para la comodidad y el regalo, era la mejor casa de la ciudad; donde habia tres ó cuatro patios muy espaciosos , con tantos y tan capaces aposentos , que consiguió Cortés sin dificultad la conveniencia de tener unida su gente. Llevó consigo á los embajadores de Motezuma por mas que lo resistieron, y los alojó cerca de sí, porque iban asegurados en su respeto ; y estaban temerosos de que se les hiciese alguna violencia. Fue la entrada y última reduccion de Tlascala en veinte y tres de septiembre del mismo año de mil y quinientos y diez y nueve, dia en que los Españoles consiguieron una paz con circunstancias de triunfo, tan durable y de tanta consecuencia para la conquista de Nueva España, que se conservan hoy en aquella provincia dife-

rentes prerogativas y exenciones, obtenidas en remuneracion de aquella primera constancia : honrado monumento de su antigua fidelidad.

CAPITULO III.

Describe la ciudad de Tlascala : quéjase los senadores de que anduviesen armados los Españoles , sintiendo su desconfianza ; y Cortés los satisface , y procura reducir á que dejen la idolatría.

ERA entonces Tlascala una ciudad muy populosa, fundada sobre cuatro eminencias poco distantes, que se prolongaban de oriente á poniente con desigual magnitud ; y fiadas en la natural fortaleza de sus peñascos, contenian en sí los edificios formando cuatro cabeceras ó barrios distintos, cuya division se unia y comunicaba por diferentes calles de paredes grúesas, que servian de muralla. Gobernaban estas poblaciones con señorío de vasallage cuatro caciques, descendientes de sus primeros fundadores, que pendian del senado, y ordinariamente concurrían en él ; pero con sujecion á sus órdenes en todo lo político , y segundas instancias de sus vasallos. Las

casas se levantaban moderadamente de la tierra, porque no usaban segundo techo: su fábrica de piedra y ladrillo, y en vez de tejados, azuteas y corredores: las calles angostas y torcidas, segun conservaba su dificultad la aspereza de la montaña: estraordinaria situacion y arquitectura, menos acomodadas á la comodidad que á la defensa.

Tenia toda la provincia cincuenta leguas de circunferencia, diez su longitud de oriente á poniente, y cuatro su latitud de norte á sur: pais montuoso y quebrado; pero muy fértil y bien cultivado en todos los parages, donde la frecuencia de los riscos daba lugar al beneficio de la tierra. Confinaba por todas partes con provincias de Motezuma: solo por la del norte cerraba mas que dividia sus límites la gran cordillera, por cuyas montañas inaccesibles se comunicaban con los Otomies, Totonagues, y otras naciones bárbaras de su confederacion. Las poblaciones eran muchas, y de numerosa vecindad. La gente inclinada desde la niñez á la supersticion y al ejercicio de las armas, en cuyo manejo se imponian y habilitaban con emulacion; hiciéselos montaraces el clima, ó valientes la necesidad. Abundaban de maiz; y esta semilla respondia tan bien al sudor de los villanos,

que dió á la provincia el nombre de Tlascala , voz que en su lengua es lo mismo que tierra de pan. Habia frutas de gran variedad y regalo : casas de todo género, y era una de sus fertilidades la cochinilla, cuyo uso no conocian, hasta que le aprendieron de los Españoles. Debióse de llamar asi de el grano coccíneo, que dió entre nosotros nombre á la grana ; pero en aquellas partes es un género de insecto, como gusanillo pequeño, que nace y adquiere la última sazón sobre las hojas de un árbol rústico y espinoso, que llamaban entonces tuna silvestre , y ya le benefician como fructífero, debiendo su mayor comercio y utilidad al precioso tinte de sus gusanos, nada inferior al que hallaron los antiguos en la sangre del múrice y la púrpura, tan celebrado en los mantos de sus reyes.

Tenia tambien sus pensiones la felicidad natural de aquella provincia, sujeta por la vecindad de las montañas á grandes tempestades, horribles huracanes, y frecuentes inundaciones del rio Zahual, que no contento algunos años con destruir las mieses y arrancarlos árboles, solia buscar los edificios en lo mas alto de las eminencias. Dicen que Zahual en su idioma significa rio de sarna, porque se cubrian de ella los que usaban de sus aguas en la bebida

ó en el baño : segunda malignidad de su corriente. Y no era la menor entre las calamidades que padecía Tlascala el carecer de sal , cuya falta desazonaba todas sus abundancias ; y aunque pudiera traerla fácilmente de las tierras de Motezuma con el precio de sus granos, tenían á menor inconveniente sufrir el sinsabor de sus manjares, que abrir el comercio á sus enemigos.

Estas y otras observaciones de su gobierno, reparables á la verdad en la rudeza de aquella gente, hacian admiracion, y ponian en cuidado á los Españoles. Cortés escondia su recelo, pero continuaba las guardias en su alojamiento, y cuando salia con los Indios á la ciudad, llevaba consigo parte de su gente, sin olvidar las armas de fuego. Andaban tambien en tropas los soldados, y con la misma prevencion, procurando todos acreditar la confianza, de manera que no pareciese descuido. Pero los Indios, que deseaban sin artificio ni afectacion la amistad de los Españoles, se desconsolaban pundonorosamente de que no se arrimasen las armas, y se acabase de creer su fidelidad, punto que se discurió en el senado : por cuyo decreto vino Magiscatzin á significar este sentimiento á Cortés , y ponderó mucho

« cuanto disonaban aquellas prevenciones de guerra, donde todos estaban sujetos, obedientes y deseosos de agradar : que la vigilancia con que se vivia en el cuartel denotaba poca seguridad; y los soldados que salian á la ciudad con sus rayos al hombro, puesto que no hiciesen mal, ofendieran mas con la desconfianza, que ofendieran con el agravio : « dijo que las armas se debian tratar como peso inútil donde no eran necesarias; y parecian mal entre amigos de buena ley, y desarmados; » y concluyó suplicando encarecidamente á Cortés de parte del senado y toda la ciudad « que mandase cesar en aquellas demostraciones y aparatos, que al parecer conservaban señales de guerra mal fenecida, ó por lo menos eran indicios de amistad escrupulosa. »

Cortés les respondió « que tenia conocida la buena correspondencia de sus ciudadanos, y estaba sin recelo de que pudiesen contravenir á la paz, que tanto habian deseado : que las guardias que se hacian, y el cuidado que reparaban en su alojamiento, era conforme á la usanza de su tierra, donde vivian siempre militarmente los soldados, y se habilitaban en el tiempo de la paz á los trabajos de la guerra; por cuyo medio se

aprendia la obediencia , y se hacia costumbre la vigilancia : que las armas tambien eran adorno y circunstancia de su traje, y las traian como gala de su profesion ; por cuya causa les pedia que se asegurasen de su amistad , y no estrañasen aquellas demostraciones propias de su milicia, y compatibles con la paz entre los de su nacion. Halló camino de satisfacer á sus amigos sin faltar á la razon de su cautela; y Magiscatzin, hombre de espíritu guerrero , que habia gobernado en su mocedad las armas de su república, se agradó tanto de aquel estilo militar y loable costumbre, que no solo volvió sin queja , pero fue deseoso de introducir en sus ejércitos este género de vigilancia y ejercicios, que distinguian y abilitaban los soldados.

Aquietáronse con esta noticia los paisanos ; y asistian todos con diligente servidumbre al obsequio de los Españoles. Conociase mas cada dia su voluntad : los regalos fueron muchos, cazas de todos géneros y frutas estraordinarias, con algunas ropas y curiosidades de poco precio ; pero lo mejor que daba de sí la penuria de aquellos montes cerrados al comercio de las regiones que producian el oro y la plata. La mejor sala del alojamiento se reservó para capilla, donde se levantó

sobre gradas el altar, y se colocaron algunas imágenes con la mayor decencia que fue posible. Celebrábase todos los días el santo sacrificio de la misa con asistencia de los Indios principales, que callaban admirados ó respetivos; y aunque no estuviesen devotos, cuidaban de no estorbar la devocion. Todo lo reparaban, y todo les hacia novedad y mayor estimacion de los Españoles, cuyas virtudes conocian y veneraban, mas por lo que se hacen ellas amar, que porque las supiesen el nombre, ni las ejercitasen.

Un dia preguntó Magitcaszin á Cortés « si era mortal : porque sus obras y las de su gente parecian mas que naturales, y contenian en sí aquel género de bondad y grandeza que consideraban ellos en sus dioses ; pero que no entendian aquellas ceremonias, con que al parecer reconocian otra deidad superior, porque los aparatos eran de sacrificio, y no hallaban en él la víctima ó la ofrenda con que se aplacaban los dioses ; ni sabian que pudiese haber sacrificio sin que muriese alguno por la salud de los demas. »

Con esta ocasion tomó la mano Cortés, y satisfaciendo á sus preguntas, confesó con ingenuidad « que su naturaleza y la de todos sus soldados era

mortal : » porque no se atrevió á contemporizar con el engaño de aquella gente, cuando trataba de volver por la verdad infalible de su religion ; pero añadió « que , como hijos de mejor clima tenian mas espíritu y mayores fuerzas que los otros hombres ; » y sin admitir el atributo de inmortal , se quedó con la reputacion de invencible. Díjoles tambien « que no solo reconocian superior en el cielo, donde adoraban al único Señor de todo el universo ; pero tambien eran súbditos y vasallos del mayor príncipe de la tierra , en cuyo dominio estaban ya los de Tlascala , pues siendo hermanos de los Españoles , no podian dejar de obedecer á quien ellos obedecian. » Pasó luego á discurrir en lo mas esencial ; y aunque oró fervorosamente contra la idolatría , hallando con su buena razon bastantes fundamentos para impugnar y destruir la multiplicidad de los dioses , y el horror abominable de sus sacrificios : cuando llegó á tocar en los misterios de la fe , le parecieron dignos de mejor esplicacion , y dió lugar (discreto hasta en callar á tiempo) para que hablase el padre fray Bartolome de Olmedo. Procuró este religioso introducirlos poco á poco en el conocimiento de la verdad , esplicando como docto

y como prudente los puntos principales de la religion cristiana ; de modo que pudiese abrazarlos la voluntad sin fatiga del entendimiento ; porque nunca es bien dar con toda la luz en los ojos á los que habitan en la oscuridad. Pero Magiscatzin y los demas que le asistian, dieron por entonces poca esperanza de reducirse. Decian « que aquel Dios á quien adoraban los Españoles, era muy grande, y seria mayor que los suyos ; pero que cada uno tenia poder en su tierra : y allí necesitaban de un dios contra los rayos y tempestades, de otro para las avenidas y las mieses, de otro para la guerra, y asi de las demas necesidades, porque no era posible que uno solo cuidase de todo. » Mejor admitieron la proposicion del señor temporal, porque se allanaron desde luego á ser sus vasallos, y preguntaban si los defenderia de Motezuma : poniendo en esto la razon de su obediencia : pero al mismo tiempo pedian con humildad y encogimiento, « que no saliese de allí la plática de mudar religion, porque si lo llegaban á entender sus dioses, llamarian á sus tempestades y echarian mano de sus avenidas, para que los aniquilasen : » asi los tenia poseidos el error, y atemorizados el demonio. Lo mas que se pudo

conseguir entonces fue que dejasen los sacrificios de sangre humana, porque les hizo fuerza lo que se oponian á la ley natural ; y con efecto fueron puestos en libertad los miserables cautivos que habian de morir en sus festividades , y se rompieron diferentes cárceles y jaulas , donde los tenian , y preparaban con el buen tratamiento, no tanto porque llegasen decentes al sacrificio, como porque no viniesen deslucidos al plato.

No quedó satisfecho Hernan Cortés con esta demostracion, antes proponia entre los suyos que se derribasen los ídolos, trayendo en consecuencia la faccion y el suceso de Zempoala; como si fuera lo mismo intentar semejante novedad en lugar de tanto mayor poblacion : engañábale su celo, y no le desengañaba su ánimo. Pero el padre fray Bartolomé de Olmedo le puso en razon, diciéndole con entereza religiosa «que no estaba sin escrúpulo de la fuerza que se hizo á los de Zempoala, porque se compadecian mal la violencia y el Evangelio; y aquello en la sustancia era derribar los altares y dejar los ídolos en el corazon.» A que añadió, « que la empresa de reducir aquellos gentiles pedia mas tiempo y mas suavidad, porque no era buen camino para dar-

C. 111.

les á
res la
deste
de c
rind
los
tra
de
ob
la d
y po

Despac
reco
resu

PASAD
estas pr
ánimo C
jeanos.
rendidos
respuesta

les á conocer su engaño , malquistar con torcedores la verdad; y antes de introducir á Dios, se debia desterrar al demonio : guerra de otra milicia y de otras armas.» A cuya persuasion y autoridad rindió Hernan Cortés su dictámen, reprimiendo los ímpetus de su piedad , y de allí adelante se trató solamente de ganar y disponer las voluntades de aquellos Indios , haciendo amable con las obras la religion, para que á vista dellas conociesen la disonancia y abominacion de sus costumbres, y por estas la deformidad y torpeza de sus dioses.

CAPITULO IV.

Despacha Hernan Cortés los embajadores de Motezuma : reconoce Diego de Ordaz el volcan de Popocatepec , y se resuelve la jornada por Cholula.

PASADOS tres ó cuatro dias que se gastaron en estas primeras funciones de Tlascala , volvió el ánimo Cortés al despacho de los embajadores mejicanos. Detúvolos para que viesén totalmente rendidos á los que tenían por indómitos; y la respuesta que les dió fue breve y artificiosa : « que

dijesen á Motezuma lo que llevaban entendido, y habia pasado en su presencia : las instancias y demostraciones con que solicitaron y merecieron la paz los de Tlascala : el afecto y buena correspondencia con que la mantenian : que ya estaban á su disposicion, y era tan dueño de sus voluntades, que esperaba reducirlos á la obediencia de su príncipe ; siendo esta una de las conveniencias que resultarían de su embajada, entre otras de mayor importancia que le obligaban á continuar el viage, y á solicitar entonces su benignidad, para merecer despues su agradecimiento. » Con cuyo despacho y la escolta que pareció necesaria, partieron luego los embajadores, mas enterados de la verdad, que satisfechos de la respuesta. Y Hernan Cortés se halló empeñado en detenerse algunos dias en Tlascala, porque iban llegando á dar la obediencia los pueblos principales de la república, y las naciones de su confederacion : cuyo acto se revalidaba con instrumento público, y se autorizaba con el nombre del rey Don Carlos, conocido ya y venerado entre aquellos Indios, con un género de verdad en la sujecion, que se dejaba colegir del respeto que tenian á sus vasallos.

Sucedió por este tiempo un accidente, que hizo

novedad á los Españoles, y puso en confusion á los Indios. Descúbrese desde lo alto del sitio donde estaba entonces la ciudad de Tlascala, el volcan de Popocatepec, en la cumbre de una sierra, que á distancia de ocho leguas descuella considerablemente sobre los otros montes. Empezó en aquella sazon á turbarse el dia con grandes y espantosas avenidas de humo, tan rápido y violento, que subia derecho largo espacio del aire, sin ceder á los ímpetus del viento, hasta que perdiendo la fuerza en lo alto, se dejaba esparcir y dilatar á todas partes, y formaba una nube mas ó menos oscura, segun la porcion de ceniza que llevaba consigo. Salian de cuando en cuando mezcladas con el humo algunas llamaradas ó globlos de fuego que al parecer se dividian en centellas, y serian las piedras encendidas que arrojaba el volcan, ó algunos pedazos de materia combustible, que duraban segun su alimento.

No se espantaban los Indios de ver el humo, por ser frecuente y casi ordinario en este volcan; pero el fuego, que se manifestaba pocas veces, los entristecia y atemorizaba, como presagio de venideros males; porque tenian aprendido que las centellas cuando se derramaban por el aire, y no

volvian á caer en el volcan, eran las almas de los tiranos que salian á castigar la tierra; y que sus dioses cuando estaban indignados, se valian de ellos como instrumentos adecuados á la calamidad de los pueblos.

En este delirio de su imaginacion estaban discurrendo con Hernan Cortés Magiscatzin, y algunos de aquellos magnates que ordinariamente le asistian; y él reparando en aquel rudo conocimiento que mostraban de la inmortalidad, premio y castigo de las almas procuraba darles á entender los errores con que tenian desfigurada esta verdad, cuando entró Diego de Ordaz á pedirle licencia para reconocer desde mas cerca el volcan, ofreciendo subir á lo alto de la sierra, y observar todo el secreto de aquella novedad. Espantáronse los Indios de oir semejante proposicion; y procurando informarle del peligro, y desviarle del intento decian «que los mas valientes de su tierra solo se atrevian á visitar alguna vez unas ermitas de sus dioses, que estaban á la mitad de la eminencia; pero que de allí adelante no se hallaria huella de humano pie, ni eran sufribles los temblores y bramidos con que se defendia la montaña.» Diego de Ordaz se encendió mas en su deseo con

la misma dificultad que le ponderaban ; y Hernan Cortés , aunque lo tuvo por temeridad , le dió licencia para intentarlo , porque viesen aquellos Indios que no estaban negados sus imposibles al valor de los Españoles , celoso á todas horas de su reputacion y la de su gente.

Acompañaron á Diego de Ordaz en esta faccion dos soldados de su compañía , y algunos Indios principales , que ofrecieron llegar con él hasta las ermitas , lastimándose mucho de que iban á ser testigos de su muerte. Es el monte muy delicioso en su principio ; hermoséaule por todas partes frondosas arboledas , que subiendo largo trecho con la cuesta , suavizan el camino con su amenidad , y al parecer con engañoso divertimento llevan al peligro por el deleite. Vase despues esterilizando la tierra , parte con la nieve ; que dura todo el año en los parages que desampara el sol ó perdona el fuego , y parte con la ceniza , que blanquea tambien desde lejos con la oposicion del humo. Quedáronse los Indios en la estancia de las ermitas , y partió Diego de Ordaz con sus dos soldados , trepando animosamente por los riscos , y poniendo muchas veces los pies donde estuvieron las manos : pero cuando llega-

ron á poca distancia de la cumbre, sintieron que se movia la tierra, con violentos y repetidos vaivenes, y percibieron los bramidos horribles del volcan, que á breve rato disparó con mayor estruendo gran cantidad de fuego envuelto en humo y ceniza; y aunque subió derecho sin calentar lo transversal del aire, se dilató despues en lo alto, y volvió sobre los tres una lluvia de ceniza, tan espesa y tan encendida, que necesitaron de buscar su defensa en el cóncavo de una peña, donde faltó el aliento á los Españoles, y quisieron volverse: pero Diego de Ordaz, viendo que cesaba el terremoto, que se mitigaba el estruendo, y salia menos denso el humo, los animó con adelantarse y llegó intrépidamente á la boca del volcan, en cuyo fondo observó una gran masa de fuego, que al parecer hervia como materia líquida resplandeciente; y reparó en el tamaño de la boca, que ocupaba casi toda la cumbre, y tendria como un cuarto de legua su circunferencia. Volvieron con esta noticia, y recibieron norabuenas de su hazaña, con grande asombro de los Indios, que redundó en mayor estimacion de los Españoles. Esta bizarria de Diego de Ordaz no pasó entonces de una curiosidad temeraria; pero el

tiempo la hizo de consecuencia , y todo servia en esta obra ; pues hallándose despues el ejército con falta de pólvora , para la segunda entrada que se hizo por fuerza de armas en Méjico , se acordó Cortés de los hervores de fuego líquido que se vieron en este volcan , y halló en él toda la cantidad que hubo menester de finísimo azufre para fabricar esta municion ; con que se hizo recomendable y necesario el arrojamiento de Diego de Ordaz ; y fue su noticia de tanto provecho en la conquista , que se la premió despues el emperador con algunas mercedes , y ennobleció la misma faccion , dándole por armas el volcan.

Veinte dias se detuvieron los Españoles en Tlascala , parte por las visitas que ocurrieron de las naciones vecinas , y parte por el consuelo de los mismos naturales , tan bien hallados ya con los Españoles , que procuraban dilatar el plazo de su ausencia con varios festejos y regocijos públicos , bailes á su modo , y ejercicios de sus agilidades. Señalado el dia para la jornada , se movió disputa sobre la eleccion del camino : inclinábase Cortés á ir por Cholula , ciudad , como dijimos , de gran poblacion , en cuyo distrito solian alojarse las tropas veteranas de Motezuma.

Contradecian esta resolucion los Tlascaltecas, aconsejando que se guiase la marcha por Guajocingo, pais abundante y seguro, porque los de Cholula, sobre ser naturalmente sagaces y traidores, obedecian con miedo servil á Motezuma, siendo los vasallos de su mayor confianza y satisfaccion; á que añadian « que aquella ciudad estaba reputada en todos sus contornos por tierra sagrada y religiosa, por tener dentro de sus muros mas de cuatrocientos templos, con unos dioses tan mal acondicionados, que asombraban el mundo con sus prodigios: por cuya razon no era seguro penetrar sus términos, sin tener primero algunas señales de su beneplácito.» Los Zempoales menos supersticiosos ya con el trato de los Españoles, despreciaban estos prodigios; pero seguian la misma opinion, acordando y repitiendo los motivos que dieron en Zocothlan para desviar el ejército de aquella ciudad.

Pero antes que se tomase acuerdo en este punto, llegaron nuevos embajadores de Motezuma con otro presente: y noticia de que ya estaba su emperador reducido á dejarse visitar de los Españoles, dignándose de recibir gratamente la embajada que le traian: y entre otras cosas que dis-

currieron concernientes al viage, dieron á entender que dejaban prevenido el alojamiento en Cholula; con que se hizo necesario el empeño de ir por aquella ciudad; no porque se fíase mucho de esta inopinada y repentina mudanza de Motezuma, ni dejase de parecer intempestiva y sospechosa tanta facilidad sobre tanta resistencia; pero Hernan Cortés ponía gran cuidado en que no le viesen aquellos Mejicanos recelo, de cuyo temor se componia su mayor seguridad. Los Tlascaltecas del gobierno, cuando supieron la proposicion de Motezuma, dieron por hecho el trato doble de Cholula, y volvieron á su instancia, temiendo con buena voluntad el peligro de sus amigos; y Magiscatzin, que tenia mayor afecto á los Españoles, y amaba particularmente á Cortés con inclinacion apasionada, le apretó mucho en que no fuese por aquella ciudad: pero él, que deseaba darle satisfaccion de lo que agradecia su cuidado y estimaba su consejo, convocó luego á sus capitanes, y en su presencia se propuso la duda, y se pesaron las razones que por una y otra parte ocurrían, cuya resolucion fue « que ya no era posible dejar de admitir el alojamiento que proponian los Mejicanos, sin que pareciese recelo anticipado: ni cuan-

do fuese cierta la sospecha, convenia pasar á mayor empeño, dejando la traicion á las espaldas; antes se debia ir á Cholula para descubrir el ánimo de Motezuma, y dar nueva reputacion al ejército con el castigo de sus asechanzas. » Redújose Magiscatzin al mismo dictámen, venerando con docilidad el superior juicio de los Españoles. Pero sin apartarse del recelo que le obligó á sentir lo contrario, pidió licencia para juntar las tropas de su república, y asistir á la defensa de sus amigos en un peligro tan evidente, que no era razon que por ser ellos invencibles, quitasen á los Tlascaltecas la gloria de cumplir con su obligacion. Pero Hernan Cortés, aunque no dejaba de conocer el riesgo, ni le sonó mal este ofrecimiento, se detuvo en admitirle, porque le hacia disonancia el empezar tan presto á disfrutar los socorros de aquella gente recien pacificada; y así le respondió agradeciendo mucho su atencion: y últimamente le dijo « que no era necesaria por entonces aquella prevencion; » pero se lo dijo conflojedad, como quien deseaba que se hiciese, y no queria darlo á entender: especie de rehusar, que suele ser poco menos que pedir.

CAPITULO V.

Hállanse nuevos indicios del trato doble de Cholula : marcha el ejército la vuelta de aquella ciudad , reforzado con algunas capitanías de Tlascala.

ERA cierto que Motezuma , sin resolverse á tomar las armas contra los Españoles, trataba de acabar con ellos , sirviéndose del ardid primero que de la fuerza. Teníanle de nuevo atemorizado las respuestas de sus oráculos : y el demonio, á quien embarazaba mucho la vecindad de los cristianos ; le apretaba con horribles amenazas en que los apartase de sí : unas veces enfurecia los sacerdotes y agoreros, para que le irritasen y enfureciesen : otras se le aparecia, tomando la figura de sus ídolos, y le hablaba para introducir desde mas cerca el espíritu de la ira en su corazon ; pero siempre le dejaba inclinado á la traicion y al engaño, sin proponerle que usase de su poder y de sus fuerzas , ó no tendria permission para mayor violencia, ó como nunca sabe aconsejar lo mejor, le retiraba los medios generosos, para envilecerle

con lo mismo, que le animaba. Por una parte le faltaba el valor para dejarse ver de aquella gente prodigiosa : y por otra le parecia despreciable y de corto número su ejército, para empeñar descubiertamente sus armas; y hallando pundonor en los engaños, trataba solo de apartarlos de Tlascal, donde no podia introducir las asechanzas, y llevarlos á Cholula, donde las tenia ya dispuestas y prevenidas.

Reparó Hernan Cortés en que no venian los de aquel gobierno á visitarle, y comunicó su reparo á los embajadores méjicanos, estrañando mucho la desatencion de los caciques á cuyo cargo estaba su alojamiento, pues no podian ignorar que le habian visitado con menos obligacion todas las poblaciones del contorno. Procuraron ellos disculpar á los de Cholula, sin dejar de confesar su inadvertencia, y al parecer solicitaron la enmienda con algun aviso en diligencia, porque tardaron poco en venir de parte de la ciudad cuatro Indios mal ataviados, gente de poca suposicion para embajadores, segun el uso de aquellas naciones: desacato que acriminaron los de Tlascal, como nuevo indicio de su mala intencion, y Hernan Cortés no los quiso admitir, antes mandó que se

6.
volviesen lu
peanos « que
de Cholula
con una d
Llegó e
Españole
cuadron
campo
el sena
dijeron
blica par
sus band
Cholula,
el mayor
puesta en
gun el est
de tierra
ciones de
extraordin
poniendo
las huestes
pitánias po
diferencia c
animales fer
presuncion

volviesen luego , diciendo en presencia de los Me-
jicanos « que sabian poco de urbanidad los caciques
de Cholula , pues querian enmendar un descuido
con una descortesía. »

Llegó el dia de la marcha , y por mas que los
Españoles tomaron la mañana para formar su es-
cuadron y el de los Zempoales , hallaron ya en el
campo un ejército de Tlascaltecas , prevenido por
el senado á instancia de Magiscatzin , cuyos cabos
dijeron á Cortés , « que tenian orden de la repú-
blica para servir debajo de su mando , y seguir
sus banderas en aquella jornada , no solo hasta
Cholula , sino hasta Méjico , donde consideraban
el mayor peligro de su empresa. » Estaba la gente
puesta en orden , y aunque unida y apretada , se-
gun el estilo de su milicia , ocupaba largo espacio
de tierra ; porque habian convocado todas las na-
ciones de su confederacion , y hecho un esfuerzo
extraordinario para la defensa de sus amigos : su-
poniendo que llegaria el caso de afrontarse con
las huestes de Motezuma. Distinguíanse las capi-
itanías por el color de los penachos , y por la
diferencia de las insignias , águilas , leones y otros
animales feroces levantados en alto , que no sin
presuncion de geroglíficos ó empresas , contenian

significacion, y acordában á los soldados la gloria militar de su nacion. Algunos de nuestros escritores se alargan á decir que constaba todo el grueso de cien mil hombres armados : otros andan mas detenidos en lo verosímil ; pero con el número menor, queda grande la accion de los Tlascaltecas, digna verdaderamente de ponderacion por la sustancia y por el modo. Agradeció Cortés con palabras de todo encarecimiento esta demostracion ; y necesitó de alguna porfía para reducirlos á que no convenia que le siguiese tanta gente cuando iba de paz ; pero lo consiguió finalmente, dejándolos satisfechos con permitir que le siguiesen algunas capitanías con sus cabos, y quedase reservado el grueso, para marchar en su socorro si lo pidiese la necesidad. Nuestro Bernal Diaz escribe que llevó consigo dos mil Tlascaltecas : Antonio de Herrera dice tres mil ; pero el mismo Hernan Cortés confiesa en sus relaciones que llevó seis mil ; y no cuidaba tan poco de su gloria, que supondria mayor número de gente para dejar menos admirable su resolucion.

Puesta en orden la marcha ; pero no pasemos en silencio una novedad que merece reflexion, y pertenece á este lugar. Quedó en Tlascala cuando

salieron los Españoles de aquella ciudad una cruz de madera, fija en lugar eminente y descubierto; que se colocó de comun consentimiento el dia de la entrada; y Hernan Cortés no quiso que se deshiciese, por mas que se notasen como culpas los escesos de su piedad; antes encargó á los caciques su veneracion: pero debia de ser necesaria mayor recomendacion, para que durase con seguridad entre aquellos infieles: porque apenas se apartaron de la ciudad los cristianos, cuando á vista de los Indios bajó del cielo una prodigiosa nube á cuidar de su defensa. Era de agradable y esquisita blancura, y fue descendiendo por la region del aire, hasta que dilatada en forma de columna, se detuvo perpendicularmente sobre la misma cruz, donde perseveró mas ó menos distinta, maravillosa providencia; tres ó cuatro años que se dilató por varios accidentes la conversion de aquella provincia. Salia de la nube un género de resplandor mitigado, que infundia veneracion, y no se dejaba mezclar entre las tinieblas de la noche. Los Indios se atemorizaban al principio, conociendo el prodigio sin discurrir en el misterio; pero despues consideraron mejor aquella novedad, y perdieron el miedo sin menoscabo de la admi-

racion. Decian públicamente que aquella santa señal encerraba dentro de sí alguna deidad, y que no en vano la veneraban tanto sus amigos los españoles : procuraban imitarlos, doblando la rodilla en su presencia, y acudían á ella con sus necesidades, sin acordarse de los ídolos, ó frecuentando menos sus adoratorios; cuya devoción (si así se puede llamar aquel género de afecto, que sentían como influencia de causa no conocida) fue creciendo con tanto fervor de nobles y plebeyos, que los sacerdotes y agoreros entraron en celos de su religion, y procuraron diversas veces arrancar y hacer pedazos la cruz; pero siempre volvían escarmentados, sin atreverse á decir lo que les sucedía, por no desautorizarse con el pueblo. Así lo refieren autores fidedignos; y así cuidaba el cielo de ir disponiendo aquellos ánimos, para que recibiesen después con menos resistencia el Evangelio, como el labrador que antes de repartir la semilla, facilita su producción con el primer beneficio de la tierra.

No se ofreció novedad en la primera marcha, porque ya no lo era el concurso innumerable de los Indios que salían á los caminos, ni aquellos alaridos que pasaban por aclamaciones. Caminá-

ronse cuatro leguas de las cinco que distaba entonces Cholula de la antigua Tlascala, y pareció hacer alto cerca de un rio de apacible ribera, por no entrar con la noche á los ojos en lugar de tanta poblacion. Poco despues que se asentó el cuartel, y distribuyeron las órdenes convenientes á su defensa y seguridad, llegaron segundos embajadores de aquella ciudad, gente de mas porte, y mejor adornada. Traian un regalo de vituallas diferentes, y dieron su embajada con grande aparato de reverencias, que se redujo á disculpar la tardanza de sus caciques, con pretesto de que no podian entrar en Tlascala, siendo sus enemigos los de aquella nacion: ofrecer el alojamiento que tenia prevenido su ciudad; y ponderar el regocijo con que celebraban sus ciudadanos la dicha de merecer unos huéspedes tan aplaudidos por sus hazañas, y tan amables por su benignidad, dicho uno y otro con palabras al parecer sencillas, ó que traian bien desfigurado el artificio. Hernan Cortés admitió gratamente la disculpa y el regalo, cuidando tambien de que no se conociese afectacion en su seguridad; y al dia siguiente, poco despues de amanecer, se continuó la marcha con la misma orden, y no sin algun cuidado, que obli-

gó à mayor vigilancia ; porque tardaba el recibimiento de la ciudad, y no dejaba de hacer ruido este reparo entre los demas indicios. Pero al llegar el ejército cerca de la poblacion, prevenidas ya las armas para el combate, se dejaron ver los caciques y sacerdotes con numeroso acompañamiento de gente desarmada. Mandó Cortés que se hiciese alto para recibirlos, y ellos cumplieron con su funcion tan reverentes y regocijados, que no dejaron que recelar por entonces al cuidado con que se observaban sus acciones y movimientos, pero al reconocer el grueso de los Tlascaltecas que venian en la retarguardia torcieron el semblante, y se levantó entre los mas principales del recibimiento un rumor desagradable, que volvió á despertar el recelo en los Españoles. Dióse orden á Doña Marina para que averiguase la causa de aquella novedad, y por su medio respondieron « que los de Tlascala no podian entrar con armas en su ciudad, siendo enemigos de su nacion, y rebeldes á su rey. » Instaban en que se detuviesen, y retirasen luego á su tierra, como estorvos de la paz que se venia publicando ; y representaban sus inconvenientes, sin alterarse ni descomponerse : firmes en que no era posible ; pero con-

tenida la determinacion en los límites del ruego.

Hallóse Cortés algo embarazado con esta demanda, que parecia justificada, y podia ser poco segura: procuró sosegarlos con esperanzas de algun temperamento que mediase aquella diferencia; y comunicando brevemente la materia con sus capitanes, pareció que seria bien proponer á los Tlascaltecas que se alojasen fuera de la ciudad, hasta que se penetrase la intencion de aquellos caciques, ó se volviese á la marcha. Fueron con esta proposicion, que al parecer tenia su dureza, los capitanes Pedro de Alvarado, y Cristoval de Olid, y la hicieron, valiéndose igualmente de la persuasion y de la autoridad, como quien llevaba la orden, y obligaba con dar la razon. Pero ellos anduvieron tan atentos, que atajaron la instancia, diciendo « que no venian á disputar, sino á obedecer, y que tratarian luego de abarracarse fuera de la poblacion, en parage donde pudiesen acudir prontamente á la defensa de sus amigos, ya que se querian aventurar contra toda razon' fiándose de aquellos traidores.» Comunicóse luego este partido con los de Cholula, y le abrazaron tambien con facilidad, quedando ambas naciones, no solo satisfechas, sino con algun género de va-

nidad, hecha de su misma oposicion : los unos porque se persuadieron á que vencian, dejando poco airosos y desacomodados á sus enemigos, y los otros porque se dieron á entender que el no admitirlos en su ciudad era lo mismo que temerlos : asi equívoca la imaginacion de los hombres la esencia y el color de las cosas, que ordinariamente se estiman como se aprehenden, y se aprehenden como se desean.

CAPITULO VI.

Entran los Españoles en Cholula, donde procuran engañarlos con hacerles en lo exterior buena acogida : descúbrese la traicion que tenian prevenida, y se dispone su castigo.

LA entrada que los Españoles hicieron en Cholula, fue semejante á la de Tlascala : innumerable concurso de gente, que se dejaba romper con dificultad; aclamaciones de bullicio; mugeres que arrojaban y repartian ramilletes de flores; caciques y sacerdotes, que frecuentaban reverencias y perfumes; variedad de instrumentos, que hacian mas estruendo que música, repartidos por las

calles; y tan bien imitado en todos el regocijo, que llegaron á tenerle por verdadero los mismos que venian recelosos. Era la ciudad de tan hermosa vista, que la comparaban á nuestra Valladolid, situada en un llano desahogado por todas partes del horizonte, y de grande amenidad: dicen que tendria veinte mil vecinos dentro de sus muros, y que pasaria de este número la poblacion de sus arrabales.

Frecuentábanla ordinariamente muchos forasteros, parte como santuario de sus dioses, y parte como emporio de sus mercancías. Las calles eran anchas y bien distribuidas: los edificios mayores y de mejor arquitectura que los de Tlascala, cuya opulencia se hacia mas suntuosa con las torres, que daban á conocer la multitud de sus templos: la gente menos belicosa que sagaz: hombres de trato y oficiales: poca distincion, y mucho pueblo.

El alojamiento que tenian prevenido se componia de dos ó tres casas grandes y contiguas, donde cupieron Españoles y Zempoales, y pudieron fortificarse unos y otros como lo aconsejaba la ocasion y no lo extrañaba la costumbre. Los Tlascaltecas eligieron sitio para su cuartel, poco distante de la poblacion; y cerrándole con algunos repa-

ros, hacian sus guardias, y ponian sus centinelas, mejorada ya su milicia con la imitacion de sus amigos. Los primeros tres ú cuatro dias fue todo quietud y buen pasage.

Los caciques acudian con puntualidad al obsequio de Cortés, y procuraban familiarizarse con sus capitanes. La provision de las vituallas corria con abundancia y liberalidad, y todas las demostraciones eran favorables, y convidaban á la seguridad; tanto que se llegaron á tener por falsos y ligeramente creidos los rumores antecedentes, fácil á todas horas en fabricar ó fingir sus alivios el cuidado; pero no tardó mucho en manifestarse la verdad, ni aquella gente acertó á durar en su artificio hasta lograr sus intentos: astuta por naturaleza y profesion; pero no tan despierta y avisada, que se supiesen entender su habilidad y su malicia.

Fueron poco á poco retirando los víveres, cesó de una vez el agasajo y asistencia de los caciques. Los embajadores de Motezuma tenian sus conferencias recatadas con los sacerdotes: conociase algun género de irrision y falsedad en los semblantes; y todas las señales inducian novedad, y despertaban el recelo mal adormecido. Trató Cor-

tés de aplicar algunos medios para inquirir y averiguar el ánimo de aquella gente , y al mismo tiempo se descubrió de sí misma la verdad ; adelantándose á las diligencias humanas la providencia del cielo , tantas veces experimentada en esta conquista.

Estrechó amistad con Doña Marina una India anciana , muger principal, y emparentada en Cholula. Visitábala muchas veces con familiaridad, y ella no se lo desmerecia con el atractivo natural de su agrado y discrecion. Vino aquel dia mas temprano, y al parecer asustada ó cuidadosa : retiróla misteriosamente de los Españoles , y encargando el secreto con lo mismo que recataba la voz , empezó á condolerse de su esclavitud , y á persuadirla « que se apartase de aquellos estrangeros aborrecibles , y se fuese á su casa , cuyo albergue la ofrecia , como refugio de su libertad. » Doña Marina, que tenia bastante sagacidad , confirmó esta prevencion con los demas indicios ; y fingiendo que venia oprimida y contra su voluntad entre aquella gente , facilitó la fuga , y aceptó el hospedage con tantas ponderaciones de su agradecimiento , que la India se dió por segura , y descubrió todo el corazon. Díjola « que con-

venia en todo caso que se fuese luego, porque se acercaba el plazo señalado entre los suyos para destruir á los Españoles, y no era razon que una muger de sus prendas pereziese con ellos : que Motezuma tenia prevenidos á poca distancia veinte mil hombres de guerra, para dar calor á la faccion : que de este grueso habian entrado ya en la ciudad á la deshilada seis mil soldados escogidos : que se habia repartido cantidad de armas entre los paisanos : que tenian de repuesto muchas piedras sobre los terrados, y abiertas en las calles profundas zanjás, en cuyo fondo habian fijado estacas puntiagudas, fingiendo el plano con una cubierta de la misma tierra, fundada sobre apoyos frágiles, para que cayesen y se mancasen los caballos : que Motezuma trataba de acabar con todos los Españoles; pero encargaba que le llevasen algunos vivos para satisfacer á su curiosidad, y al obsequio de sus dioses, y que habia presentado á la ciudad una caja de guerra, hecha de oro cóncavo, primorosamente vaciado, para escitar los ánimos con este favor militar. » Y últimamente Doña Marina dando á entender que se alegraba de lo bien que tenian dispuesta su empresa; y dejando caer algunas preguntas, como

quien celebraba lo que inquiria, se halló con noticia cabal de toda la conjuracion. Fingió que se queria ir luego en su compañía; y con pretesto de recoger sus joyas, y algunas preseas de su peculio, hizo lugar para desviarse della sin desconfiarla: dió cuenta de todo á Cortés, y él mandó prender á la India, que á pocas amenazas confesó la verdad, entre turbada y convencida.

Poco despues vinieron unos soldados tascaltecas recatados en trage de paisanos, y dijeron á Cortés de parte de sus cabos, « que no se descuidase, porque habian visto desde su cuartel, que los de Cholula retiraban á los lugares del contorno su ropa y sus mugeres: » señal evidente de que maquinaban alguna traicion. Súpose tambien que aquella mañana se habia celebrado en el templo mayor de la ciudad un sacrificio de diez niños de ambos sexos: ceremonia de que usaban cuando querian emprender algun hecho militar, y al mismo tiempo llegaron dos ó tres Zempoales, que saliendo casualmente á la ciudad, habian descubierto el engaño de las zanjás, y visto en las calles de los lados algunos reparos y estacadas, que tenian hechos para guiar los caballos al precipicio.

No se necesitaba de mayor comprobacion para

verificar el intento de aquella gente; pero Hernan Cortés quiso apurar mas la noticia, y poner su razon en estado que no se la pudiesen negar, teniendo algunos testigos principales de la misma nacion, que hubiesen confesado el delito; para cuyo efecto mandó llamar al primer sacerdote, de cuya obediencia pendian los demas, y que le trujesen otros dos ó tres de la misma profesion, gente que tenia grande autoridad con los caciques, y mayor con el pueblo. Fuelos examinando separadamente, no como quien dubaba de su intencion, sino como quien se lamentaba de su alevosía; y dándoles todas las señas de lo que sabia, callaba el modo, para cebar su admiracion con el misterio, y dejarlos desvariar en el concepto de su ciencia. Ellos se persuadieron á que hablaban con alguna deidad, que penetraba lo mas oculto de los corazones, y no se atrevieron á proseguir su engaño; antes confesaron luego la traicion con todas sus circunstancias, culpando á Motezuma, de cuya orden estaba dispuesta y preveuida. Mandólos aprisionar secretamente, porque no moviesen algun ruido en la ciudad. Dispuso tambien que se tuviese cuidado con los embajadores de Motezuma, sin dejarlos salir, ni

comunicar con los de la tierra : y convocando á sus capitanes , les refirió todo el caso, y les dió á entender cuanto convenia no dejar sin castigo aquel atentado , facilitando la faccion, y ponderando sus consecuencias con tanta energía y resolucion , que todos se redujeron á obedecerle, dejando á su prudencia la direccion y el acierto.

Hecha esta diligencia , llamó á los caciques gobernadores de la ciudad, y publicó su jornada para otro dia : no porque la tuviese dispuesta, ni fuese posible , sino por estrechar el término á sus prevenciones. Pidióles bastimentos para la marcha, Indios de carga para el bagage, y hasta dos mil hombres de guerra que le acompañasen , como lo habian hecho los Tlascaltecas y Zempoales. Ellos ofrecieron con alguna tibieza y falsedad los bastimentos y tamenes, y con mayor prontitud la gente armada que se les pedia , en que andaban encontrados los designios. Pedíala Cortés para desunir sus fuerzas, y tener en su poder parte de los traidores que habia de castigar; y los caciques la ofrecian para introducir en el ejercito contrario aquellos enemigos encubiertos, y servirse dellos cuando llegase la ocasion : ardides ambos que tenian su razon militar, si pueden llamarse razon

este género de engaños, que hizo lícitos la guerra y nobles el ejemplo.

Dióse noticia de todo á los Tlascaltecas, y orden para que estuviesen alerta, y al rayar el dia se fuesen acercando á la poblacion como que se movian para seguir la marcha, y en oyendo el primer golpe de los arcabuces, entrasen á viva fuerza en la ciudad, y viniesen á incorporarse con el ejército, llevándose tras sí toda la gente que hallasen armada. Cuidóse tambien de que los Españoles y Zempoales tuviesen prevenidas sus armas, y entendida la faccion en que las habian de emplear. Y luego que llegó la noche, cerrado ya el cuartel con las guardias y centinelas á que obligaba la ocurrencia presente, llamó Cortés á los embajadores de Motezuma, y con señas de intimidación, como quien les fiaba lo que no sabian, les dijo « que habia descubierto y averiguado una gran conjuración, que le tenian armada los caciques y ciudadanos de Cholula: dióles señas de todo lo que ordenaban y disponian contra su persona y ejército: ponderó cuanto faltaban á las leyes de la hospitalidad, al establecimiento de la paz, y al seguro de su príncipe. » Y añadió « que no solamente lo sabia por su propia especulación

y vigilancia; pero se lo habian confesado ya los principales conjurados; disculpándose del trato doble con otra mayor culpa, pues se atrevian á decir que tenian orden y asistencias de Motezuma para deshacer alevosamente su ejército : lo cual ni era verosímil, ni se podia creer semejante indignidad de un príncipe tan grande. Por cuya causa estaba resuelto á tomar satisfaccion de su ofensa con todo el rigor de sus armas, y se lo comunicaba para que tuviesen comprendida su razon, y entendido que no le irritaba tanto el delito principal, como la circunstancia de querer aquellos sediciosos autorizar su traicion con el nombre de su rey. »

Los embajadores procuraron fingir como pudieron que no sabian la conjuracion, y trataron de salvar el crédito de su príncipe, siguiendo el camino en que los puso Cortés con bajar el punto de su queja. No convenia entonces desconfiar á Motezuma, ni hacer de un poderoso resuelto á disimular, un enemigo poderoso y descubierto : por cuya consideracion se determinó á desbaratar sus designios, sin darle á entender que los conocia; tratando solamente de castigar la obra en sus instrumentos, y contentándose con reparar el

golpe sin atender al brazo. Miraba como empresa de poca dificultad el deshacer aquel trozo de gente armada, que tenian prevenida para socorrer la sedicion, hecho á mayores hazañas con menores fuerzas; y estaba tan lejos de poner duda en el suceso, que tuvo á felicidad (ó por lo menos asi lo ponderaba entre los suyos) que se le ofreciese aquella ocasion de adelantar con los Mejicanos la reputacion de sus armas: y á la verdad no lo pesó de ver tan embarazado en los ardidés el ánimo de Motezuma; pareciéndole que no discurriria en mayores intentos quien le buscaba por las espaldas, y descubria entre sus mismos engaños la flaqueza de su resolucion.

CAPITULO VII.

Castígase la traicion de Cholula: vuélvese á reducir y pacificar la ciudad; y se hacen amigos los de esta nacion con los Tlascaltecas.

FUERON llegando con el dia los Indios de carga que se habian pedido, y algunos bastimentos, prevenido uno y otro con engañosa puntualidad.

Vinieron despues en tropas deshiladas los Indios armados, que con pretesto de acompañar la marcha, traian su contraseña para embestir por la retarguardia cuando llegase la ocasion: en cuyo número no anduvieron escasos los caciques, antes dieron otro indicio de su intencion, enviando mas gente que se les pedia; pero Hernan Cortés los hizo dividir en los patios del alojamiento, donde los aseguró mañosamente, dándoles á entender que necesitaba de aquella separacion para ir formando los escuadrones á su modo. Puso luego en orden sus soldados, bien instruidos en lo que debian ejecutar; y montando á caballo con los que le habian de seguir en la faccion, hizo llamar á los caciques para justificar con ellos su determinacion; de los cuales vinieron algunos, y otros se escusaron. Díjoles en voz alta, y Doña Marina se lo interpretó con igual vehemencia, « que ya estaba descubierta su traicion, y resuelto su castigo, de cuyo rigor conocerian cuanto les convenia la paz, que trataban de romper alevosamente.» Y apenas empezó á protestarles el daño que recibiesen, cuando ellos se retiraron á incorporarse con sus tropas, huyendo en mas que ordinaria diligencia, y rompiendo la guerra con algunas



injurias y amenazas, que se dejaron oir desde lejos. Mandó entonces Hernan Cortés que cerrase la infantería con los Indios naturales, que tenia divididos en los patios; y aunque fueron hallados con las armas prevenidas para ejecutar su traicion, y trataron de unirse para defenderse, quedaron rotos y deshechos con poca dificultad; escapando solamente con la vida los que pudieron esconderse, ó se arrojaron por las paredes, sirviéndose de su ligereza y de sus mismas lanzas, para saltar de la otra parte.

Aseguradas las espaldas con el estrago de aquellos enemigos encubiertos, se hizo la seña para que se moviesen los Tlascaltecas : avanzó poco á poco el ejército por la calle principal, dejando en el cuartel la guardia que pareció necesaria. Echáronse delante algunos de los Zempoales, que fuesen descubriendo las zanjás, porque no peligrasen los caballos. No estaban descuidados entonces los de Cholula, que hallándose ya empeñados en la guerra descubierta, convocaron el resto de los Mejicanos; y unidos en una gran plaza donde habia tres ó cuatro adoratorios, pusieron en lo alto de sus atrios y torres parte de su gente, y los demas se dividieron en diferentes escuadrones

para cerrar con los Españoles. Pero al mismo tiempo que desembocó en la plaza el ejército de Cortés, y se dió de una parte y otra la primera carga, cerró por la retarguardia con los enemigos el trozo de Tlascala: cuyo inopinado accidente los puso en tanto pavor y desconcierto, que ni pudieron huir, ni supieron defenderse; y solo se hallaba mas embarazo que oposicion en algunas tropas descaminadas, que andaban de un peligro en otro, con poca ó ninguna eleccion: gente sin consejo, que acometia para escapar; y las mas veces daban el pecho sin acordarse de las manos. Murieron muchos en este género de combates repetidos; pero el mayor número escapó á los adoratorios, en cuyas gradas y terrados se descubrió una multitud de hombres armados, que ocupaban mas que guarnecian las eminencias de aquellos grandes edificios. Encargáronse de su defensa los Mejicanos; pero se hallaban ya tan embarazados y oprimidos, que apenas pudieron revolverse para dar algunas flechas al viento.

Acercóse con su ejército Hernan Cortés al mayor de los adoratorios, y mandó á sus intérpretes que levantando la voz, ofreciesen buen pasage á los que voluntariamente bajasen a rendirse: cuya

diligencia se repitió con segundo y tercer requerimiento: y viendo que ninguno se movía, ordenó que se pusiese fuego á los torreones del mismo adoratorio: lo cual asientan que llegó á ejecutarse, y que perecieron muchos al rigor del incendio y la ruina. No parece fácil que se pudiese introducir la llama en aquellos altos edificios sin abrir primero el paso de las gradas, si ya no lo consiguió Hernán Cortés, valiéndose de las flechas encendidas con que arrojaban los Indios á larga distancia sus fuegos artificiales. Pero nada bastó para desalojar al enemigo, hasta que se abrevió el asalto por el camino que abrió la artillería; y se observó dignamente que solo uno de tantos como fueron deshechos en este adoratorio, se rindió voluntariamente á la merced de los Españoles: ; notable señal de su obstinación!

Hízose la misma diligencia en los demás adoratorios, y después se corrió la ciudad, que á breve rato quedó enteramente despoblada, y cesó la guerra por falta de enemigos. Los Tlascaltecas se desmandaron con algun esceso en el pillage, y costó su dificultad el recogerlos: hicieron muchos prisioneros: cargaron de ropas y mercaderías de valor; y particularmente se cebaron en los alma-

C. VII.
cenes de
algunas
sidad d
cia. Q
casas f
rales
seguir
en la
Re
conlos
tel de
de que
sioneros
ponia d
servand
primer
tambien
descub
zuma, l
liéndose
aquella c
pues de p
que ya e
pregonar
cion de p

cenes de la sal, de cuya provision remitieron luego algunas cargas á su ciudad, atendiendo á la necesidad de su patria en el mismo calor de su codicia. Quedaron muertos en las calles, templos y casas fuertes mas de seis mil hombres entre naturales y Mejicanos : faccion bien ordenada y conseguida sin alguna pérdida de los nuestros, que en la verdad tuvo mas de castigo que de victoria.

Retiróse luego Hernan Cortés á su alojamiento con los Españoles y Zempoales : y señalando cuartel dentro de la ciudad á los Tlascaltecas, trató de que fuesen puestos en libertad todos los prisioneros de ambas naciones ; cuyo número se componia de la gente mas principal, que se iba reservando como presa de mas estimacion. Llamólos primero á su presencia, y mandando que saliesen tambien de su retiro los sacerdotes, la India que descubrió el trato, y los embajadores de Motezuma, hizo á todos un breve razonamiento, doliéndose de que le hubiesen obligado los vecinos de aquella ciudad á tan severa demostracion ; y despues de ponderar el delito, y de asegurar á todos que ya estaba desenojado y satisfecho, mandó pregonar el perdon general de lo pasado sin escepccion de personas ; y pidió con agradable resolucion

á los caciques que tratasen de que se volviese á poblar su ciudad , recogiendo los fugitivos , y asegurando á los temerosos.

No acababan ellos de creer su libertad , enseñados al rigor con que solian tratar á sus prisioneros ; y besando la tierra en demostracion de su agradecimiento , se ofrecieron con humilde solicitud á la ejecucion de esta orden. Los embajadores procuraron disimular su confusion , aplaudiendo el suceso de aquel dia : y Hernan Cortés se congratuló con ellos , dejándose llevar de su disimulacion para mantenerlos en buena fe, y afirmarse con nuevas esterioridades en la política de interesarse á Motezuma en el castigo de sus mismas estratagemas. Volvióse á poblar brevemente la ciudad ; porque la demostracion de poner en libertad á los caciques y sacerdotes con tanta prontitud , y lo que ponderaron ellos esta clemencia de los Españoles , sobre tan justa provocacion , bastó para que se asegurase la gente que andaba derramada por los lugares del contorno. Restituyéronse luego á sus casas los vecinos con sus familias : abriéronse las tiendas , manifestáronse las mercaderías , y el tumulto se convirtió de una vez en obediencia y seguridad : accion en

que no se conoció tanto la natural facilidad con que se movian aquellos Indios de un extremo á otro , como el gran concepto en que tenian á los Españoles ; pues hallaron en la misma justificacion de su castigo toda la razon que hubieron menester para fiarse de su enmienda.

El dia siguiente á la faccion llegó Jicotencal con un ejército de veinte mil hombres , que al primer aviso de los suyos remitió la república de Tlascala para el socorro de los Españoles. Tenian prevenidas sus tropas recelando el suceso , y en todo se iban experimentando las atenciones de aquella nacion. Hicieron alto fuera de la ciudad , y Hernan Cortés los visitó y regaló con toda estimacion de su fineza ; pero los redujo á que se volviesen , diciendo á Jicotencal y á sus capitanes « que ya no era necesaria su asistencia para la reduccion de Cholula : y que hallándose con resolucion de marchar brevemente la vuelta de Méjico , no le convenia despertar la resistencia de Motezuma , ó provocarle á que rompiese la guerra , introduciendo en su dominio un grueso tan numeroso de Tlascaltecas , enemigos descubiertos de los Mejicanos.» A cuya razon no tuvieron que replicar : antes la conocieron y confesa-

ron con ingenuidad, ofreciendo tener prevenidas sus tropas, y acudir al socorro siempre que lo pidiese la necesidad.

Trató Cortés, primero que se retirasen, de hacer amigas aquellas dos naciones de Tlascala y Cholula : introdujo la plática , desvió las dificultades; y como tenia ya tan asentada su autoridad con ambas parcialidades, lo consiguió en breves dias , y se celebró acto de confederacion y alianza entre las dos ciudades y sus distritos con asistencia de sus magistrados, y con las solemnidades y ceremonias de su costumbre : cuerda mediacion á que le obligaria la conveniencia de abrir el paso á los de Tlascala, para que pudiesen suministrar con mayor facilidad los socorros de que necesitase, ó no dejar aquel estorbo en su retirada, si el suceso no respondiese favorablemente á su esperanza.

Asi pasó el castigo de Cholula, tan ponderado en los libros estrangeros, y en alguno de los naturales, que consiguió por este medio el aplauso miserable de verse citado contra su nacion. Ponen esta faccion entre las atrocidades que refieren de los Españoles en las Indias, de cuyo encarecimiento se valen para desaprobar ó satirizar la

conquista. Quieren dar al impulso de la codicia y á la sed del oro toda la gloria de lo que obraron nuestras armas, sin acordarse de que abrieron el paso á la religion : concurriendo en sus operaciones con especial asistencia el brazo de Dios. Lastímanse mucho de los Indios , tratándolos como gente indefensa y sencilla , para que sobresalga lo que padecieron : maligna compasion , hija del odio y de la envidia. No necesita el caso de Cholula de mas defensa que su misma narracion. En él se conoce la malicia de aquellos bárbaros , como se sabian aprovechar de la fuerza y del engaño , y cuan justamente fue castigada su alevosía : y dél se puede colegir cuan apasionadamente se refieren otros casos de horrible inhumanidad , ponderados con la misma afectacion. No dejamos de conocer que se vieron en algunas partes de las Indias acciones dignas de reprehension , obradas con queja de la piedad y de la razon : ¿ pero en cual empresa justa ó santa se dejaron de perdonar algunos inconvenientes ? ¿ De cuál ejército bien disciplinado se pudieron desterrar enteramente los abusos y desórdenes , que llama el mundo licencias militares ? ¿ Y qué tienen que ver estos inconvenientes menores con el acierto prin-

cipal de la conquista? No pueden negar los émulos de la nacion española, que resultó de este principio, y se consiguió con estos instrumentos la conversion de aquella gentilidad, y el verse hoy restituida tanta parte del mundo á su Criador. Querer que no fuese del agrado de Dios y de su altísima ordenacion la conquista de las Indias, por este ó aquel delito de los conquistadores, es equivocar la sustancia con los accidentes: que hasta en la obra inefable de nuestra redencion se presupuso como necesaria para la salud universal la malicia de aquellos pecadores permitidos, que ayudaron á labrar el mayor remedio con la mayor iniquidad. Puédense conocer los fines de Dios en algunas disposiciones, que traen consigo las señales de su providencia: pero la proporcion ó congruencia de los medios por donde se encaminan, es punto reservado á su eterna sabiduría, y tan escondido á la prudencia humana, que se deben oír con desprecio estos juicios apasionados, cuyas sutilezas quieren parecer valentías del entendimiento, siendo en la verdad atrevimientos de la ignorancia.

CAPITULO VIII.

Parten los Españoles de Cholula : ofréceseles nueva dificultad en la montaña de Chalco, y Motezuma procura detenerlos por medio de sus nigrománticos.

IBASE acercando el plazo de la jornada, y como algunos Zempoales de los que militaban en el ejército, temiesen el empeño de pasar á la corte de Motezuma, ó pudiese mas que su reputacion el amor de la patria, pidieron licencia para retirarse á sus casas. Concediósele Cortés sin dificultad, agradeciéndoles mucho lo bien que le habian asistido; y con esta ocasion envió algunas alhajas de presente al cacique de Zempoala, encargándole de nuevo los Españoles que dejó en su distrito sobre la fe de su amistad y confederacion.

Escribió tambien á Juan de Escalante, ordenándole con particular instancia, que procurase remitirle alguna cantidad de harina para las hostias, y vino para las misas, cuya provision se iba estrechando, y cuya falta seria de gran desconsuelo suyo y de toda su gente. Dióle noticia por

menor de los progresos de su jornada, para que estuviese de buen ánimo, y asistiese con mayor cuidado á la fortaleza de la Vera Cruz, tratando de ponerla en defensa, no menos por su propia seguridad, que por lo que se debia recelar de Diego Velazquez, cuya natural inquietud y desconfianza no dejaba de hacer algun ruido entre los demas cuidados.

Llegaron á esta sazón nuevos embajadores de Motezuma, que con noticia ya de todo el suceso de Cholula trató de sincerarse con los Españoles, dando las gracias á Cortés de que hubiese castigado aquella sedicion. Ponderaron frívolamente la indignacion y el sentimiento de su rey, cuyo artificio se redujo á infamar con el nombre de traidores á los mismos que le habian obedecido en la traicion. Vino dorada esta noticia con otro presente de igual riqueza y ostentacion: y segun lo que sucedió despues, no dejó de tener mayor desigñio la embajada, porque miró tambien al intento de poner en nueva seguridad á Cortés, para que marchase menos receloso, y se dejase llevar á otra celada que le tenian prevenida en el camino.

Ejecutóse finalmente la marcha despues de ca-

torce dias que ocuparon los accidentes referidos; y la primera noche se acuarteló el ejército en un village de la jurisdiccion de Guajocingo, donde acudieron luego los principales de aquel gobierno y de otras poblaciones vecinas con bastante provision de bastimentos, y algunos presentes de poco valor, bastantes para conocer el afecto con que aguardaban á los Españoles. Halló Cortés entre aquella gente las mismas quejas de Motezuma que se oyeron en las provincias mas distantes; y no le pesó de que durasen aquellos humores tan cerca del corazon, pareciéndole que no podia ser muy poderoso un príncipe con tantas señas de tirano, á quien faltaba en el amor de sus vasallos el mayor apoyo de los reyes.

El dia siguiente se prosiguió la marcha por una tierra muy áspera, que se comunicaba, mas ó menos eminente, con la montaña del volcan. Iba cuidadoso Cortés, porque uno de los caciques de Guajocingo le dijo al partir que no se fiase de los Mejicanos, porque tenian emboscada mucha gente de la otra parte de la cumbre, y habian cegado con grandes piedras y árboles cortados el camino real, que baja desde lo alto á la provincia de Chalco, abriendo el paso y facilitando el prin-

cipio de la cuesta por el parage menos penetrable, donde habian aumentado los precipicios naturales con algunas cortaduras hechas á la mano, para dejar que se fuese poco á poco empeñando su ejército en la dificultad, y cargarle de improviso cuando no se pudiesen revolver los caballos, ni afirmar el pie los soldados. Fuese venciendo la cumbre no sin alguna fatiga de la gente, porque nevaba con viento destemplado; y en lo mas alto se hallaron poco distantes los dos caminos con las mismas señas que se traian, el uno encubierto y embarazado, y el otro fácil á la vista y recien aderezado. Reconociólos Hernan Cortés; y aunque se irritó de hallar verificada la noticia de aquella nueva traicion, estuvo tan en sí, que sin hacer ruido ni mostrar sentimiento, preguntó á los embajadores de Motezuma, que marchaban cerca de su persona «¿por qué razon estaban asi aquellos dos caminos?» Respondieron «que habian hecho allanar el mejor para que pasase su ejército, cegando el otro, por ser el mas áspero y dificultoso:» y él con la misma igualdad en la voz y el semblante: «mal conoceis, dijo, á los de mi nacion. Ese camino que habeis embarazado se ha de seguir, sin otra razon que su misma dificultad; porque

los Españoles siempre que tenemos eleccion, nos inclinamos á lo mas dificultoso :» y sin detenerse mandó á los Indios amigos que pasasen á desembarazar el camino, desviando á un lado y otro aquellos estorbos mal disimulados, que procuraban esconderle; lo cual se ejecutó prontamente con grande asombro de los embajadores, que sin discurrir en que se habia descubierto el ardid de su príncipe, tuvieron á especie de adivinacion aquel acierto casual : hallando que admirar y que temer en la misma bizarría de la resolucion. Sirvióse Cortés primorosamente de la noticia que llevaba, y consiguió el apartarse del peligro sin perder reputacion; cuidando tambien de no desconfiar á Motezuma, diestro ya en el arte de quebrantar insidias, con no quererlas entender.

Los Indios emboscados, luego que reconocieron desde sus puestos que los Españoles se apartaban de la celada y seguian el camino real, se dieron por descubiertos, y trataron de retirarse tan amedrentados, y en tanto desorden como si volvieran vencidos : con que pudo bajar el ejército á lo llano sin oposicion; y aquella noche se alojó en unas caserías de bastante capacidad, que se hallaron en la misma faldá de la sierra, fundadas

allí para hospedage de los mercaderes mejicanos que frecuentaban las ferias de Cholula, donde se dispuso el cuartel, con todos los resguardos y prevenciones que aconsejaba la poca seguridad con que se iba pisando aquella tierra.

Motezuma entretanto duraba en su irresolucion, desanimado con el malogro de sus ardidés, y sin aliento para usar de sus fuerzas. Hízose devocion esta falta de espíritu : estrechóse con sus dioses, frecuentaba los templos y los sacrificios, manchó de sangre humana todos sus altares : mas cruel cuando mas afligido ; y siempre crecia su confusion, y se hallaba en mayor desconsuelo , porque andaban encontradas las respuestas de sus ídolos , y discordes en el dictámen los espíritus inmundos , que le hablaban en ellos. Unos le decian que franquease las puertas de la ciudad á los Españoles, y asi conseguiria el sacrificarlos, sin que se pudiesen escapar ni defender : otros que los apartase de sí , y tratase de acabar con ellos, sin dejarse ver ; y él se inclinaba mas á esta opinion, haciéndole disonancia el atrevimiento de querer entrar en su corte contra su voluntad, y teniendo á desaire de su poder aquella porfía contra sus órdenes, ó sirviéndose de la autoridad,

para mejorar el nombre á la soberbia. Pero cuando supo que se hallaban ya en la provincia de Chalco, frustrado el último estratagema de la montaña, fue mayor su inquietud y su impaciencia : andaba como fuera de sí; no sabia que partido tomar : sus consejeros le dejaban en la misma incertidumbre que sus oráculos. Convocó finalmente una junta de sus magos y agoreros, profesion muy estimada en aquella tierra, donde habia muchos que se entendian con el demonio, y la falta de las ciencias daba opinion de sabios á los mas engañados. Propúsoles que necesitaba de su habilidad para detener aquellos estrangeros, de cuyos designios estaba receloso. Mandóles que saliesen al camino, y los ahuyentasen ó entorpeciesen con sus encantos, á la manera que solian obrar otros efectos estrordinarios en ocasiones de menor importancia. Ofrecióles grandes premios si lo consiguiesen; y los amenazó con pena de la vida, si volviesen á su presencia sin haberlo conseguido.

Esta orden se puso en ejecucion, y con tantas veras, que se juntaron brevemente numerosas cuadrillas de nigrománticos, y salieron contra los Españoles, fiados en la eficacia de sus conjuros,

y en el imperio que á su parecer tenían sobre la naturaleza. Refieren el Padre Joseph de Acosta y otros autores fidedignos, que cuando llegaron al camino de Chalco, por donde venia marchando el ejército, y al empezar sus invocaciones y sus círculos, se les apareció el demonio en figura de uno de sus ídolos, á quien llamaban Tezcatlepuca, dios infausto y formidable, por cuya mano pasaban, á su entender, las pestes, las esterilidades, y otros castigos del cielo. Venia como despechado y enfurecido, afeando con el ceño de la ira la misma fiereza del ídolo inclemente; y traia sobre sus adornos ceñida una sogá de esparto, que le apretaba con diferentes vueltas el pecho, para mayor significacion de su congoja, ó para dar á entender que le arrastraba mano invisible. Postráronse todos para darle adoracion; y él, sin dejarse obligar de su rendimiento, y fingiendo la voz con la misma ilusion que imitó la figura, los habló en esta sustancia : ya, Mejicanos infelices, perdieron la fuerza vuestros conjuros : ya se desató enteramente la trabazon de nuestros pactos. Decid á Motezuma, que por sus crueldades y tiranías tiene decretada el cielo su ruina; y para que le representeis mas vivamente la desolacion

C. VII.

de su in
ble, des
esto de
en hor
poco,
lesion
esta r
ella s
las an
toso,
quien r
de sí pa
instante
mirar á
¿qué po
dioses?
nosotros
ni es raz
prosigui
jos, niño
para cuida
se hizo al
No se pue
primera p
cubierto á

de su imperio , volved á mirar esa ciudad miserable , desamparada ya de vuestros dioses. » Dicho esto desapareció , y ellos vieron arder la ciudad en horribles llamas , que se desvanecieron poco á poco , desocupando el aire , y dejando sin alguna lesion los edificios. Volvieron á Motezuma con esta noticia temerosos de su rigor , librando en ella su disculpa ; pero le hicieron tanto asombro las amenazas de aquel dios infortunado y calamitoso , que se detuvo un rato sin responder , como quien recogia las fuerzas interiores , ó se acordaba de sí para no descaecer : y depuesta desde aquel instante su natural ferocidad , dijo , volviendo á mirar á los magos , y á los demas que le asistian : «¿qué podemos hacer , si nos desamparan nuestros dioses ? Vengan los estrangeros , y caiga sobre nosotros el cielo , que no nos hemos de esconder , ni es razon que nos halle fugitivos la calamidad. » Y prosiguió poco despues : « solo me lastiman los viejos , niños y mugeres , á quienes faltan las manos para cuidar de su defensa. » En cuya consideracion se hizo alguna fuerza para detener las lágrimas. No se puede negar que tuvo algo de príncipe la primera proposicion , pues ofreció el pecho descubierto á la calamidad que tenia por inevitable ;

y no desdijo de la magestad la ternura con que llegó á considerar la opresion de sus vasallos : afectos ambos de ánimo real, entre cuyas virtudes ó propiedades no es menos heróica la piedad que la constancia.

Empezóse luego á tratar del hospedage que se habia de hacer á los Españoles, de la solemnidad y aparatos del recibimiento; y con esta ocasion se volvió á discurrir en sus hazañas, en los prodigios con que habia prevenido el cielo su venida, en las señas que traian de aquellos hombres orientales prometidos á sus mayores; y en la turbacion y desaliento de sus dioses que á su parecer se daban por vencidos, y cedian el dominio de aquella tierra, como deidades de inferior gerarquía; y todo fue menester para que se llegase á poner en términos posibles aquella gran dificultad de penetrar, sobre tan porfiada resistencia, y con tan poca gente, hasta la misma corte de un príncipe tan poderoso, absolutó en sus determinaciones, obedecido con adoracion, y enseñado al temor de sus vasallos.

CAPITULO IX.

Viene al cuartel á visitar á Cortés de parte de Motezuma el señor de Tezcucó, su sobrino : continuáse la marcha, y se hace alto en Quitlabaca, dentro ya de la laguna de Méjico.

De aquellas caserías, donde se alojó el ejército de la otra parte de la montaña, pasó el día siguiente á un pequeño lugar, jurisdiccion de Chalco, situado en el camino real, á poco mas de dos leguas, donde acudieron luego el cacique principal de la misma provincia y otros de la comarca. Traian sus presentes con algunos bastimentos; y Cortés los agasajó con mucha humanidad, y con algunas dádivas; pero se reconoció luego en su conversacion que se recataban de los embajadores mejicanos, porque se detenian y embarazaban fuera de tiempo; y daban á entender lo que callaban en lo mismo que decian. Apartóse con ellos Hernan Cortés, y á poca diligencia de los intérpretes, dieron todo el veneno del corazón. Quejáronse destempladamente de las crueldades y tiranías de Motezuma : ponderaron lo intolerable

de sus tributos, que pasaban ya de las haciendas á las personas, pues los hacia trabajar sin estipendio en sus jardines, y en otras obras de su vanidad: decian con lágrimas «que hasta las mugeres se habian hecho contribucion de su torpeza y la de sus ministros, puesto que las elegian y desechaban á su antojo, sin que pudiesen defender los brazos de la madre á la doncella, ni la presencia del marido á la casada.» Representando uno y otro á Hernan Cortés, como á quien lo podia remediar, y mirándole como á deidad, que bajaba del cielo con jurisdiccion sobre los tiranos. Él los escuchó compadecido, y procuró mantenerlos en la esperanza del remedio, dejándose llevar por entonces del concepto en que le tenian, ó resistiendo á su engaño con alguna falsedad. No pasaba en estas permisiones de su política los términos de la modestia; pero tampoco gustaba de oscurecer su fama donde se miraba como parte de razon el desvario de aquella gente.

Volvióse á la marcha el dia siguiente, y se caminaron cuatro leguas por tierra de mejor temple y mayor amenidad, donde se conocia el favor de la naturaleza en las arboledas, y el beneficio del arte en los jardines. Hízose alto en Amecameca,

donde se alojó el ejército, lugar de mediana poblacion, fundado en una ensenada de la gran laguna, la mitad en el agua, y la otra mitad en tierra firme, al pie de una montañuela estéril y fragosa. Concurrieron aquí muchos Mejicanos con sus armas y adornos militares, y aunque al principio se creyó que los traia la curiosidad, creció tanto el número, que dieron cuidado, y no faltaron indicios que persuadiesen al recelo. Valióse Cortés de algunas esterioridades para detenerlos y atemorizarlos : hízose ruido con las bocas de fuego : disparáronse al aire algunas piezas de artillería : ponderóse y aun se provocó la ferocidad de los caballos, cuidando los intérpretes de dar significacion al estruendo, y engrandecer el peligro; por cuyo medio se consiguió el apartarlos del alojamiento antes que cerrase la noche. No se verificó que viniesen con ánimo de ofender; ni parece verosímil que se intentase nueva traicion, quando estaba Motezuma reducido á dejarse ver; aunque despues mataron las centinelas algunos Indios, sobre acercarse demasiado, con apariencias de reconocer el cuartel; y pudo ser que alguno de los caudillos mejicanos condujese aquella gente, con ánimo de asaltar cautelosamente á los

Españoles, creyendo no seria desagradable á su rey, por considerarle rendido á la paz, con repugnancia de su natural y de su conveniencia; pero esto se quedó en presuncion, porque á la mañana solo se descubrieron en el camino que se habia de seguir, algunas tropas de gente desarmada, que tomaban lugar para ver á los estrangeros.

Tratábase ya de poner en marcha el ejército, cuando llegaron al cuartel cuatro caballeros mejicanos, con aviso de que venia el príncipe Cacamatzin, sobrino de Motezuma, y señor de Tezcucó, á visitar á Cortés de parte de su tío, y tardó poco en llegar. Acompañábanle muchos nobles con insignias de paz, y ricamente adornados. Traíanle sobre sus hombros otros Indios de su familia en unas andas cubiertas de varias plumas, cuya diversidad de colores se correspondia con proporcion: era mozo de hasta veinte y cinco años, de recomendable presencia: y luego que se apeó, pasaron delante algunos de sus criados á barrer el suelo que habia de pisar, y á desviar con grandes ademanes y contenencias la gente de los lados: ceremonias, que siendo ridículas, daban autoridad. Salió Cortés á recibirle hasta la puerta de

su alojamiento, con todo aquel aparato de que adornaba su persona en semejantes funciones. Hízole al llegar una cumplida reverencia, y él correspondió tocando la tierra, y despues los labios con la mano derecha. Tomó su lugar despejadamente, y habló con sosiego de hombre, que sabia estar sin admiracion á vista de la novedad. La sustancia de su razonamiento fue «dar la bienvenida, con palabras puestas en su lugar, á Cortés y á todos los cabos de su ejército: ponderar la gratitud con que los esperaba el gran Motezuma, y cuanto deseaba la correspondencia y amistad de aquel príncipe del oriente que los enviaba, cuya grandeza debia reconocer por algunas razones, que entenderian de su boca; » y por via de discurso propio volvió á dificultar, como los demas embajadores, la entrada de Méjico, fingiendo «que se padecia esterilidad en todos los pueblos de su contribucion; » y proponiendo, como punto que sentia su rey, «lo mal asistidos que se hallarian los Españoles, donde faltaba el sustento para los vecinos.» Cortés respondió, sin apartarse del misterio con que iba cebando las aprehensiones de aquella gente, «que su rey, siendo un monarca sin igual en otro mundo, cercano al

nacimiento del sol, tenia tambien algunas razones de alta consideracion para ofrecer su amistad á Motezuma, y comunicarle diferentes noticias, que miraban á su persona, y esencial conveniencia ; cuya proposicion no desmereceria su gratitud, ni él podia dejar de admitir con singular estimacion la licencia que se le concedia para dar su embajada, sin que le hiciese algun embarazo la esterilidad que se padecia en aquella corte ; porque sus Españoles necesitaban de poco alimento para conservar sus fuerzas, y venian enseñados á padecer, y despreciar las incomodidades y trabajos de que se afligian los hombres de inferior naturaleza.» No tuvo Cacumatzin que replicar á esta resolucion, antes recibió con estimacion y rendimiento algunas joyuelas de vidrio estraordinario que le dió Cortés, y acompañó el ejército hasta Tezcucó, ciudad capital de su dominio, donde se adelantó con la respuesta de su embajada.

Era entonces Tezcucó una de las mayores ciudades de aquel imperio : refieren algunos que seria como dos veces Sevilla, y otros que podia competir con la corte de Motezuma en la grandeza ; y hay quien presumia ser no sin fundamento de mayor antigüedad. Estaba la frente principal de sus edifi-

cios sobre la orilla de aquel espacioso lago, en parage de grande amenidad, donde tomaba su principio la calzada oriental de Méjico. Siguióse por ella la marcha sin detencion, porque se llevaba intento de pasar á Iztacpalapa, tres leguas mas adelante, sitio proporcionado para entrar en Méjico el dia siguiente á buena hora. Tendria por esta parte la calzada veinte pies de ancho, y era de piedra y cal, con algunas labores en la superficie. Habia en la mitad del camino sobre la misma calzada otro lugar de hasta dos mil casas, que se llamaba Quitlavaca; y por estar fundado en el agua, le llamaron entonces Venezuela. Salió el cacique muy acompañado y lucido al recibimiento de Cortés, y le pidió que honrase por aquella noche su ciudad; con tanto afecto, y tan repetidas instancias, que fue preciso condescender á sus ruegos por no desconfiarle. Y no dejó de hallarse alguna conveniencia en hacer aquella mansion para tomar noticias; porque viendo desde mas cerca la dificultad, entró Cortés en algun recelo de que le rompiesen la calzada, ó levantasen los puentes para embarazar el paso á su gente.

Registrábase desde allí mucha parte de la laguna, en cuyo espacio se descubrian varias po-

blaciones y calzadas, que la interrumpian y la hermo세aban, torres y capiteles, que al parecer nadaban sobre las aguas: árboles y jardines fuera de su elemento; y una inmensidad de Indios, que navegando en sus canoas, procuraban acercarse á ver los Españoles, siendo mayor la muchedumbre que se dejaba reparar en los terrados y azuteras mas distantes: hermosa vista y maravillosa novedad; de que se llevaba noticia, y fue mayor en los ojos que en la imaginacion.

Tuvo el ejército bastante comodidad en este alojamiento, y los paisanos asistieron con agrado y urbanidad al regalo de sus huéspedes: gente, de cuya policia se dejaba conocer la vecindad de la corte. Manifestó el cacique, sin poderse contener, poco afecto á Motezuma, y el mismo deseo que los demas de sacudir el yugo intolerable de aquel gobierno, porque alentaba los soldados y facilitaba la empresa, diciendo á los intérpretes, como quien deseaba que lo entendiesen todos, «que la calzada que se habia de seguir hasta Méjico, era maz capaz y de mejor calidad que la pasada, sin que hubiese que recelar en ella ni en las poblaciones de su margen: que la ciudad de Iztacpala, donde se habia de hacer tránsito, estaba

de paz, y tenia orden para recibir y alojar amigablemente á los Españoles : que el señor de esta ciudad era pariente de Motezuma ; pero que ya no habia que temer en los de su faccion, porque le tenian rendido y sin espíritu los prodigios del cielo, las respuestas de sus oráculos, y las hazañas que le referian de aquel ejército ; por cuya razon le hallarian deseoso de la paz, y con el ánimo dispuesto antes á sufrir, que á provocar. » Decia la verdad este cacique, pero con alguna mezcla de pasion y de lisonja : y Hernan Cortés, aunque no dejaba de conocer este defecto en sus noticias, procuraba divulgarlas y encarecerlas entre sus soldados. Y no se puede negar que llegaron á buen tiempo, para que no se desanimasé la gente de menos obligaciones con aquella variedad de objetos admirables que se tenian á la vista, de que se pudiera colegir la grandeza de aquella corte, y el poder formidable de aquel principe ; pero los informes del cacique, y las ponderaciones que se hacian de su turbacion y desaliento, pudieron tanto en esta concurrencia de novedades, que alegrándose todos de lo que se habian de asombrar, se aprovecharon de su admiracion, para mejorar las esperanzas de su fortuna.

CAPITULO X.

Pasa el ejército á Iztacpalapa, donde se dispone la entrada de Méjico, refiérese la grandesa con que salió Motezuma á recibir á los Españoles.

LA mañana siguiente, poco despues de amanecer, se puso en orden la gente sobre la misma calzada, segun su capacidad, bastante por aquella parte para que pudiesen ir ocho caballos en hilera. Constaba entonces el ejército de cuatrocientos y cincuenta Españoles no cabales, y hasta seis mil Indios tlascaltecas, zempoales, y de otras naciones amigas. Siguióse la marcha, sin nuevo accidente que diese cuidado, hasta la misma ciudad de Iztacpalapa, donde se habia de hacer alto: lugar que sobresalia entre los demas por la grandeza de sus torres, y por el bulto de sus edificios: seria de hasta diez mil casas de segundo y tercer alto que ocupaban mucha parte de la laguna: y se dilataban algo mas sobre la ribera, en sitio delicioso y abundante. El señor de esta ciudad salió mny autorizado á recibir el ejército; y le

asistieron para esta funcion los príncipes de Magicalcingo y Cuyoacan, dominios de la misma laguna. Traian todos tres su presente separado de varias frutas, cazas y otros bastimentos, con algunas piezas de oro, que valdrian hasta dos mil pesos. Llegaron juntos, y se dieron á conocer, diciendo cada uno su nombre y dignidad; y remitiendo á la discrecion de la ofrenda todo lo que faltaba en el razonamiento.

Hízose la entrada en esta ciudad con aquel aplauso, que consistia en el bullicio y gritería de la gente, cuya inquietud alegre daba seguridad á los mas recelosos. Estaba prevenido el alojamiento en el mismo palacio del cacique, donde cupieron todos los Españoles debajo de cubierto, quedando los demas en los patios y zaguanes con bastante comodidad para una noche, que se habia de pasar sin descuido. Era el palacio grande y bien fabricado, con separacion de cuartos alto y bajo, muchas salas con techumbre de cedro, y no sin adorno; porque algunas de ellas tenian sus colgaduras de algodón; tejido á colores, con dibujo y proporcion. Habia en Iztacpalapa diversas fuentes de agua dulce y saludable, traída por diferentes conductos de las sierras vecinas, y muchos

jardines cultivados con prolijidad, entre los cuales se hacia reparar una huerta de admirable grandeza y hermosura, que tenia el cacique para su recreacion; donde llevó aquella tarde á Cortés con algunos de sus capitanes y soldados, como quien deseaba cumplir á un tiempo con el agasajo de los huépedes, y con su propia jactancia y vanidad. Habia en ella diversos géneros de árboles fructíferos, que formaban calles muy dilatadas, dejando su lugar á las plantas menores, y un espacioso jardin, que tenia sus divisiones y paredes hechas de cañas entretejidas, y cubiertas de yerbas olorosas, con diferentes cuadros de agricultura cuidadosa, donde hacian labor las flores con ordenada variedad. Estaba en medio un estanque de agua dulce, de forma cuadrangular: fábrica de piedra y argamasa, con gradas por todas partes hasta el fondo: tan grande que tenia cada uno de sus lados cuatrocientos pasos, donde se alimentaba la pesca de mayor regalo, y acudian varias especies de aves palustres, algunas conocidas en Europa, y otras de figura esquisita y pluma extraordinaria: obra digna de príncipe, y que hallada en un súbdito de Motezuma, se miraba como argumento de mayores opulencias.

Pasóse bien la noche, y la gente acudió con agrado y sencillez al agasajo de los Españoles: solo se reparó en que hablaban ya en este lugar con otro estilo de las cosas de Motezuma, porque alababan todos su gobierno, y encarecian su grandeza; ó tuviéselos de aquella opinion el parentesco del cacique, ó los hiciese menos atrevidos la cercanía del tirano. Habia dos leguas de calzada que pasar hasta Méjico, y se tomó la mañana, porque deseaba Cortés hacer su entrada, y cumplir con la primera funcion de visitar á Motezuma, quedando con alguna parte del dia para reconocer y fortificar su cuartel. Siguióse la marcha con la misma orden; y dejando á los lados la ciudad de Magicalcingo en el agua, y la de Cuyoacan en la ribera, sin otras grandes poblaciones que se descubrian en la misma laguna, se dió vista desde mas cerca, y no sin admiracion, á la gran ciudad de Méjico, que se levantaba con esceso entre las demas, y al parecer se le conocia el predominio hasta en la soberbia de sus edificios. Salieron á poco menos que la mitad del camino mas de cuatro mil nobles y ministros de la ciudad á recibir el ejército, cuyos cumplimientos detuvieron largo rato la marcha, aunque solo ha-

cian reverencia, y pasaban delante para volver acompañando. Estaba poco antes de la ciudad un baluarte de piedra, con dos castillejos á los lados, que ocupaba todo el plano de la calzada, cuyas puertas desembocaban sobre otro pedazo de calzada, y esta terminaba en un puente levadizo, que defendia la entrada con segunda fortificacion. Luego que pasaron de la otra parte los magnates del acompañamiento, se fueron desviando á los lados, para franquear el paso al ejército, y se descubrió una calle muy larga y espaciosa, de grandes casas, edificadas con igualdad y correspondencia, cubiertos de gente los miradores y terrados; pero la calle totalmente desocupada; y dijeron á Cortés, que se habia despejado cuidadosamente, porque Motezuma estaba en ánimo de salir á recibirle, para mayor demostracion de su benevolencia.

Poco despues se fue dejando ver la primera comitiva real, que serian hasta docientos nobles de su familia, vestidos de librea, con grandes penachos, conformes en la hechura y el color. Venian en dos hileras con notable silencio y compostura, descalzos todos, y sin levantar los ojos de la tierra : acompañamiento con apariencias de

C. A.
proce
se fue
orden
mejor
medio
favor
brilla
de p
cion
ficio
naga
de un
y disp
adorn
magist
que lo
sando
llas en
que se
del ca
tiempo
adelante
camino
la tierra
huellas.

procesion. Luego que llegaron cerca del ejército, se fueron arrojando á las paredes en la misma orden, y se vió á lo lejos una gran tropa de gente mejor adornada, y de mayor dignidad, en cuyo medio venia Motezuma sobre los hombros de sus favorecidos, en unas andas de oro bruñido, que brillaba con proporcion entre diferentes labores de pluma sobrepuesta, cuya primorosa distribucion procuraba oscurecer la riqueza con el artificio. Seguian el paso de las andas cuatro personajes de gran suposicion, que le llevaban debajo de un palio, hecho de plumas verdes, entretejidas y dispuestas de manera que formaban tela, con adornos de argentería; y poco delante iban tres magistrados con unas varas de oro en las manos, que levantaban en alto sucesivamente, como avisando que se acercaba el rey, para que se humillasen todos, y no se atreviesen á mirarle: desacato que se castigaba como sacrilegio. Cortés se arrojó del caballo poco antes que llegase; y al mismo tiempo se apeó Motezuma de sus andas, y se adelantaron algunos Indios, que alfombraron el camino, para que no pusiese los pies sobre la tierra, que á su parecer era indigna de sus huellas.

Prevínose á la funcion con espacio y gravedad ; y puestas las dos manos sobre los brazos del señor de Iztacpalapa y el de Tezcuco , sus sobrinos , dió algunos pasos para recibir á Cortés. Era de buena presencia ; su edad hasta cuarenta años ; de mediana estatura , mas delgado que robusto ; el rostro aguileño , de color menos oscuro que el natural de aquellos Indios ; el cabello largo hasta el extremo de la oreja ; los ojos vivos , y el semblante magestuoso , con algo de intencion : su traje era un manto de sutilísimo algodón , anudado sin desaire sobre los hombros , de manera que cubria la mayor parte del cuerpo , dejando arrastrar la falda. Traia sobre sí diferentes joyas de oro , perlas y piedras preciosas , en tanto número que servian mas al peso que al adorno. La corona era una mitra de oro ligero , que por delante remataba en punta , y la mitad posterior algo mas obtusa se inclinaba sobre la cerviz ; y el calzado unas suelas de oro macizo , cuyas correas tachonadas de lo mismo , ceñian el pie , y abrazaban parte de la pierna , semejante á las caligas militares de los Romanos.

Llegó Cortés apresurando el paso sin desautorizarse , y le hizo una profunda sumision ; á que

respondió poniendo la mano cerca de la tierra, y llevándola despues á los labios : cortesía de inaudita novedad en aquellos príncipes, y mas desproporcionada en Motezuma, que apenas doblaba la cerviz á sus dioses, y afectaba la soberbia, ó no la sabia distinguir de la magestad; cuya demostracion, y la de salir personalmente al recibimiento, se reparó mucho entre los Indios, y cedió en mayor estimacion de los Españoles; porque no se persuadian á que fuese inadvertencia de su rey, cuyas determinaciones veneraban, sujetando el entendimiento. Habíase puesto Cortés sobre las armas una banda ó cadena de vidrio, compuesta vistosamente de varias piedras, que imitaban los diamantes y las esmeraldas, reservada para el presente de la primera audiencia; y hallándose cerca en estos cumplimientos, se la echó sobre los hombros á Motezuma. Detuviéronle, no sin alguna destemplanza, los dos sobrinos, dándole á entender que no era licito el acercarse tanto á la persona del rey; pero él los reprendió, quedando tan gustoso del presente, que le miraba y celebraba entre los suyos como presea de inestimable valor; y para desempeñar su agradecimiento con alguna liberalidad, hizo

traer, entretanto que llegaban á darse á conocer los demas capitanes, un collar que tenia la primera estimacion entre sus joyas. Era de unas conchas carmesíes de gran precio en aquella tierra, dispuestas y engarzadas con tal arte, que de cada una de ellas pendian cuatro gambarros ó cangrejos de oro, imitados prolijamente del natural; y él mismo con sus manos se lo puso en el cuello á Cortés : humanidad y agasajo, que hizo segundo ruido entre los Mejicanos. El razonamiento de Cortés fue breve y rendido, como lo pedia la ocasion, y su respuesta de pocas palabras, que cumplieron con la discrecion sin faltar á la decencia. Mandó luego al uno de aquellos dos príncipes sus colaterales, que se quedase para conducir y acompañar á Hernan Cortés hasta su alojamiento; y arrimado al otro, volvió á tomar sus andas, y se retiró á su palacio con la misma pompa y gravedad.

Fue la entrada en esta ciudad á ocho de noviembre del mismo año de mil y quinientos y diez y nueve, dia de los santos cuatro coronados mártires; y el alojamiento que tenian prevenido, fue una de las casas reales que fabricó Ajayaca, padre de Motezuma. Competia en la grandeza con

el palacio principal de los reyes, y tenia sus presunciones de fortaleza: paredes gruesas de piedra, con algunos torreones, que servian de traveses, y daban facilidad á la defensa. Cupo en ella todo el ejército; y la primera diligencia de Cortés fue reconocerla por todas partes para distribuir sus guardias, alojar su artillería, y cerrar su cuartel. Algunas salas, que tenian destinadas para la gente de mas cuenta, estaban adornadas con sus tapicerías de varios colores, hechas de aquel algodón, á que se reducian todas sus telas, mas ó menos delicadas: las sillas de madera, labradas de una pieza: las camas entoldadas con sus colgaduras en forma de pabellones; pero el lecho se componia de aquellas sus esteras de palma, donde servia de cabecera una de las mismas esteras arrollada: no alcanzaban allí mejor cama los príncipes mas regalados, ni cuidaba mucho aquella gente de su comodidad, porque vivian á lo natural, contentándose con los remedios de la necesidad; y no sabemos si se debe llamar felicidad en aquellos bárbaros esta ignorancia de las superfluidades.

CAPITULO XI.

Viene Motezuma el mismo dia por la tarde á visitar á Cortés en su alojamiento : refiérese la oracion que hizo antes de oir la embajada ; y la respuesta de Cortés.

ERA poco mas de medio dia cuando entraron los Españoles en su alojamiento, y hallaron prevenido un banquete regalado y espléndido para Cortés y los cabos de su ejército, con grande abundancia de bastimentos menos delicados para el resto de la gente ; y muchos Indios de servicio, que suministraban los manjares y las bebidas con igual silencio y puntualidad. Por la tarde vino Motezuma con la misma pompa y acompañamiento á visitar á Cortés, que avisado poco antes, salió á recibirle hasta el patio principal, con todo el obsequio debido á semejante favor. Acompañóle hasta la puerta de su cuarto, donde le hizo una profunda reverencia, y él pasó á tomar su asiento con despejo y gravedad. Mandó luego que acercasen otro á Cortés : hizo seña para que se apartasen á la pared los caballeros que andaban cerca

de su persona , y Cortés advirtió lo mismo á los capitanes que le asistian. Llegaron los intérpretes , y cuando se prevenia Hernan Cortés para dar principio á su oracion , le detuvo Motezuma , dando á entender que tenia que hablar antes de oir ; y se refiere que discurrió en esta sustancia :

« Antes que me deis la embajada , ilustre capitán y valerosos estrangeros , del príncipe grande que os envia , debeis vosotros , y debo yo desestimar y poner en olvido lo que ha divulgado la fama de nuestras personas y costumbres , introduciendo en nuestros oidos aquellos vanos rumores que van delante de la verdad , y suelen oscurecerla declinando en lisonja ó vituperio. En algunas partes os habrán dicho de mí que soy uno de los dioses inmortales , levantando hasta los cielos mi poder y mi naturaleza : en otras que se desvela en mis opulencias la fortuna , que son de oro las paredes y los ladrillos de mis palacios , y que no caben en la tierra mis tesoros ; y en otras que soy tirano , cruel y soberbio ; que aborrezco la justicia , y que no conozco la piedad. Pero los unos y los otros os han engañado con igual encarecimiento : y para que no imagineis que soy alguno de los dioses , ó conozcais el desvarío de los

que así me imaginan, esta porcion de mi cuerpo (y desnudó parte del brazo) desengañará vuestros ojos de que hablais con un hombre mortal de la misma especie; pero mas noble y mas poderoso que los otros hombres. Mis riquezas no niego que son grandes; pero las hace mayores la exageracion de mis vasallos. Esta casa que habitais es uno de mis palacios. Mirad esas paredes hechas de piedra y cal; materia vil, que debe al arte su estimacion; y colegid de uno y otro el mismo engaño y el mismo encarecimiento en lo que os hubieren dicho de mis tiranías; suspendiendo el juicio hasta que os entereis de mi razon, y despreciando ese lenguaje de mis rebeldes, hasta que veais si es castigo lo que llaman infelicidad y si pueden acusarle sin dejar de merecerle. No de otra suerte han llegado á nuestros oidos varios informes de vuestra naturaleza y operaciones. Algunos han dicho que sois deidades que os obedecen las fieras, que manejaís los rayos y que mandais en los elementos: y otros que sois facinerosos, iracundos y soberbios, que os dejais dominar de los vicios, y que venis con una sed insaciable del oro que produce nuestra tierra. Pero ya veo que sois hombres de la misma composicion y masa que los demas,

aunque os diferencian de nosotros algunos accidentes de los que suele influir el temperamento de la tierra en los mortales. Esos brutos que os obedecen, ya conozco que son unos venados grandes, que traeis domesticados é instruidos en aquella doctrina imperfecta, que puede comprender el instinto de los animales. Esas armas que se asemejan á los rayos, tambien alcanzo que son unos cañones de metal no conocido, cuyo efecto es como el de nuestras cerbatanas, aire oprimido, que busca salida, y arroja el impedimento. Ese fuego que despiden con mayor estruendo, será cuando mucho algun secreto mas que natural de la misma ciencia que alcanzan nuestros magos. Y en lo demas que han dicho de vuestro proceder, hallo tambien, segun la observacion que han hecho de vuestras costumbres mis embajadores y confidentes, que sois benignos y religiosos, que os enojais con razon, que sufris con alegría los trabajos, y que no falta entre vuestras virtudes la liberalidad, que se acompaña pocas veces con la codicia. De suerte que unos y otros debemos olvidar las noticias pasadas, y agradecer á nuestros ojos el desengaño de nuestra imaginacion; con cuyo presupuesto quiero que sepais antes de

hablarme, que no se ignora entre nosotros, ni necesitamos de vuestra persuasion, para creer que el príncipe grande á quien obedecéis, es descendiente de nuestro antiguo Quezalcoal, señor de las siete cuevas de los Navatlacas, y rey legítimo de aquellas siete naciones que dieron principio al imperio mejicano. Por una profecía suya, que veneramos como verdad infalible, y por la tradicion de los siglos que se conserva en nuestros anales, sabemos que salió de estas regiones á conquistar nuevas tierras acia la parte del oriente, y dejó prometido, que andando el tiempo vendrian sus descendientes á moderar nuestras leyes, ó poner en razon nuestro gobierno. Y porque las señas que traeis conforman con este vaticinio, y el príncipe del oriente que os envia, manifiesta en vuestras mismas hazañas la grandeza de tan ilustre progenitor, tenemos ya determinado que se haga en obsequio suyo todo lo que alcanzaren nuestras fuerzas; de que me ha parecido advertiros, para que hableis sin embarazo en sus proposiciones, y atribuyais á tan alto principio estos escesos de mi humanidad.»

Acabó Motezuma su oracion, previniendo el oido con entereza y magestad, cuya sustancia dió

bastante disposicion á Cortés para que sin apartarse del engaño que hallaba introducido en el concepto de aquellos hombres, pudiese responderle, segun lo que hallamos escrito, estas ó semejantes razones :

« Despues, señor, de rendiros las gracias por la suma benignidad con que permitis vuestros oidos á nuestra embajada, y por el superior conocimiento con que nos habeis favorecido, menospreciando en nuestro abono los siniestros informes de la opinion, debo deciros que tambien acerca de nosotros se ha tratado la vuestra con aquel respeto y veneracion que corresponde á vuestra grandeza. Mucho nos han dicho de vos en esas tierras de vuestro dominio: unos afeando vuestras obras, y otros poniendo entre sus dioses vuestra persona; pero los encarecimientos crecen ordinariamente con injuria de la verdad; que como es la voz de los hombres el instrumento de la fama, suele participar de sus pasiones; y estas, ó no entienden las cosas como son, ó no las dicen como las entienden. Los Españoles, señor, tenemos otra vista, con que pasamos á discernir el color de las palabras, y por ellas el semblante del corazon; ni hemos creido á vuestros rebeldes

ni á vuestros lisonjeros. Con certidumbre de que sois príncipe grande, y amigo de la razon, venimos á vuestra presencia sin necesitar de los sentidos, para conocer que sois príncipe mortal. Mortales somos tambien los Españoles, aunque mas valerosos, y de mayor entendimiento que vuestros vasallos, por haber nacido en otro clima de mas robustas influencias. Los animales que nos obedecen, no son como vuestros venados, porque tienen mayor nobleza y ferocidad: brutos inclinados á la guerra que saben aspirar con alguna especie de ambicion á la gloria de su dueño. El fuego de nuestras armas es obra natural de la industria humana, sin que tenga parte alguna en su produccion esa facultad que profesan vuestros magos; ciencia entre nosotros abominable, y digna de mayor desprecio que la misma ignorancia: con cuya suposicion, que me ha parecido necesaria para satisfacer á vuestras advertencias, os hago saber con todo el acatamiento debido á vuestra Magestad, que vengo á visitaros como embajador del mas poderoso monarca que registra el sol desde su nacimiento: en cuyo nombre os propongo que desea ser vuestro amigo y confederado, sin acordarse de los derechos antiguos que habeis

referido para otro fin sino el de abrir el comercio entre ambas monarquías, y conseguir por este medio vuestra comunicacion y vuestro desengaño. Y aunque pudiera, segun la tradicion de vuestras mismas historias, aspirar á mayor reconocimiento en estos dominios, solo quiere usar de su autoridad para que le creais en lo mismo que os conviene; y daros á entender que vos, señor, y vosotros Mejicanos que me ois (volviendo el rostro á los circunstantes), vivis engañados en la religion que profesais, adorando unos leños insensibles, obra de vuestras manos y de vuestra fantasía; porque solo hay un Dios verdadero, principio eterno, sin principio ni fin, de todas las cosas; cuya omnipotencia infinita crió de nada esa fábrica maravillosa de los cielos, el sol que nos alumbra, la tierra que nos sustenta, y el primer hombre de quien procedemos todos, con igual obligacion de reconocer y adorar á nuestra primera causa. Esta misma obligacion teneis vosotros impresa en el alma, y conociendo su inmortalidad, la desestimais y destruis, dando adoracion á los demonios, que son unos espíritus inmundos, criaturas del mismo Dios, que por su ingratitud y rebeldía fueron lanzados en ese fuego

subterráneo, de que teneis alguna imperfecta noticia en el horror de vuestros volcanes. Estos, que por su envidia y malignidad son enemigos mortales del género humano, solicitan vuestra perdicion, haciéndose adorar en esos ídolos abominables : suya es la voz que alguna vez escuchais en las respuestas de vuestros oráculos, y suyas las ilusiones con que suele introducir en vuestro entendimiento los errores de la imaginacion. Ya conozco, señor, que no son de este lugar los misterios de tan alta enseñanza; pero solamente os amonesta ese mismo rey á quien reconocéis tan antigua superioridad, que nos oigas en este punto con ánimo indiferente, para que veais como descansa vuestro espíritu en la verdad que os anunciamos, y cuantas veces habeis resistido á la razon natural, que os daba luz suficiente para conocer vuestra ceguedad. Esto es lo primero que desea de vuestra magestad el rey mi señor, y esto lo principal que os propone, como el medio mas eficaz para que pueda estrecharse con durable amistad la confederacion de ambas coronas, y no falten á su firmeza los fundamentos de la religion, que sin dejar alguna discordia en los dictámenes, introduzcan en el ánimo los vínculos de la voluntad. »

Así procuró Hernan Cortés mantener entre aquella gente la estimacion de sus fuerzas, sin apartarse de la verdad, y servirse del origen que le buscaban á su rey, ó no contradecir lo que tenían aprehendido, para dar mayor autoridad á su embajada. Pero Motezuma oyó con señas de poca docilidad el punto de la religion, obstinado con hipocresía en los errores de su gentilidad : y levantándose de la silla, « yo acepto, dijo, con toda gratitud la confederacion y amistad que me proponeis del gran descendiente de Quezalcoal, pero todos los dioses son buenos; y el vuestro puede ser todo lo que decis, sin ofensa de los mios. Descansad ahora, que en vuestra casa estais, donde sereis asistido con todo el cuidado que se debe á vuestro valor, y al príncipe que os envia. » Mandó luego que entrasen algunos Indios de carga que traia prevenidos; y antes de partir presentó á Hernan Cortés diferentes piezas de oro, cantidad de ropas de algodón, y varias curiosidades de pluma : dádiva considerable por el valor y por el modo; y repartió algunas joyas y preseas del mismo género entre los Españoles que estaban presentes, dando uno y otro con alegre generosidad, sin hacer mucho caso del beneficio;

pero mirando á Cortés y á los suyos con un género de satisfaccion, en que se conocia el cuidado antecedente : como los que manifiestan su temor en lo mismo que se complacen de haberle perdido.

CAPITULO XII.

Visita Cortés á Motezuma en su palacio, cuya grandeza y aparato se describe: y se da noticia de lo que pasó en esta conferencia, y en otras que se tuvieron despues sobre la religion.

PIDIÓ Hernan Cortés audiencia el dia siguiente, y la consiguió con tanta prontitud, que vinieron con la respuesta los mismos que le habian de acompañar en esta visita : cierto género de ministros, que solian asistir á los embajadores, y tenían á su cargo el magisterio de las ceremonias y estilos de su nacion. Vistióse de gala sin dejar las armas, que se habian de introducir á trage militar; y llevó consigo á los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velazquez de Leon, y Diego de Ordaz, con seis ó siete soldados particulares de su satisfaccion, entre los

ros con un géne-
nocia el cuidado
estaa su temor
de haberle per-

cuya grande
de lo que pas
ieron despues

siguiente,
e vinieron
habian de
de minis-
ores, y te-
remonas y
sin dejar
r á trage
Pedra de
elazquez
iete sol-
entre los

cuales fue Bernal Diaz del Castillo , que ya tra-
taba de observar para escribir.

Las calles estaban pobladas por todas partes de
innumerable concurso , que trabajaba en su mis-
ma muchedumbre para ver á los Españoles sin
embarazarles el paso ; entre cuyas reverencias y
sumisiones, se oia muchas veces la palabra *Teules*,
que en su lengua significa dioses : voz que ya se
entendia, y que no sonaba mal á los que funda-
ban parte de su valor en el respeto ageno.

Dejóse ver á larga distancia el palacio de Mo-
tezuma , que manifestaba, no sin encarecimiento,
la magnificencia de aquellos reyes : edificio tan
desmesurado , que por treinta puertas se salia
á diferentes calles. La fachada principal , que ocu-
paba toda la frente de una plaza muy espaciosa ,
era de varios jaspes negros, rojos y blancos , de
no mal entendida colocacion y pulimento. Sobre
la portada se hacian reparar en un escudo grande
las armas de los Motezumas : un grifo, medio
águila y medio leon , en ademan de volar , con
un tigre feroz entre las garras. Algunos quieren
que fuese águila, y se ponen de propósito á im-
pugnar el grifo con la razon de que no los hay en
aquella tierra , como si no se pudiese dudar si

los hay en el mundo, segun los autores que los pusieron entre las aves fabulosas. Diriamos antes que pudo inventar acá y allá este género de monstruos el desvarío artificioso, que llaman licencia los poetas, y valentía los pintores.

Al llegar cerca de la puerta principal, se encaminaron acia el uno de sus lados los ministros del acompañamiento, y retirándose atras con pasos de gran misterio, formaron un semicírculo para llegar á la puerta de dos en dos : ceremonia de su costumbre, porque tenian á falta de respeto el entrar de tropel en la casa real, y reconocian con este desvío la dificultad de pisar aquellos umbrales. Pasados tres patios de la misma fábrica y materia que la fachada, llegaron al cuarto donde residia Motezuma, en cuyos salones era de igual admiracion la grandeza y el adorno : los pavimentos con esteras de varias labores : las paredes con diferentes colgaduras de algodon, pelo de conejo, y en lo mas interior de pluma : unas y otras hermoseadas con la viveza de los colores, y con la diferencia de las figuras : los techos de cipres, cedro y otras maderas olorosas, con diversos follages y relieves; en cuya contestura se reparó, que sin haber hallado el uso de los clavos, for-

maban grandes artesones, afirmando el maderamen y las tablas en su misma trabazon.

Habia en cada una de estas salas, numerosas y diferentes gerarquías de criados, que tenian la entrada segun su calidad y ministerio; y en la puerta de la antecámara esperaban los próceres y magistrados que recibieron á Cortés con grande urbanidad; pero le hicieron esperar para quitarse las sandalias, y dejar los mantos ricos de que venian adornados, tomando en su lugar otros de menos gala : era entre aquella gente irreverencia el atreverse á lucir delante del rey. Todo lo reparaban los Españoles, todo hacia novedad, y todo infundia respeto : la grandeza del palacio, las ceremonias, el aparato, y hasta el silencio de la familia.

Estaba Motezuma en pie, con todas sus insignias reales, y dió algunos pasos para recibir á Cortés, poniéndole al llegar los brazos sobre los hombros : agasajó despues con el semblante á los Españoles que le acompañaban, y tomando su asiento, mandó sentar á Cortés y á todos los demas, sin dejarles accion para que replicasen. La visita fue larga y de conversacion familiar : hizo varias preguntas á Cortés sobre lo natural y po-

lítico de las regiones orientales, aprobando á tiempo lo que le pareció bien, y mostrando que sabia discurrir en lo que sabia dudar. Volvió á referir la dependencia y obligacion que tenian los Mejicanos al descendiente de su primero rey, y se congratuló muy particularmente de que se hubiese cumplido en su tiempo la profecía de los estrangeros, que tantos siglos antes habian sido prometidos á sus mayores: si fue con afectacion, supo esconder lo que sentia: y siendo esta una credulidad vana y despreciable por su origen y circunstancias, importó mucho en aquella ocasion, para que los Españoles hallasen hecho el camino á su introduccion: asi bajan muchas veces encadenadas y dependientes de ligeros principios las cosas mayores. Hernan Cortés le puso con destreza en la plática de la religion, tocando entre las demas noticias que le daba de su nacion los ritos y costumbres de los cristianos, para que le hiciesen disonancia los vicios y abominaciones de su idolatría; con cuya ocasion exclamó contra los sacrificios de sangre humana, y contra el horror aborrecible á la naturaleza, con que se comian los hombres que sacrificaban: bestialidad muy introducida en aquella corte, por ser mayor el

número de los sacrificados; y mas culpable por esta razon el esceso de los banquetes.

No fue del todo inútil esta sesion, porque Motezuma sintiendo en algo la fuerza de la razon, desterró de su mesa los platos de carne humana; pero no se atrevió á prohibir de una vez este manjar á sus vasallos, ni se dió por vencido en el punto de los sacrificios; antes decia que no era crueldad ofrecer á sus dioses unos prisioneros de guerra, que venian ya condenados á muerte; no hallando razon que le hiciese capaz de que fuesen prójimos los enemigos.

Dió pocas esperanzas de reducirse, aunque procuraron varias veces Hernan Cortés y el padre fray Bartolomé de Olmedo traerle al camino de la verdad: tenia entendimiento para conocer algunas ventajas en la religion católica, y para no desconocer en todo los abusos de la suya; pero se volvia luego al tema de que sus dioses eran buenos en aquella tierra, como el de los cristianos en su distrito; y se hacia fuerza para no enojarse cuando le apretaban los argumentos, padeciendo mucho consigo en estas conferencias, porque deseaba complacer á los Españoles con un género de cuidado que parecia sujecion; y por

otra parte le tiraban las afectaciones de religioso, que le adquirieron, y á su parecer leman tenian la corona, obligándole á temer con mayor abatimiento la desestimacion de sus vasallos, si le viesen menos atento al culto de sus dioses : política miserable, propia del tirano, dominar con soberbia, y contemplar con servidumbre.

Hacia tanta ostentacion de su resistencia, que llevando consigo, uno de aquellos primeros dias, á Hernan Cortés y al padre fray Bartolomé, con algunos de los capitanes y soldados particulares, para que viesen á su lado las grandezas de su corte, deseó no sin alguna vanidad enseñarles el mayor de sus templos. Mandólos que se detuviesen poco antes de la entrada, y se adelantó para conferir con los sacerdotes, si seria lícito que llegase á la presencia de sus dioses una gente que no los adoraba. Resolvióse que podrian entrar, amonestándolos primero que no se decomidiesen; y salieron dos ó tres de los mas ancianos con la permission y el requerimiento. Franqueáronse luego todas las puertas de aquel espantoso edificio, y Motezuma tomó á su cargo el explicar los secretos, oficinas y simulacros del adoratorio, tan reverente y ceremonioso, que los Españoles no

podieron contenerse de hacer alguna irrisión, de que no se dió por entendido; pero volvió á mirarlos como quien deseaba reprimirlos. A cuyo tiempo Hernán Cortés, dejándose llevar del zelo que ardía en su corazón, le dijo : « permitidme, señor, fijar una cruz de Cristo delante de esas imágenes del demonio, y vereis si merecen adoración ó menosprecio. » Enfurecieronse los sacerdotes al oír esta proposición; y Motezuma quedó confuso y mortificado, faltándole á un tiempo la paciencia para sufrirlo, y la resolución para enojarse; pero tomando partido con su primera turbación, y procurando que no quedase mal su hipocresía : « pudierais, dijo á los Españoles, conceder á este lugar las atenciones, por lo menos, que debéis á mi persona : » y salió del adoratorio para que le siguiesen; pero se detuvo en el atrio, y prosiguió diciendo algo mas reportado : « bien podeis, amigos, volveros á vuestro alojamiento, que yo me quedo á pedir perdón á mis dioses de lo mucho que os he sufrido : » notable salida del empeño en que se hallaba, y pocas palabras dignas de reparo, que dieron á entender su resolución, y lo que se reprimía para no desatemplarse.

Con esta experiencia, y otras que se hicieron del mismo género, resolvió Cortés, siguiendo el parecer del padre fray Bartolomé de Olmedo y del licenciado Juan Diaz, que no se le hablase mas por entonces en la religion, porque solo servia de irritarle y endurecerle. Pero al mismo tiempo se consiguió fácilmente su licencia para que los cristianos diesen culto público á su Dios; y él mismo envió sus alarifes para que se le fabricase templo á su costa, como le pidiese Cortés: tanto deseaba que le dejasen descansar en su error. Desembarazóse luego uno de los salones principales de aquel palacio donde habitaban los Españoles, y blanqueándole de nuevo, se levantó el altar, y en su frontispicio se colocó una imagen de nuestra señora sobre algunas gradas, que se adornaron vistosamente; y fijando una cruz grande cerca de la puerta, quedó formada una capilla muy decente, donde se celebraba misa todos los dias, se rezaba el rosario, y hacian otros actos de piedad y devocion, asistiendo algunas veces Motezuma con los príncipes y ministros que andaban á su lado; entre los cuales se alababa mucho la mansedumbre de aquellos sacrificios, sin conocer la inhumanidad y malicia de los suyos,

gente ciega y supersticiosa, que palpaba las tinieblas, y se defendia de la razon con la costumbre.

Pero antes de referir los sucesos de aquella corte, nos llama su descripcion, la grandeza de sus edificios, su forma de gobierno y policia, con otras noticias, que son convenientes para la inteligencia ó concepto de los mismos sucesos : desvíos de la narracion, necesarios en la historia, como no sean peregrinos del argumento y carezcan de otros lunares, que hacen viciosa la digresion.

CAPITULO XIII.

Describese la ciudad de Méjico, su temperamento y situacion, el mercado del Tlatelulco, y el mayor de sus templos, dedicado al dios de la guerra.

LA gran ciudad de Méjico, que fue conocida en su antigüedad por el nombre de *Tenuchtitlan*, ó por otros de poco diferente sonido, sobre cuya denominacion se cansan voluntariamente los autores, tendria en aquel tiempo sesenta mil familias de vecindad, repartida en dos barrios, de

los cuales se llamaba el uno *Tlatelulco*, habitacion de gente popular; y el otro *Méjico*, que por residir en él la corte y la nobleza, dió su nombre á toda la poblacion.

Estaba fundada en un plano muy espacioso, coronado por todas partes de altísimas sierras y montañas, de cuyos rios y vertientes rebalsadas en el valle se formaban diferentes lagunas, y en lo mas profundo los dos lagos mayores, que ocupaba con mas de cincuenta poblaciones la nacion mejicana. Tendria este pequeño mar treinta leguas de circunferencia; y los dos lagos que le formaban, se unian y comunicaban entre sí por un dique de piedra que los dividia, reservando algunas aberturas con puentes de madera, en cuyos lados tenian sus compuertas levadizas, para cebar el lago inferior siempre que necesitaban de socorrer la mengua del uno con la redundancia del otro. Era el mas alto de agua dulce y clara, donde se hallaban algunos pescados de agradable mantenimiento; y el otro de agua salobre y oscura, semejante á la marítima: no porque fuesen de otra calidad las vertientes de que se alimentaba, sino por vicio natural de la misma tierra, donde se detenian: gruesa y salitrosa por aquel

parage; pero de grande utilidad para la fábrica de la sal, que beneficiaban cerca de sus orillas, purificando al sol, y adelgazando con el fuego las espumas y superfluidades que despedia la resaca.

En el medio casi desta laguna salobre tenia su asiento la ciudad, cuya situacion se apartaba de la línea equinoccial acia el norte diez y nueve grados y trece minutos dentro aun de la tórrida zona que imaginaron de fuego inhabitable los filósofos antiguos, para que aprendiese nuestra experiencia cuan poco se puede fiar de la humana sabiduría en todas aquellas noticias, que no entran por los sentidos á desengañar el entendimiento. Era su clima benigno y saludable, donde se dejaban conocer á su tiempo el frio y el calor, ambos con moderada intension; y la humedad, que por la naturaleza del sitio pudiera ofender á la salud, estaba corregida con el favor de los vientos, ó morigerada con el beneficio del sol.

Tenia hermosísimos lejos en medio de las aguas esta gran poblacion, y se daba la mano con la tierra por sus diques ó calzadas principales: fábrica suntuosa, que servia tanto al ornamento como á la necesidad: la una de dos leguas acia la parte del mediodia, por donde hicieron su entra-

da los Españoles : la otra de una legua , mirando al septentrion ; y la otra poco menor por la parte occidental. Eran las calles bien niveladas y espaciosas : unas de agua con sus puentes , para la comunicacion de los vecinos : otras de tierra sola , hechas á la mano ; y otras de agua y tierra , los lados para el paso de la gente , y el medio para el uso de las canoas ó barcas de tamaños diferentes , que navegaban por la ciudad , ó servian al comercio , cuyo número toca en increíble , pues dicen que tendria Méjico entonces mas de cincuenta mil , sin otras embarcaciones pequeñas , que allí se llamaban *acales* , hechas de un tronco , y capaces de un hombre , que remaba para sí.

Los edificios públicos y casas de los nobles , de quese componia la mayor parte de la ciudad eran de piedra , y bien fabricadas : las que ocupaba la gente popular , humildes y desiguales ; pero unas y otras en tal disposicion , que hacian lugar á diferentes plazas de terraplen , donde tenian sus mercados.

Era entre todas la del Tlatelulco de admirable capacidad y concurso , á cuyas ferias acudian ciertos dias en el año todos los mercaderes y comerciantes del reino , con lo mas precioso de sus

frutos y manufacturas: y solian concurrir tantos que siendo esta plaza, segun dice Antonio de Herrera, una de las mayores del mundo, se llenaba de tiendas puestas en hileras, y tan apretadas, que apenas dejaban calle á los compradores. Conocian todos su puesto, y armaban su oficina de bastidores portátiles, cubiertos de algodón basto capaz de resistir al agua y al sol. No acaban de ponderar nuestros escritores el orden, la variedad y la riqueza de estos mercados. Habia hileras de plateros, donde se vendian joyas y cadenas extraordinarias, diversas hechuras de animales, y vasos de oro y plata, labrados con tanto primor, que algunos de ellos dieron que discurrir á nuestros artífices, particularmente unas calderillas de asas movibles, que salian así de la fundicion, y otras piezas del mismo género, donde se hallaban molduras y relieves, sin que se conociese impulso de martillo ni golpe de cincel. Habia tambien hileras de pintores, con raras ideas y países de aquella interposicion de plumas, que daba el colorido y animaba la figura; en cuyo género se hallaron raros aciertos de la paciencia y la prolijidad. Venian tambien á este mercado cuantos géneros de telas se fabricaban en todo el reino

para diferentes usos, hechas de algodón y pelo de conejo, que hilaban delicadamente las mugeres, enemigas en aquella tierra de la ociosidad, y aplicadas al ingenio de las manos. Eran muy de reparar los búcaros, y hechuras esquisitas de finísimo barro, que traían á vender, diverso en el color y en la fragancia, de que labraban con primor extraordinario cuantas piezas y vasijas son necesarias para el servicio y el adorno de una casa; porque no usaban de oro ni de plata en sus vajillas: profusion que solo era permitida en la mesa real, y esto en días muy señalados. Hallábanse con la misma distribucion y abundancia los mantenimientos, las frutas, los pescados; y finalmente cuantas cosas hizo venales el deleite y la necesidad.

Hacíanse las compras y ventas por vía de permutacion, con que daba cada uno lo que le sobraba por lo que habia menester; y el maíz ó el cacao servia de moneda para las cosas menores. No se gobernaban por el peso ni le conocieron; Pero tenían diferentes medidas con que distinguir las cantidades, y sus números ó caracteres con que ajustar los precios, segun sus tasaciones.

Habia casa diputada para los jueces del comer-

cio , en cuyo tribunal se decidian las diferencias de los comerciantes ; y otros ministros inferiores que andaban entre la gente , cuidando de la igualdad de los contratos, y llevaban al tribunal las causas de fraude ó esceso , que necesitaban de castigo. Admiraron justamente nuestros Españoles la primera vista de este mercado por su abundancia , por su variedad , y por el orden y concierto con que estaba puesta en razon aquella muchedumbre : aparador verdaderamente maravilloso , en que se venian de una vez á los ojos la grandeza y el gobierno de aquella corte.

Los templos , si es lícito darles este nombre , se levantaban suntuosamente sobre los demas edificios ; y el mayor , donde residia la suma dignidad de aquellos inmundos sacerdotes , estaba dedicado al ídolo *Viztcilipuztli* , que en su lengua significaba dios de la guerra , y le tenian por el supremo de sus dioses : primacía de que se infiere cuanto se preciaba de militar aquella nacion. El vulgo de los soldados Españoles le llamaba *Huchilobos* , tropezando en la pronunciacion ; y así le nombra Bernal Diaz del Castillo , hallando en la pluma la misma dificultad. Notablemente discuerdan los autores en la descripcion de este soberbio edificio.

Antonio de Herrera se conforma demasiado con Francisco Lopez de Gomara : los que le vieron entonces tenian otras cosas en el cuidado, y los demas tiraron las líneas á la voluntad de su consideracion : seguimos al P. Joseph de Acosta, y á otros autores de los mejor informados.

Su primera mansion era una gran plaza en cuadro, con su muralla de sillería, labrada por la parte de afuera con diferentes lazos de culebras encadenadas, que daban horror al pórtico, y estaban alli con alguna propiedad. Poco antes de llegar á la puerta principal estaba un humilladero no menos horroroso : era de piedra, con treinta gradas de lo mismo, que subian á lo alto, donde habia un género de azotea prolongada, y fijos en ella muchos troncos de crecidos árboles puestos en hilera : tenian estos sus taladros iguales á poca distancia, y por ellos pasaban de un árbol á otro diferentes varas, ensartando cada una por las sienes algunas calaveras de hombres sacrificados, cuyo número, que no se puede referir sin escándalo, tenian siempre cabal los ministros del templo, renovando las que padecian algun destrozo con el tiempo : lastimoso trofeo, en que manifestaba su rencor el enemigo del hombre, y

aquellos bárbaros le tenían á la vista sin algun remordimiento de la naturaleza, hecha devocion la inhumanidad, y desaprovechada en la costumbre de los ojos la memoria de la muerte.

Tenia la plaza cuatro puertas correspondientes en sus cuatro lienzos, que miraban á los cuatro vientos principales. En lo alto de las portadas habia cuatro estatuas de piedra, que señalaban el camino, como despidiendo á los que se acercaban mal dispuestos, y tenían su presuncion de dioses liminares, porque recibian algunas reverencias á la entrada. Por la parte interior de la muralla estaban las habitaciones de los sacerdotes y dependientes de su ministerio, con algunas oficinas que corrian todo el ámbito de la plaza sin ofender el cuadro, dejándola tan capaz, que solian baylar en ella ocho y diez mil personas, quando se juntaban á celebrar sus festividades.

Ocupaba el centro de esta plaza una gran máquina de piedra, que á cielo descubierto se levantaba sobre las torres de la ciudad, creciendo en diminucion hasta formar una media pirámide los tres lados pendientes, y en el otro labrada la escalera: edificio suntuoso y de buenas medidas, tan alto, que tenia ciento y veinte gradas la es-

calera, y tan corpulento, que terminaba en un plano de cuarenta pies en cuadro; cuyo pavimento enlosado primorosamente de varios jaspes, guarnecía por todas partes un pretil con sus almenas retorcidas á manera de caracoles, formado por ambas haces de unas piedras negras, semejantes al azabache, puestas con orden, y unidas con betunes blancos y rojos, que adornaban mucho el edificio.

Sobre la division del pretil, donde terminaba la escalera, estaban dos estatuas de mármol, que sustentaban, imitando bien la fuerza de los brazos, unos grandes candeleros, de hechura extraordinaria: mas adelante una losa verde, que se levantaba cinco palmos del suelo y remataba en esquina, donde afirmaban por las espaldas al miserable que habian de sacrificar, para sacarle por los pechos el corazon: y en la frente una capilla de mejor fábrica y materia, cubierta por lo alto con su techumbre de maderas preciosas, donde tenian el ídolo sobre un altar muy alto, y detras de cortinas. Era de figura humana, y estaba sentado en una silla, con apariencias de trono, fundada sobre un globo azul, que llamaban cielo, de cuyos lados salian cuatro varas,

con cabezas de sierpes, á que aplicaban los hombros, para conducirle cuando le manifestaban al pueblo. Tenia sobre la cabeza un penacho de plumas varias, en forma de pájaro, con el pico y la cresta de oro bruñido, el rostro de horrible severidad, y mas afeado con dos fajas azules, una sobre la frente, y otra sobre la nariz: en la mano derecha una culebra ondeada, que le servia de baston, y en la izquierda cuatro saetas, que veneraban como traídas del cielo, y una rodela con cinco plumages blancos, puestos en cruz, sobre cuyos adornos, y la significacion de aquellas insignias y colores, decian notables desvarios, con lastimosa ponderacion.

Al lado siniestro de esta capilla estaba otra de la misma hechura y tamaño, con un ídolo, que llamaban *Tlaloch*, en todo semejante á su compañero. Teníanlos por hermanos, y tan amigos, que dividian entre sí los patrocínios de la guerra, iguales en el poder, y uniformes en la voluntad; por cuya razon acudian á entrambos con una víctima y un ruego, y les daban las gracias de los sucesos, teniendo en equilibrio la devocion.

El ornato de ambas capillas era de inestimable

valor, colgadas las paredes, y cubiertos los altares de joyas y piedras preciosas, puestas sobre plumas de colores : y habia de este género y opulencia ocho templos en aquella ciudad, siendo los menores mas de dos mil, donde se adoraban otros tantos ídolos, diferentes en el nombre, figura y advocacion. Apenas habia calle sin su dios tutelar, ni se conocia calamidad entre las pensiones de la naturaleza, que no tuviese altar adonde acudir por el remedio. Ellos se fingian y fabricaban sus dioses de su mismo temor sin conocer que enflaquecian el poder de los unos, con lo que fiaban de los otros; y el demonio ensanchaba su dominio por instantes : violentísimo tirano de aquellos racionales, y en pacífica posesion de tantos siglos. ¡O permisiones inescrutables del Altísimo!

CAPITULO XIV.

Describense diferentes casas que tenia Motezuma para su divertimiento, sus armerias, sus jardines y sus quintas, con otros edificios notables que habia dentro y fuera de la ciudad.

DEMAS del palacio principal, que dejamos referido, y el que habitaban los Españoles, tenia Motezuma diferentes casas de recreacion, que adornaban la ciudad, y engrandecian su persona. En una de ellas, edificio real, donde se veian grandes corredores sobre columnas de jaspe, habia cuantos géneros de aves se crian en la Nueva España, dignas de alguna estimacion por la pluma ó por el canto, entre cuya diversidad, se hallaron muchas estraordinarias, y no conocidas hasta entonces en Europa. Las marítimas se conservaban en estanques de agua salobre; y en otros de agua dulce, las que se traian de rios ó lagunas. Dicen que habia pájaros de cinco y seis colores, y los pelaban á su tiempo, dejándolos vivos, para que repitiesen á su dueño la utilidad de la pluma: género de mucho valor entre los

Mejicanos, porque se aprovechaban de ella en sus telas, en sus pinturas y en todos sus adornos. Era tanto el número de las aves, y se ponía tanto cuidado en su conservacion, que se ocupaban en este ministerio mas de trescientos hombres diestros en el conocimiento de sus enfermedades, y obligados á suministrarles el cebo, de que se alimentaban en su libertad.

Poco distante de esta casa tenia otra Motezuma de mayor grandeza y variedad, con habitacion capaz de su persona y familia, donde residian sus cazadores, y se criaban las aves de rapiña, unas en jaulas de igual aliño y limpieza, que solo servian á la observacion de los ojos; y otras en alcándaras, obedientes al lazo de la pihuela, y domesticadas para el ejercicio de la cetrería; cuyos primores alcanzaron, sirviéndose de algunos pájaros de razas escelentes, que se hallan en aquella tierra, parecidos á los nuestros, y nada inferiores en la docilidad con que reconocen á su dueño, y en la resolucion con que se arrojan á la presa. Habia entre las aves, que tenian encerradas, muchas de rara fiereza y tamaño, que parecieron entonces monstruosas, y algunas águilas reales de grandeza esquisita, y prodigiosa

voracidad : no falta quien diga, que una de ellas gastaba un carnero en cada comida : débanos el autor que no apoyemos con su nombre lo que á nuestro parecer creyó con facilidad.

En el segundo patio de la misma casa estaban las fieras, que presentaban á Motezuma, ó prendian sus cazadores, en fuertes jaulas de madera, puestas con buena distribucion, y debajo de cubierto, leones, tigres, osos, y cuantos géneros de brutos silvestres produce la Nueva España, entre los cuales hizo mayor novedad el toro mejicano rarísimo compuesto de varios animales, gibada, y corba la espalda como el camello, enjuto el ijar, larga la cola, y guedejudo el cuello como el leon, hendido el pie, y armada la frente como el toro, cuya ferocidad imita con igual ligereza y ejecucion : anfiteatro que pareció á los Españoles digno de príncipe grande, por ser tan antiguo en el mundo lo de significarse por las fieras la grandeza de los hombres.

En otra separacion de este palacio, dicen algunos de nuestros escritores que se criaba con cebo cotidiano una multitud horrible de animales ponzoñosos ; y que anidaban en diferentes vasijas y cabernas las víboras, las culebras de casca-

bel, los escorpiones : y crece la ponderacion hasta encontrar con los cocodrilos ; pero tambien afirman que no alcanzaron esta venenosa grandeza nuestros Españoles, y que solo vieron el parage donde se criaban , cuya limitacion nos basta para tocarlo como inverosímil ; creyendo antes que los entendrian asi los Indios, de cuya relacion se tomó la noticia ; y que seria este uno de aquellos horrores que suele inventar el vulgo contra la fiereza de los tiranos, particularmente cuando sirve afligido , y discurre atemorizado.

Sobre la mansion que ocupaban las fieras , habia un cuarto muy capaz, donde habitaban los bufones , y otras sabandijas de palacio , que servian al entretenimiento del rey : en cuyo número se contaban los monstruos, los enanos, los corcobados , y otros errores de la naturaleza : cada género tenia su habitacion separada , y cada separacion sus maestros de habilidades, y sus personas diputadas para cuidar de su regalo ; donde los servian con tanta puntualidad , que algunos padres , entre la gente pobre , desfiguraban á sus hijos para que lograsen esta conveniencia, y enmendar su fortuna, dándoles el mérito en la deformidad.

No se conocia menos la grandeza de Motezuma en otras dos casas que ocupaba su armeria. Era la una para la fábrica, y la otra para el depósito de las armas. En la primera vivian y trabajaban todos los maestros de esta facultad, distribuidos en diferentes oficinas, segun sus ministerios : en una parte se adelgazaban las varas para las flechas, en otra se labraban los pedernales para las puntas ; y cada género de armas ofensivas y defensivas tenia su obrador y sus oficiales distintos, con algunos superintendentes, que llevaban á su modo la cuenta y razon de lo que se trabajaba. La otra casa, cuyo edificio tenia mayor representacion, servia de almacen, donde se recogian las armas despues de acabadas, cada género en pieza distinta, y de allí se repartian á los ejércitos y fronteras, segun la ocurrencia de las ocasiones. En lo alto se guardaban las armas de la persona real, colgadas por las paredes con buena colocacion : en una pieza los arcos flechas y aljabas, con varios embutidos, y labores de oro y pedreria : en otra las espadas y montantes de madera extraordinaria, con sus filos de pedernal, y la misma riqueza en las empuñaduras : en otra los dardos, y asi los demas géneros, tan adornados

y resplandecientes: que daban en que reparar hasta las hondas y las piedras. Habia diferentes hechuras de petos y celadas, con láminas y follages de oro: muchas casacas de aquellos colchados que resistian á las flechas: hermosas invenciones de rodela ó escudos, y un género de paveses ó adargas de pieles impenetrables, que cubrian todo el cuerpo; y hasta la ocasion de pelear andaban arrolladas al hombro izquierdo: fue de admiracion á los Españoles esta grande armería, que pareció tambien alhaja de príncipe, y príncipe guerrero, en que se acreditaban igualmente su opulencia y su inclinacion.

En todas estas casas tenia grandes jardines prolijamente cultivados. No gustaba de árboles fructíferos ni plantas comestibles en sus recreaciones; antes solia decir que las huertas eran posesiones de gente ordinaria; pareciéndole mas propio en los príncipes el deleite sin mezcla de utilidad. Todo era flores de rara diversidad y fragancia, y yerbas medicinales, que servian á los cuadros y cenadores, de cuyo beneficio cuidaba mucho, haciendo traer á sus jardines cuantos géneros produce la benignidad de aquella tierra; donde no aprendian los físicos otra facultad que la noti-

cia de sus nombres, y el conocimiento de sus virtudes. Tenian yerbas para todas las enfermedades y dolores, de cuyos zumos y aplicaciones componian sus remedios, y lograban admirables efectos, hijos de la esperiencia, que sin distinguir la causa de la enfermedad, acertaban con la salud del enfermo. Repartíanse francamente de los jardines del rey todas las yerbas que recetaban los médicos, ó pedian los dolientes; y solia preguntar si aprovechaban, hallando vanidad en sus medicinas, ó persuadido á que cumpliera con la obligacion del gobierno, cuidando asi de la salud de sus vasallos.

En todos estos jardines y casas de recreacion habia muchas fuentes de agua dulce y saludable, que traian de los montes vecinos, guiada por diferentes canales, hasta encontrar con las calzadas, donde se ocultaban los encañados que la introducian en la ciudad, para cuya provision se dejaban algunas fuentes públicas, y se permitia, no sin tributo considerable, que los Indios vendiesen por las calles la que podian conducir de otros manantiales. Creció mucho en tiempo de Motezuma el beneficio de las fuentes, porque fue suya la obra del gran conducto, por donde vie-

nen á Méjico las aguas vivas que se descubrieron en la sierra de Chapultepec, distante una legua de la ciudad. Hizose primero de su orden y traza un estanque de piedra donde recogerlas, midiendo su altura con la declinacion que pedía la corriente; y despues un paredon grueso, con dos canales descubiertas de fuerte argamasa, de las cuales servia la una mientras se limpiaba la otra: fábrica de grande utilidad, cuya invencion le dejó tan vanaglorioso, que mandó poner su efigie y la de su padre, no sin alguna semejanza, esculpidas en dos médallas de piedra, con ambicion de hacerse memorable por aquel beneficio de su ciudad.

Uno de los edificios que hizo mayor novedad entre las obras de Motezuma, fue la casa que llamaban de la tristeza, donde solia retirarse cuando se morian sus parientes, y en otras ocasiones de calamidad ó mal suceso, que pidiese pública demostracion. Era de horrible arquitectura, negras las paredes, los techos y los adornos; y tenia un género de claraboyas ó ventanas pequeñas, que daban penada la luz, ó permitian solamente la que bastaba para que se viese la oscuridad: formidable habitacion, donde se detenia todo lo que

tardaba en despedir sus quebrantos, y donde se le aparecia con mas facilidad el demonio; fuese por lo que ama los horrores el príncipe de las tinieblas, ó por la congruencia que tienen entre sí el espíritu maligno, y el humor melancólico.

Fuera de la ciudad tenia grandes quintas y casas de recreacion, con muchas y copiosas fuentes, que daban agua para los baños y estanques para la pesca; en cuya vecindad habia diferentes bosques para diferentes géneros de caza: ejercicio que frecuentaba y entendia, manejando con primor el arco y la flecha. Era la montería su principal divertimiento, y solia muchas veces salir con sus nobles á un parque muy espacioso y ameno, cuyo distrito estaba cercado por todas partes con un foso de agua, donde le traian y encerraban las reses de los montes vecinos, entre las cuales solian venir algunos tigres y leones. Habia gente señalada en Méjico y en otros lugares del contorno, que se adelantaba para estrechar y conducir las fieras al sitio destinado, siguiendo casi en estas batidas el estilo de nuestros monteros. Tenian aquellos Indios mejicanos grande osadía y agilidad en perseguir y sujetar los animales mas feroces; y Motezuma gustaba mucho

de mirar el combate de sus cazadores, y lograr algunos tiros que se aplaudian como aciertos de mayor importancia. Nunca se apeaba de sus andas, sino es cuando se ponía en algun lugar eminente, y siempre con bastante circunvalacion de chuzos y flechas que asegurasen su persona; no porque le faltase valor, ni dejase de aventajar á todos en la destreza, sino porque miraba como indignos de su magestad aquellos riesgos voluntarios; pareciéndole, y no sin conocimiento de su dignidad, que solo eran decentes para el rey los peligros de la guerra.

CAPITULO XV.

Dáse noticia de la ostentacion y puntualidad con que se hacia servir Motezuma en su palacio, del gasto de su mesa, de sus audiencias, y otras particularidades de su economía y divertimientos.

ERA correspondiente á la suntuosidad y soberbia de sus edificios el fausto de su casa, y los aparatos de que adornaba su persona, para mantener la reverencia y el temor de sus vasallos; á cuyo fin inventó nuevas ceremonias y super-

fluidades, enmendando como defecto la humanidad con que se trataron hasta él los reyes mejicanos. Aumentó, como dijimos, en los principios de su reinado el número, la calidad, y el lucimiento de la familia real, componiéndola de gente noble, mas ó menos ilustre, segun los ministerios de su ocupacion : punto que resistieron entonces sus consejeros, representándole que no convenia desconsolar al pueblo con escluirle totalmente de su servicio; pero él ejecutó lo que le aconsejaba su vanidad : y era una de sus máximas, que los príncipes debian favorecer desde lejos á la gente sin obligaciones, y considerar que no se hicieron los beneficios de la confianza para los ánimos plebeyos.

Tenia dos géneros de guardias, una de gente militar y tan numerosa, que ocupaba los patios, y repartia diferentes escuadras á las puertas principales; y otra de caballeros, cuya introduccion fue tambien de su tiempo : constaba de hasta doscientos hombres de calidad conocida; y estos entraban todos los dias en palacio con el mismo fin de guardar á la persona real, y asistir á su cortejo. Estaba repartido por turnos con tiempo señalado este servicio de los nobles, y se iban

mudando con tal disposicion, que comprendia toda la nobleza, no solo de la ciudad, sino del reino; y venian á cumplir con esta obligacion, cuando les tocaba el turno, desde las ciudades mas remotas. Era su asistencia en las antecámaras, donde comian de lo que sobraba en la mesa del rey. Solia permitir que entrasen algunos en su cámara, mandándolos llamar, no tanto por favorecerlos, como para saber si asistian, y tenerlos á todos en cuidado. Jactábase de haber introducido este género de guardia, y no sin alguna política mas que vulgar; porque solia decir á sus ministros, que le servia de tener en algun ejercicio la obediencia de los nobles, para enseñarlos á vivir dependientes; y de conocer los sugetos de su reino, para emplearlos segun su capacidad.

Casaban los reyes mejicanos con hijas de otros reyes tributarios suyos, y Motezuma tenia dos mugeres de esta calidad con título de reinas, en cuartos separados, de igual pompa y ostentacion. El número de sus concubinas era exórbitante y escandaloso; pues hallamos escrito, que habitaban dentro de su palacio mas de tres mil mugeres entre amas y criadas, y que venian al exámen de su antojo cuantas nacia con alguna hermosura

en sus dominios ; porque sus ministros y ejecutores las recogian á manera de tributo y vasallage , tratándose como importancia del reino la torpeza del rey.

Deshacíase de este género de mugeres con facilidad , poniéndolas en estado , para que ocupasen otras su lugar ; y hallaban maridos entre la gente de mayor calidad ; porque salian ricas , y á su parecer condecoradas : tan lejos estaba de tener estimacion de virtud la honestidad en una religion , donde no solo se permitian , pero se mandaban las violencias de la razon natural. Afectaba mucho el recogimiento de su casa , y tenia mugeres ancianas que atendiesen al decoro de sus concubinas , sin permitir el menor desacierto en su proceder , no tanto porque le disonasen las indecencias , como porque le predominaban los zelos : y este cuidado con que procuraba mantener el recato de su familia , que tiene por sí tanto de loable y puesto en razon , era en él segunda liviandad , y pundonor poco generoso , que se formaba en la flaqueza de otra pasion.

Sus audiencias no eran fáciles ni frecuentes ; pero duraban mucho , y adornaban esta funcion de grande aparato y solemnidad. Asistian á ella

los próceres que tenían entrada en su cuarto : seis ó siete consejeros cerca de la silla , por si ocurriese alguna materia digna de consulta; y diferentes secretarios , que iban notando, con aquellos símbolos que les servían de letras, las resoluciones y decretos, cada uno segun su negociacion. Entraba descalzo el pretendiente, y hacia tres reverencias sin levantar los ojos de la tierra, diciendo en la primera, *señor*, en la segunda *mi señor* , y en la tercera *gran señor*. Hablaba en acto de mayor humillacion, y se volvía despues á retirar por los mismos pasos, repitiendo sus reverencias sin volver las espaldas, y cuidando mucho de los ojos ; porque habia ciertos ministros que castigaban luego los menores descuidos ; y Motezuma era observantísimo en estas ceremonias : cuidado que no se debe culpar en los príncipes, por consistir en ellas una de las prerogativas que los diferencian de los otros hombres ; y tener algo de sustancia en el respeto de los súbditos estas delicadezas de la magestad. Escuchaba con atencion, y respondia con severidad, midiendo al parecer la voz con el semblante. Si alguno se turbaba en el razonamiento le procuraba cobrar, ó le señalaba uno de los ministros que le asistian,

para que le hablase con menos embarazo ; y solia despacharle mejor , hallando en aquel miedo respetivo, lisonja y discrecion. Preciábase mucho del agrado y humanidad con que sufría las impertinencias de los pretendientes y la desproporcion de las pretensiones, y á la verdad procuraba por aquel rato corregir los ímpetus de su condicion : pero no todas veces lo podia conseguir, porque cedia lo violento á lo natural , y la soberbia reprimida se parece poco á la benignidad.

Comia solo, y muchas veces en público ; pero siempre con igual aparato. Cubríanse los aparadores ordinariamente con mas de docientos platos de varios manjares á la condicion de su paladar ; y algunos de ellos tan bien sazonados , que no solo agradaron entonces á los Españoles , pero se han procurado imitar en España : que no hay tierra tan bárbara , donde no se precie de ingenioso en sus desórdenes el apetito.

Antes de sentarse á comer registraba los platos, saliendo á reconocer las diferencias de regalos que contenian ; y satisfecha la gula de los ojos , elegia los que mas le agradaban , y se repartian los demas entre los caballeros de su guardia : siendo esta profusion cotidiana una pequeña parte del

gasto que se hacia de ordinario en sus cocinas; porque comian á su costa cuantos habitaban en palacio, y cuantos acudian á él por obligacion de su oficio. La mesa era grande, pero baja de pies, y el asiento un taburete proporcionado. Los manteles de blanco y sutil algodón, y las servilletas de lo mismo, algo prolongadas. Atájábase la pieza por la mitad con una baranda ó biombo, que sin impedir la vista, señalaba término al concurso, y apartaba la familia. Quedaban dentro cerca de la mesa tres ó cuatro ministros ancianos de los mas favorecidos, y cerca de la baranda uno de los criados mayores, que alcanzaba los platos. Salian luego hasta veinte mugeres vistosamente ataviadas, que servian la vianda, y ministraban la copa con el mismo género de reverencias que usaban en sus templos. Los platos eran de barro muy fino, y solo servian una vez, como los manteles y servilletas, que se repartian luego entre los criados. Los vasos de oro sobre salvas de lo mismo, y algunas veces solia beber en cocos ó conchas naturales, costosamente guarnecidas. Tenian siempre á la mano diferentes géneros de bebidas, y él señalaba las que apetecia; unas con olor, otras de yerbas saludables, y algunas con-

fecciones de menos honesta calidad. Usaba con moderacion de los vinos, ó mejor diriamos cerbezas, que hacian aquellos Indios, liquidando los granos del maiz por infusion y cocimiento; bebida que turbaba la cabeza como el vino mas robusto. Al acabar de comer tomaba ordinariamente un género de chocolate á su modo, en que iba la sustancia del cacao, batida con el molinillo, hasta llenar la jícara de mas espuma que licor; y despues el humo del tabaco suavizado con liquidámbar: vicio, que llamaban medicina, y en ellos tuvo algo de supersticion, por ser el zumo de esta yerba uno de los ingredientes con que se dementaban y enfurecian los sacerdotes, siempre que necesitaban de perder el entendimiento para entender al demonio.

Asistian ordinariamente á la comida tres ó cuatro juglares de los que mas sobresalian en el número de sus sabandijas; y estos procuraban entretennerle, poniendo, como suelen, su felicidad, en la risa de los otros, y vistiendo las mas veces en trage de gracia la falta de respeto. Solia decir Motezuma, que los permitia cerca de su persona porque le decian algunas verdades: poco las apeteceria quien las buscaba en ellos, ó tendria por

verdades las lisonjas : sentencia que se pondera entre sus discreciones ; pero mas reparamos en que llegase á conocer hasta un príncipe bárbaro la culpa de admitirlos , pues buscaba colores con que honestarlo.

Despues del rato del sosiego solian entrar sus músicos á divertirle; y al son de flautas y caracoles , cuya desigualdad de sonidos concertaban con algun género de consonancia, le cantaban diferentes composiciones en varios metros , que tenían su número y cadencia, variando los tonos con alguna modulacion buscada en la voluntad de su oido. El ordinario asunto de sus canciones eran los acaecimientos de sus mayores, y los hechos memorables de sus reyes; y estas se cantaban en los templos, y enseñaban á los niños, para que no se olvidasen las hazañas de su nacion : haciendo el oficio de la historia con todos aquellos que no entendian las pinturas y geroglíficos de sus anales. Tenian tambien sus cantinelas alegres , de que usaban en sus bailes , con estribillos y repeticiones de música mas bulliciosa ; y eran tan inclinados á este género de regocijos , y á otros espectáculos en que mostraban sus habilidades , que casi todas las tardes habia fiestas públicas en

alguno de los barrios, unas veces de la nobleza, y otras de la gente popular: y en aquella sazón fueron mas frecuentes y de mayor solemnidad por el agasajo de los Españoles; fomentándolas y asistiéndolas Motezuma contra el estilo de su austeridad; como quien deseaba con algun género de ambicion que se contasen los ejercicios de la ociosidad entre las grandezas de su corte.

La mas señalada entre sus fiestas era un género de danzas, que llamaban mitotes: componíanse de innumerable muchedumbre, unos vistosamente adornados, y otros en trages y figuras estraordinarias. Entraban en ellas los nobles, mezclándose con los plebeyos en honor de la festividad; y tenían ejemplar de haber entrado sus reyes. Hacian el son dos atabales de madera cóncava, desiguales en el tamaño y en el sonido; bajo y tiple, unidos y templados no sin alguna conformidad. Entraban de dos en dos, haciendo sus mudanzas, y despues formaban corro, hiriendo todos á un tiempo la tierra y el aire con los pies sin perder el compas. Cansado un corro, sucedia otro con diferentes saltos y movimientos, imitando los tripudios y coreas que celebró la antigüedad; y algunas veces se mezclaban todos en alegre inquietud,

hasta que mediando los brándis, y venciendo la embriaguez, de que se hacia gala en estos dias, cesaba la fiesta, ó se convertia en otra locura menos ordenada.

Juntábase otras veces el pueblo en las plazas ó en los átrios de sus templos á diferentes espectáculos y juegos. Habia desafíos de tirar al blanco, y hacer otras destrezas admirables con el arco y la flecha. Usaban de la carrera y la lucha con sus apuestas particulares, y premios públicos para el vencedor. Tenian hombres agilísimos, que bailaban sin equilibrio en la maroma; y otros que hacian mudanzas y vueltas, con segundo bailarín sobre los hombros. Jugaban tambien á la pelota igual número de competidores, con un género de goma que levantaba mucho los botes; y la traian largo rato en el aire, hasta que ganaban la raya los que daban con ella en el término contrapuesto: victoria que se disputaba con tanta solemnidad, que venian los sacerdotes con el dios de la pelota (ridícula superstición!), y colocándole á la vista, conjuraban el trinquete con ciertas ceremonias, que á su parecer dejaban corregidos los azares del juego, igualando la fortuna de los jugadores.

Raros eran los dias en que no hubiese alguna

fiesta que alegrase la ciudad, y Motezuma gustaba de que se frecuentasen los bailes y los regocijos, no porque fuesen de su genio, ni dejase de conocer los inconvenientes, que se perdonan ó se disimulan en estos bullicios de la plebe, sino porque hallaba conveniencia en traer divertidos aquellos ánimos inquietos, de cuya fidelidad vivia receloso : propia cavilacion de príncipe tirano, dejar al pueblo estos incitamentos de los vicios, para que no discurra en lo que padece ; y mayor servidumbre de la tiranía , necesitar de indignas permisiones para introducir la servidumbre con una especie de libertad.

CAPITULO XVI.

Dáse noticia de las grandes riquezas de Motezuma . del estilo con que se administraba la hacienda y se cuidaba de la justicia , con otras particularidades del gobierno político y militar de los Mejicanos.

ERA príncipe tan rico Motezuma, que no solo podia sustentar los gastos y delicias de su corte ; pero mantenía continuamente dos ó tres ejércitos en campaña, para sujetar sus rebeldes, ó cubrir

sus fronteras, y sobraba caudal opulento de que se formaban sus tesoros. Daban grande utilidad á la corona las minas de oro y plata, las salinas y otros derechos de antigua introduccion; pero el mayor capital de las rentas reales se componia de las contribuciones de los vasallos; cuya imposicion creció con exórbilancia en tiempo de Motezuma. Todos los hombres llanos de aquel vasto y populoso dominio pagaban de tres uno al rey de sus labranzas y grangerías: los oficiales debian el tercio de las manufacturas; los pobres conducian sin estipiendio los géneros que se remitian á la corte, ó reconocian el vasallage con otro servicio personal.

Andaban por el reino diferentes audiencias, que con el auxilio de las justicias ordinarias iban cobrando, y remitiendo los tributos. Dependian estos ministros del tribunal de hacienda que residia en la corte; obligados á dar cuenta por menor de lo que producian sus distritos; y se castigaban con pena de la vida sus fraudes ó sus descuidos; de que resultaba mayor violencia en las cobranzas, porque se miraban como igual delito en el ejecutor la piedad y el latrocinio.

Eran grandes los clamores de los pueblos, y

no los ignoraba Motezuma ; pero solia poner entre los primores de su gobierno la opresion de sus vasallos : diciendo muchas veces que conocia su mala inclinacion , y que necesitaban de aquella carga para su misma quietud ; porque no los pudiera sujetar, si los dejara enriquecer : grande hombre de buscar pretestos y colores que hiciesen el oficio de la razon. Los lugares vecinos á la ciudad daban gente para las obras reales , proveian de leña el palacio, y pagaban otras pensiones á costa de sus comunidades.

Los nobles contribuian con asistir á las guardias , acudian con sus vasallos á los ejércitos , y hacian continuos presentes al rey , que se recibian como dádivas , sin perder el nombre de obligacion. Habia diferentes depositarios y tesoreros , donde paraban los géneros que procedian de las contribuciones , y el tribunal de hacienda libraba en ellos todo lo necesario para el gasto de las casas reales y provisiones de la guerra ; y cuidaba de que se fuese beneficiando lo que sobraba , para guardarlo en el tesoro principal , reducido á géneros durables , y particularmente á piezas de oro , cuyo valor conocian y estimaban , sin que la copia llegase á envilecerle ; antes le apetecian y guarda-

ban los poderosos, ó bien fuese por la nobleza y hermosura del metal, ó porque nació destinado á la codicia mas que á la necesidad de los hombres.

Tenian los Mejicanos dispuesto y organizado su gobierno con notable concierto y armonía. Demas del consejo de hacienda, que corria, como hemos dicho, con las dependencias del patrimonio real, habia consejo de justicia, donde venian las apelaciones de los tribunales inferiores: consejo de guerra, donde se cuidaba de la informacion y asistencia de los ejércitos; y consejo de estado, que se hacia las mas veces en presencia del rey, donde se trataban los negocios de mayor peso. Habia tambien jueces del comercio y del abasto, y otro género de ministros como alcaldes de corte, que rondaban la ciudad y perseguian los delinquentes. Traian sus varas ellos y sus alguaciles, para ser conocidos por la insignia del oficio, y tenian su tribunal, donde se juntaban á oir las partes, y determinar los pleitos en primera instancia. Los juicios eran sumarios y verbales: el actor y el reo comparecian con su razon y sus testigos, y el pleito se acababa de una vez, durando poco mas si era materia de recurso á tribunal su-

perior. No tenían leyes escritas ; pero se gobernaban por el estilo de sus mayores , supliendo la costumbre por la ley , siempre que la voluntad del príncipe no alteraba la costumbre. Todos estos consejos se componian de personas experimentadas en los cargos de la paz y de la guerra ; y el de estado , superior á todos los demas se formaba de los electores del imperio , á cuya dignidad ascendian los príncipes ancianos de la sangre real , y cuando se ofrecia materia de mucha consideracion, eran llamados al consejo los reyes de Tezcuco y Tacuba, principales electores, á quienes tocaba por sucesion esta prerogativa. Los cuatro primeros vivian en palacio , y andaban siempre cerca del rey , para darle su parecer en lo que se ofrecia , y autorizar con el pueblo sus resoluciones.

Cuidaban del premio y del castigo con igual atencion. Eran delitos capitales el homicidio, el hurto, el adulterio, y cualquier leve desacato contra el rey ó contra la religion. Las demas culpas se perdonaban con facilidad , porque la misma religion desarmaba la justicia, permitiendo las iniquidades. Castigábase tambien con pena de la vida la falta de integridad en los ministros ; sin que se diese culpa venial en los que servian oficios

públicos, y Motezuma puso en mayor observancia esta costumbre, haciendo esquisitas diligencias para saber como procedian, hasta examinar su desinterés con algunos regalos ofrecidos por mano de sus confidentes; y el que faltaba en algo á su obligacion, moria por ello irremisiblemente: severidad que merecia príncipe menos bárbaro; y república mejor acostumbrada; pero no se puede negar á los Mejicanos que tuvieron algunas virtudes morales y particularmente la de procurar que se administrase con rectitud aquel género de justicia que llegaron á conocer, bastante á deshacer los agravios, y á mantener la sociedad entre los suyos; porque no dejaban de conservar entre sus abusos y bestialidades algunas luces de aquella primitiva equidad, que dió á los hombres la naturaleza cuando faltaban las leyes, porque se ignoraban los delitos.

Una de las atenciones mas notables de su gobierno era el cuidado con que se trataba la educacion de los muchachos, y el desvelo con que iban formando y reconociendo sus inclinaciones. Tenian escuelas públicas para la enseñanza de la gente popular, y otros colegios ó seminarios de mayor providencia y aparato, donde se criaban

los hijos de los nobles, perseverando en ellos desde la tierna edad hasta que salian capaces de hacer su fortuna, ó seguir su inclinacion. Habia maestros de niñez, adolescencia y juventud, que tenian autoridad y estimacion de ministros, y no sin fundamento, pues cuidaban de aquellos rudimentos y ejercicios, que aprovechaban despues á la república. Allí los enseñaban á decifrar los caractéres y figuras de que se componian sus escritos; y los hacian tomar de memoria las canciones historiales, en que se contenian los hechos de sus mayores, y las alabanzas de sus dioses. Pasaban despues á otra clase, donde se aprendia la modestia y la cortesía, y dicen que hasta la compostura en el andar. Eran de mayor suposicion estos segundos preceptores, porque tenian á su cargo las costumbres de aquella edad, en que se dejan corregir los defectos y quebrantar las pasiones.

Despiertos ya y crecidos en este género de sujecion y enseñanza, pasaban á la tercera clase, donde se habilitaban en ejercicios mas robustos, probaban las fuerzas en el peso y la lucha, competian unos con otros en el salto y la carrera, y se enseñaban á manejar las armas, esgrimir el mon-

tante, despedir el dardo, y dar impulso y certidumbre á la flecha : hacíanlos sufrir la hambre y la sed ; y tenian sus ratos de resistir á las inclemencias del tiempo, hasta que volvian hábiles y endurecidos á la casa de sus padres, para ser aplicados, segun la noticia que daban los maestros de su inclinacion, al gobierno político, al ejercicio militar, ó al sacerdocio : tres caminos en que podia elegir la gente noble, poco diferentes en la estimacion, aunque precedia el de la guerra, por ser mayores sus ascensos.

Habia tambien otros colegios de matronas dedicadas al culto de los templos, donde se criaban las doncellas de calidad, guardando clausura, y entregadas á sus maestras desde la niñez, hasta que salian á tomar estado con aprobacion de sus padres y licencia del rey; diestras ya en aquellas habilidades y labores que daban opinion á las mugeres.

Los hijos de la gente noble, que al salir de los seminarios se inclinaban á la guerra, pasaban por otro exámen digno de consideracion, porque sus padres los enviaban á los ejércitos, para que viesen lo que se padecia en la campaña, ó supiesen lo que intentaban antes de alistarse por solda-

dos; y solian enviarlos entre los tamenes vulgares, con su carga de bastimentos al hombro, para que perdiesen la vanidad, y fuesen enseñados al trabajo.

No se admitian á la profesion los que mudaban el semblante al horror de las batallas, ó no daban alguna esperiencia de su valor, de que resultaba el ser de mucho servicio estos visoños en el tiempo de su aprobacion, porque todos procuraban señalarse con algun hecho particular, arrojándose á los mayores peligros, y conociendo al parecer que para entrar en el número de los valientes era necesario dar algo de temeridad á los principios de la fama.

En nada pusieron tanto su felicidad los Mejicanos como en las cosas de la guerra: profesion que miraban los reyes como principal instituto de su poder, y los súbditos como propia de su nacion. Subian por ella los plebeyos á nobles, y los nobles á las mayores ocupaciones de la monarquía, con que se animaban todos á servir, ó por lo menos aspiraban á la virtud militar cuantos nacia con ambicion, ó tenian espíritu para salir de su esfera. No habia lugar sin milicia determinada, con preeminencias que diferenciaban

al soldado entre los deinas vecinos. Formábanse los ejércitos con facilidad, porque los príncipes del reino y los caciques de las provincias tenían obligacion de acudir á la plaza de armas que se les señalaba, con el número de gente que se les repartia; y se pondera entre las grandezas de aquel imperio, que llegó á tener Motezuma treinta vasallos tan poderosos, que podia cada uno poner en campaña cien mil hombres armados. Gobernaban estos la gente de su cargo en la ocasion, dependientes del capitan general, á quien obedecian, reconociendo en él la representacion de su rey cuando faltaba su persona del ejército, que sucedia pocas veces; porque aquellos príncipes tenían á desaire de su autoridad el apartarse de sus armas, hallando alguna monstruosidad política en aquella disonancia, que hacen fuerzas propias en ageno brazo.

Su modo de pelear era el mismo que dejamos referido en la batalla de Tabasco, mejor disciplinados los ejércitos, menos confusa la odediencia de los soldados, mas nobleza, y mayores esperanzas. Deshacíanse brevemente de las armas arrojadas para llegar á las espadas, y muchas veces á los brazos, por ser entre aquella gente

mayor hazaña el cautiverio que la muerte del enemigo, y mas valeroso el que daba mas prisioneros para los sacrificios. Tenian estimacion y conveniencia los cargos militares, y Motezuma premiaba con liberalidad á los que sobresalian en las batallas : tan inclinado á la milicia, y tan atento á la reputacion de sus armas, que inventó premios honoríficos para los nobles que servian en la guerra; instituyendo cierto género de órdenes militares, con sus hábitos ó insignias, que daban honra y distincion. Habia unos caballeros que llamaban de las águilas, otros de los tigres, y otros de los leones, que llevaban pendiente, ó pintada en los mantos la insignia de su religion. Fundó tambien otra caballería superior, á que solo eran admitidos los príncipes ó nobles de alcuña real; y para darla mayor estimacion tomó el hábito, y se hizo alistar en ella. Traian estos atada parte del cabello con una cinta roja, y entre las plumas de que adornaban la cabeza, unas borlas del mismo color, que pendian sobre las espaldas, mas ó menos, segun las hazañas del caballero, las cuales se contaban por el número de las borlas, y se aumentaban con nueva solemnidad como iban creciendo los hechos memorables de

la guerra ; con que habia dentro de la misma dignidad algo mas que merecer.

Debemos alabar en los Mejicanos la generosidad con que anhelaban á semejantes pandonores; y en Motezuma el haber inventado en su república estos premios honoríficos, que siendo la moneda mas fácil de batir, tienen el primer lugar en los tesoros del rey.

CAPITULO XVII.

Dase noticia del estilo con que se median y computaban en aquella tierra los meses y los años : de sus festividades , matrimonios , y otros ritos y costumbres dignas de consideracion.

TENIAN los Mejicanos dispuesto y regulado su calendario con notable observacion. Gobernábanse por el movimiento del sol, y midiendo sus alturas y declinaciones para entenderse con el tiempo, daban al año trecientos y sesenta cinco dias, como nosotros; pero le dividian en diez y ocho meses, señalando á cada mes veinte dias, de cuyo número se componian los trecientos y sesenta, y los cinco restantes eran como dias in-

tercalares, que se añadían al fin del año, para igualar el curso del sol. Mientras duraban estos cinco días, que á su parecer dejaron advertidamente sus mayores como vacíos y fuera de cuenta, se daban á la ociosidad, y trataban solo de perder como podían aquellas sobras del tiempo. Dejaban el trabajo los oficiales, cerrábanse las tiendas, cesaba el despacho de los tribunales, y hasta los sacrificios en los templos. Visitábanse unos á otros, y procuraban todos divertirse con varios entretenimientos, dando á entender que se prevenían con el descanso, para entrar en los afanes y tareas del año siguiente, cuyo ingreso ponían en el principio de la primavera, discrepando del año solar, según el computo de los astrólogos, en solos tres días que venían á tomar de nuestro mes de febrero.

Tenían también sus semanas de á trece días, con nombres diferentes, que se notaban por imágenes en el calendario; y sus siglos, que constaban de cuatro semanas de años, cuyo método y dibujo era de notable artificio, y se guardaba cuidadosamente para memoria de los sucesos. Formaban un círculo grande, y le dividían en cincuenta y dos grados, dando un año á cada grado.

En el centro pintaban una efigie del sol, y de sus rayos salian cuatro fajas de colores diferentes, que partian igualmente la circunferencia, dejando trece grados á cada semidiámetro, cuyas divisiones eran como signos de su zodiaco, donde tenia el siglo sus revoluciones, y el sol sus aspectos prósperos ó adversos, segun el color de la faja. Por defuera iban notando en otro círculo mayor, con sus figuras y caractéres, los acaecimientos del siglo, y cuantas novedades se ofrecian dignas de memoria; y estos mapas seculares eran como instrumentos publicos, que servian á la comprobacion de sus historias. Puédese contar entre las providencias de aquel gobierno, el tener historia-dores que mandasen á la posteridad los hechos de su nacion.

Habia su mezcla de supersticion en este cómputo de los siglos, porque tenian aprehendido que peligraba la duracion del mundo, siempre que terminaba el sol aquella carrera de las cuatro semanas mayores; y quando llegaba el último dia de los cincuenta y dos años, se prevenian todos para la última calamidad. Despedíanse de la luz con lágrimas, disponíanse para morir sin enfermedad : rompian las vasijas de su huso ,

como trastos inútiles : apagaban los fuegos , y andaban toda la noche como frenéticos , sin atreverse á descansar hasta saber si estaban de asiento en la region de las tinieblas. Pero al primer crepúsculo de la mañana empezaban á respirar con la vista en el oriente; y en saliendo el sol, le saludaban con todos sus instrumentos, cantándole diferentes himnos y canciones de alegría desconcertada : congratulábanse despues unos con otros, de que ya tenian segura la duracion del mundo por otro siglo; y acudian luego á los templos á congratularse con sus dioses, y á recibir la nueva lumbre de los sacerdotes, que se encendia delante de los altares con vehemente agitacion de leños combustibles. Preveníanse despues de todo lo necesario para empezar á vivir : y este dia se celebraba con públicos regocijos, llenándose la ciudad de bailes, y otros ejercicios de agilidad, dedicados á la renovacion del tiempo, no de otra suerte que celebró Roma sus juegos seculares.

La coronacion de sus reyes tenia estraordinarios requisitos. Hecha la eleccion, como se ha dicho, quedaba el nuevo rey obligado á salir en campana con las armas del imperio, y conseguir

alguna victoria de sus enemigos, ó sujetar alguna provincia de las confinantes, ó rebeldes, antes de coronarse ni ascender al trono real : costumbre digna de observacion, por cuyo medio creció tanto en pocos años aquella monarquía. Luego que se hallaba capaz del dominio con la recomendacion de victorioso, volvía triunfante á la ciudad, y se le hacia público recibimiento de grande ostentacion. Acompañábanle todos los nobles, ministros y sacerdotes hasta el templo del dios de la guerra; donde se apeaba de sus andas, y hechos los sacrificios de aquella funcion, le ponian los príncipes electores la vestidura y manto real, le armaban la mano diestra con un estoque de oro y pedernal, insignia de la justicia; la siniestra con el arco y flechas, que significaban la potestad ó el arbitrio de la guerra; y el rey de Tezcuco le ponía la corona, prerogativa de primer elector.

Oraba despues largo rato uno de los magistrados mas elocuentes, dándole por todo el imperio la enhorabuena de aquella dignidad, y algunos documentos, en que le representaba los cuidados y desvelos que traía consigo la corona : lo que debía mirar por el bien público de sus reinos;

y le ponía delante la imitacion de sus antecesores. Acabada esta oracion, se acercaba con gran reverencia el mayor de los sacerdotes, y en sus manos hacia un juramento de reparables circunstancias. Juraba primero que mantendria la religion de sus mayores, que observaria las leyes y fueros del imperio, que trataria con benignidad á sus vasallos, y que mientras él reinase andarian concertadas las lluvias; que no habria inundaciones en los rios, esterilidad en los campos, ni malignas influencias en el sol : notable pacto entre rey y vasallos, de que se rie Justo Lipsio; y pudiéramos decir que le querian obligar con este juramento á que reinase con tal moderacion, que no mereciese por su parte las iras del cielo; no sin algun conocimiento de que suelen caer sobre los súbditos estos castigos y calamidades públicas, por los pecados y exorbitancias de los reyes.

En los demas ritos y costumbres de aquella nacion, tocarémos solamente los que fueren dignos de la historia; dejando las supersticiones, indecencias y obscenidades, que manchan la narracion, por mas que se digan sin ofensa de la verdad. Siendo tanta, como se ha referido, la muchedumbre de sus dioses, y tan oscura la ceguedad do

su idolatría, no dejaban de conocer una deidad superior, á quien atribuían la creacion del cielo y de la tierra; y este principio de las cosas era entre los Mejicanos un dios sin nombre; porque no tenían en su lengua voz con que significarle : solo daban á entender que le conocían, mirando al cielo con veneracion, y dándole á su modo el atributo de inefable, con aquel género de religiosa incertidumbre que veneraron los Atenienses al dios no conocido. Pero esta noticia de la primera causa, que al parecer habia de facilitar su desengaño, sirvió poco en aquella ocasion, porque no se hallaba camino de reducirlos á que pudiese gobernar todo el mundo, sin necesitar de otros manos aquella misma deidad, que segun su inteligencia tuvo poder para criarle; y estaban persuadidos á que no hubo dioses de esotra parte del cielo, hasta que multiplicándose los hombres empezaron sus calamidades : considerando los dioses como unos genios favorables, que se producian cuando era necesaria su operacion; sin hacerles disonancia, que adquiriesen el ser y la divinidad en las miserias de la naturaleza.

Creian la inmortalidad del alma, y daban premio y castigo en la eternidad : mal entendido el

mérito y la culpa, y oscurecida esta verdad con otros errores, sobre cuyo presupuesto enterraban con los difuntos cantidad de oro y plata para los gastos del viage que consideraban largo y trabajoso. Mataban algunos de sus criados para que los acompañasen; y era fineza ordinaria en las mugeres propias celebrar con su muerte las exequias del marido. Los príncipes necesitaban de gran sepultura, porque se llevaban tras sí la mayor parte de sus riquezas y familia; uno y otro correspondiente á su grandeza; llenos los oficios de la casa, y algunos lisonjeros que padecian el engaño de su misma profesión. Los cuerpos se llevaban á los templos con solemnidad y acompañamiento, donde los salian á recibir aquellos que llamaban sacerdotes, con sus braserillos de copal, cantando al son de flautas roncadas y destempladas diferentes hymnos y versos fúnebres en tono melancólico. Levantaban repetidas veces en alto el ataúd mientras duraba el sacrificio voluntario de aquellos miserables, que introducian en el alma la servidumbre; funcion de notable variedad, compuesta de abusiones ridículas, y atrocidades lastimosas.

Sus matrimonios tenian su forma de contrato,

y sus ceremonias de religion. Hechos los tratados, comparecian ambos contrayentes en el templo, y uno de los sacerdotes examinaba su voluntad con preguntas rituales, y despues tomaba con una mano el velo de la muger, y con otra el manto de el marido, y los añudaba por los estremos : significando el vínculo interior de las dos voluntades. Con este género de yugo nupcial volvian á su casa en compañía del mismo sacerdote, donde (imitando la supersticion de los dioses Lares) entraban á visitar el fuego doméstico, que á su parecer mediaba en la paz de los casados, y daban siete vueltas al rededor siguiendo al sacerdote : con cuya diligencia, y la de sentarse despues á recibir el calor de conformidad, quedaba perfecto el matrimonio. Hacíase memoria con instrumento público de los bienes dotales que llevaba la muger; y el marido quedaba obligado á restituirlos en caso de apartarse : lo cual sucedia muchas veces, y se tenia por bastante causa para el divorcio, que se conformasen los dos : pleito en que no entraban las leyes, porque se juzgaban los que se conocian. Quedábase con las hijas la muger, llevándose los hijos el marido; y una vez disuelto el matrimonio, tenian pena de

la vida irremisible si se volvian á juntar : siendo en su natural inconstancia la única dificultad de los repudios el peligro de la reincidencia. Zelaban como punto de honra la honestidad y el recato de las mugeres propias ; y entre aquella desordenada licencia, con que se daban al vicio de la sensualidad, se aborrecia y castigaba con rigor el adulterio, no tanto por su deformidad, como por sus inconvenientes.

Llevábanse á los templos con solemnidad los niños recién nacidos, y los sacerdotes los recibían con ciertas amonestaciones, en que les notificaban los trabajos á que nacían. Aplicábanles, si eran nobles, á la mano derecha una espada, y al brazo izquierdo un escudo, que tenían para este ministerio. Si eran plebeyos hacían la misma diligencia con algunos instrumentos de los oficios mecánicos; y las hembras de una y otra calidad empuñaban la rueca y el uso : manifestando á cada uno el género de fatiga con que le aguardaba su destino. Hecha esta primera ceremonia los llevaban cerca del altar, y con espinas de maguey, ó con lancetas de pedernal les sacaban alguna sangre de las partes de la generacion; y despues les echaban agua, ó los bañaban con

otras imprecaciones, en que parece quiso el demonio, inventor de aquellos ritos, imitar el bautismo y la circuncision, con la misma soberbia que intentó contrahacer otras ceremonias, y hasta los mismos sacramentos de la religion católica; pues introdujo entre aquellos bárbaros la confesion de los pecados, dándoles á entender, que se ponian con ella en gracia de sus dioses; y un género de comunion ridícula, que ministraban los sacerdotes ciertos dias del año, repartiendo en pequeños borcados un ídolo de harina, masada con miel, que llamaban dios de la penitencia. Ordenó tambien sus jubileos, instituyó las procesiones, los incensarios y otros remedos del verdadero culto, hasta disponer que se llamasen papas en aquella lengua los sumos sacerdotes, en que se conoce que le costaba particular estudio esta imitacion; fuese por abusar de las ceremonias sacrosantas, mezclándolas con sus abominaciones, ó porque no sabe arrepentirse de aspirar con este género de afectaciones á la semejanza del Altísimo.

Los demas ritos y ceremonias de aquella miserable gentilidad eran horribles á la razon y á la naturaleza : bestialidades, absurdos y locuras que

parecieran incompatibles con las demas atenciones que se han notado en su gobierno, si no estuvieran llenas las historias de semejantes engaños de la humana capacidad en otras naciones, que vivian mas dentro del mundo, igualmente ciegas en menor oscuridad. Los sacrificios de sangre humana empezaron casi con la idolatria; y siglos antes los introdujo el demonio entre aquellas gentes; de quienes vino hasta los Israelitas el sacrificar sus hijos á las esculturas de Canan. El horror de comerse los hombres á los hombres se vió primero en otros bárbaros de nuestro emisferio, como lo confiesa entre sus antigüedades la Galacia, y en sus antropófagos la Scitia. Los leños adorados como dioses, las supersticiones, los agüeros, los furores de los sacerdotes, la comunicacion con el demonio en sus oráculos, y otros absurdos de igual abominacion, se hallan admitidos y venerados por otros gentiles que supieron discurrir y obrar con acierto en lo moral y político. Grecia y Roma desatinaron en la religion, y en lo demas dieron leyes al mundo y ejemplos á la posteridad: de que se conoce la corta jurisdiccion del entendimiento humano, que vuela poco sobre las noticias que recibe de los sentidos

y de las esperiencias, cuando falta en él aquella luz participada con que se descubre la esencia de la verdad. Era la religion de los Mejicanos un compuesto abominable de todos los errores y atrocidades que recibió en diferentes partes la gentilidad : dejamos de referir por menor las circunstancias de sus festividades y sacrificios , sus ceremonias, hechicerías y supersticiones porque se hallan á cada paso, y con prolija repeticion en las historias de las Indias; y porque, á nuestro parecer, sobre ser materia en que se puede confesar el recelo de la pluma, es leccion poco necesaria, en que falta la dulzura, y está lejos la utilidad.

CAPITULO XVIII.

Continúa Motezuma sus agasajos y dádivas á los Españoles : llegan cartas de la Vera Cruz con noticia de la batalla en que murió Juan de Escalante; y con este motivo se resuelve la prision de Motezuma.

OBSERVABAN los Españoles todas estas novedades, no sin grande admiracion, aunque procuraban reprimirla y disimularla : costándoles cuidado

el apartarla del semblante por mantener la superioridad que afectaban entre aquellos Indios. Los primeros dias se ocuparon en varios entretenimientos. Hicieron los Mejicanos vistosa ostentacion de todas sus habilidades, con deseo de festejar á los forasteros, y no sin ambicion de parecer diestros en el manejo de sus armas, y ágiles en los demas ejercicios. Motezuma fomentaba los espectáculos y regocijos, despuesta la magestad contra el estilo de su elevacion. Llevaba siempre consigo á Cortés, asistido de sus capitanes : tratábele con un género de humanidad respetiva, que parecia monstruosa en su natural, y daba nueva estimacion á los Españoles entre los que le conocian. Frecuentábanse la visitas, unas veces Cortés en el palacio, y otras Motezuma en el alojamiento. No acababa de admirar las cosas de España considerándola como parte del cielo; y hacia tan alto concepto de su rey, que no pensaba tanto de sus dioses. Procuraba siempre ganar las voluntades, repartiendo alhajas y joyas entre los capitanes y soldados, no sin discrecion y conocimiento de los sugetos : porque hacia mayor agasajo á los de mayor suposicion, y sabia proporcionar la dádiva con la importancia del agradecimiento. Los no-

bles, á imitacion de su príncipe, deseaban obligar á todos con un género de obsequio, que tocaba en obediencia. El pueblo doblaba las rodillas al menor de los soldados. Gozábase de un sosiego divertido, mucho que ver, y nada que recelar. Pero tardó poco en volver á su ejercicio el cuidado, porque llegaron á este tiempo dos soldados tlascaltecas, que vinieron á la ciudad por caminos desusados, desmentida su nacion con el traje de los Mejicanos; y buscando recatadamente á Cortés, le dieron una carta de la Vera Cruz, que mudó el semblante de las cosas, y obligó á discursos menos sosegados.

Juan de Escalante, que como dijimos, quedó con el gobierno de aquella nueva poblacion, trataba de continuar sus fortificaciones, conservando los amigos que le dejó Cortés; y duró en esta quietud sin accidente de cuidado, hasta que recibió noticia de que andaba por aquellos parages un capitan general de Motezuma con ejército considerable, castigando algunos lugares de su confederacion, porque habian retirado los tributos con el abrigo de los Españoles. Llamábase Qualpopoca, y gobernaba la gente de guerra que residia en las fronteras de Zempoala; y habiendo

convocado las milicias de su cargo, hacia grandes estorsiones y violencias en aquellos pueblos, acompañando el rigor de los ejecutores con la licencia de los soldados : gente una y otra de insaciable codicia, que tratan el robo como negocio del rey.

Viniéronse á quejar los Totonagues de la Serranía, cuyas poblaciones andaba destruyendo entonces aquel ejército. Pidiéron á Juan de Escalante que los amparase tomando las armas en defensa de sus aliados, y ofrecieron asistir á la faccion con todo el resto de su gente. Procuró consolarlos, tomando por suyo el agravio que padecian; y antes de llegar á los términos de la fuerza, resolvió enviar sus mensageros al capitan general, pidiéndole amigablemente « que suspendiese aquellas hostilidades hasta recibir nueva orden de su rey; pues no era posible que se la hubiese dado para semejante novedad, cuando habia permitido que pasasen á su corte los embajadores del monarca oriental, á introducir pláticas de paz y confederacion entre las dos coronas.» Ejecutaron este mensaje dos Zempoales de los mas ladinos, que residian en la Vera Cruz; y la respuesta fue atrevida y descortes : « que él sabia

entender y ejecutar las órdenes de su rey : y si alguno intentase poner embarazo en el castigo de aquellos rebeldes sabria tambien defender en la campaña su resolucion. »

No pudo Juan de Escalante disimular su enojo, ni debió negarse á este desafio, hallándose á la vista de aquellos Indios, interesados en el suceso de los Totonaques, iguales en el riesgo, y asegurados en la misma proteccion; y habiéndose informado de que no pasaria de cuatro mil hombres el grueso del enemigo, juntó brevemente un ejército de hasta dos mil Indios, la mayor parte de la Serranía, que fugitivos ó irritados vinieron á ponerse á su sombra, con los cuales bien armados á su modo, y con cuarenta Españoles, dos arcabuces, tres ballestas y dos tiros de artillería, que pudo sacar de la plaza, dejándola con bien moderada guarnicion, caminó la vuelta de aquellas poblaciones que le llamaban á su defensa. Tuvo Qualpopoca noticia de su marcha, y salió á recibirle con toda su gente puesta en orden cerca de un lugar pequeño, que se llamó despues Almeria. Diéronse vista los dos ejércitos poco despues de amanecer, y se acometieron ambos con igual resolucion; pero á breve rato cedieron los Mejica-

nos, y empezaron á retirarse puestos en desórden. Sucedió al mismo tiempo que los Totonagues de nuestra faccion, ó por no ser soldados, ó por la costumbre que tenian de temer á los Mejicanos, se cayeron de ánimo, y se fueron quedando atras hasta que últimamente se pusieron en fuga, sin que la fuerza ni el ejemplo bastase á detenerlos: raro accidente, que se debe notar entre las monstruosidades de la guerra, huir los vencedores de los vencidos. Iba el enemigo tan atemorizado, y tan cuidadoso de la propia salud, que no reparó en la disminucion de nuestra gente, y solo trató de retirarse desordenadamente á la poblacion vecina, donde se acercó Juan de Escalante con poco mas que sus cuarenta Españoles; y mandando poner fuego al lugar por diferentes partes, acometió al mismo tiempo que tomó cuerpo la llama, con tanta resolucion, que sin dejarles lugar para que pudiesen discurrir en su flaqueza, los rompió y desalojó enteramente, obligándolos á que voliesen las espaldas, y se derramasen á los bosques. Dijeron despues aquellos Indios haber visto en el aire una señora, como la que adoraban los forasteros por madre de su Dios, que los deslumbraba y entorpecia para que no pudiesen pelear.

No se manifestó á los Españoles este milagro; pero el suceso le hizo creible: y ya estaban todos enseñados á partir con el cielo sus hazañas.

Fue muy señalada esta victoria, pero igualmente costosa; porque Juan de Escalante quedó herido mortalmente con otros siete soldados, de los cuales se llevaron los Indios á Juan de Argüello, natural de Leon, hombre muy corpulento y de grandes fuerzas, que cayó peleando valerosamente, á tiempo que no pudo ser socorrido, y los demas murieron de las heridas en la Vera Cruz dentro de tres dias.

De cuya pérdida, con todas sus circunstancias, daba cuenta el ayuntamiento en aquella carta, para que se nombrase sucesor á Juan de Escalante, y se tuviese noticia del estado en que se hallaban. Leyóla Cortés con el desconsuelo que pedia semejante novedad. Comunicó el caso á sus capitanes, y sin ponderar entonces sus consecuencias, ni manifestarles todo su cuidado, les pidió que discurriesen la materia, y se la dejasen discurrir, encomendando á Dios la resolucion que se hubiese de tomar, lo cual encargó muy particularmente al padre fray Bartolomé de Olmedo, y á todos el secreto, porque no corriese

la voz entre los soldados, y en negocio de tanta importancia se diese lugar á dictámenes vulgares.

Retiróse despues á su aposento, y dejó correr la consideracion por todos los inconvenientes que podian resultar de aquella desgracia. Entraba y salia con dudosa eleccion en los caminos que le ofrecia su discurso; cuya viveza misma le fatigaba, dándole á un tiempo los remedios y las dificultades. Dicen que se anduvo paseando gran parte de la noche, y que descubrió entonces una pieza recién tabicada, en que tenia Motezuma las riquezas de su padre, y aquí las refieren por menor; y que habiéndolas reconocido, mandó cerrar el tabique, sin permitir que se tocase á ellas. No nos detengamos en esta digresion de su cuidado, que no debió de ser larga, pues hizo lugar á otras diligencias, para tomar punto fijo en la resolucion que andaba madurando.

Mandó llamar reservadamente á los Indios mas capaces y confidentes de su ejército: preguntóles « si habian reconocido alguna novedad en los ánimos de los Mejicanos, y como corria entre aquella gente la estimacion de los Españoles. » Respondieron « que lo comun del pueblo estaba

divertido con sus fiestas, y los veneraba por verlos aplaudidos de su rey; pero que los nobles andaban ya pensativos y misteriosos, que se hablaban en secreto, y se dejaba conocer el recato en sus corrillos. » Tenian observadas algunas medias palabras de sospechosa interpretacion, y una dellas fue « que seria fácil romper los puentes, » con otras de este género, que juntas decian lo bastante para el recelo. Dos ó tres de aquellos Indios habian oido decir, que pocos dias antes trujeron de presente á Motezuma la cabeza de un Español, y que la mandó esconder y retirar despues de haberla mirado con asombro, por ser muy fiera y desmesurada : señas que convenian con la de Juan de Argüello; y novedad que puso á Cortés en mayor cuidado, por el indicio de que hubiese cooperado Motezuma en la faccion de su general.

Con estas noticias, y lo que llevaba discurrido en ellas, se encerró al amanecer con sus capitanes, y con algunos de los soldados principales, que solian concurrir á las juntas por su calidad ó entendimiento. Propúsoles el caso con todas sus circunstancias : refirió lo que le habian advertido aquella noche los Indios confidentes : ponderó

sin desaliento las contingencias de que se hallaban amenazados : tocó con espíritu las dificultades que podrian ocurrir; y sin manifestar la inclinacion de su dictámen , calló para que hablasen los demas. Hubo diversos pareceres : unos querian que se pidiese pasaporte á Motezuma , y se acudiese luego al riesgo de la Vera Cruz : otros dificultaban la retirada, y se inclinaban á salir ocultamente, sin dejarse olvidadas las riquezas que habian adquirido : los mas fueron de sentir que convenia perseverar, sin darse por ententidos del suceso de la Vera Cruz hasta sacar algunos partidos para retirarse. Pero Hernan Cortés, recogiendo lo que venia discurrido, y alabando el celo con que deseaban todos el acierto, dixo : « que no se conformaba con el medio propuesto de pedir pasaporte á Motezuma, porque habiéndose abierto el camino con las armas para entrar en su corte, á pesar de su repugnancia, caerian mucho del concepto en que los tenia, si llegase á entender que necesitaban de su favor para retirarse : que si estaba de mal ánimo , podria concederles el pasaporte para deshacerlos en la retirada : y si le negase, quedaban obligados á salir contra su voluntad, entrando en el peligro, des-

cubierta la flaqueza. Que le agradaba menos la resolucion de salir ocultamente , porque seria ponerse de una vez en términos de fugitivos , y Motezuma podria con gran facilidad cortarles el paso , adelantando por sus correos la noticia de su marcha. Que á su parecer no era conveniente por entonces la retirada , porque de cualquiera suerte que la intentasen , volverian sin reputacion ; y perdiendo los amigos y confederados que se mantenian con ella , se hallarian despues sin un palmo de tierra donde poner los pies con seguridad. Por cuyas consideraciones , dijo , soy de sentir , que se apartan menos de la razon los que se inclinan á que perseveremos sin hacer novedad hasta salir con honra , y ver lo que dan de sí nuestras esperanzas. Ambas resoluciones son igualmente aventuradas ; pero no igualmente pundonorosas ; y seria infelicidad indigna de Españoles morir por eleccion en el peligro mas desairado. Yo no pongo duda en que nos debemos mantener : el modo con que se ha de conseguir , es en lo que mas se detiene mi cuidado. Viénense á los ojos estos principios de rumor que se han reconocido entre los Mejicanos : el suceso de la Vera Cruz , ejecutado con las armas de su nacion , pide nue-

vas consideraciones al discurso : la cabeza de Argüello , presentada en lisonja de Motezuma , es indicio de que supo antes la faccion de su general : y su mismo silencio nos está diciendo lo que debemos recelar de su intencion. Pero á vista de todo me parece que para mantenernos en esta ciudad menos aventurados, es necesario que pensemos en algun hecho grande, que asombre de nuevo á sus moradores, resarciendo lo que se hubiere perdido en su estimacion con estos accidentes; para cuyo efecto, despues de haber discurrido en otras hazañas de mas ruido que sustancia, tengo por conveniente que nos apoderemos de Motezuma, trayéndole preso á nuestro cuartel: resolucion que á mi entender los ha de atemorizar y reprimir, dándonos disposicion para que podamos capitular despues con rey y vasallos lo que mas conviniere á nuestro príncipe, y á nuestra seguridad. El pretesto de la prision, si yo no discurro mal, ha de ser la muerte de Argüello, que ha llegado á su noticia; y el rompimiento de la paz, cometido por su general; de cuyas dos ofensas debemos darnos por entendidos, y pedir satisfaccion; por que no conviene suponer una ignorancia de lo que saben ellos, quando estan

creyendo que lo alcanzamos todo; y este y los demas engaños de su imaginacion, se deben por lo menos tolerar, como parciales de nuestra osadía. Bien reconozco las dificultades y contingencias de tan ardua resolucion; pero las grandes hazañas son hijas de los grandes peligros: y Dios nos ha de favorecer, que son muchas las maravillas, y pudiera decir milagros evidentes, con que se ha declarado por nosotros en esta jornada, para que no miremos ahora, como inspiracion suya nuestra perseverancia. Su causa es la primera razon de nuestros intentos, y yo no he de creer que nos ha traído en hombros de su providencia estraordinaria, para introducirnos en el empeño, y dejarnos con nuestra flaqueza en la mayor necesidad. » Dilatóse con tanta energia en esta piadosa consideracion, que comunicó á los corazones de todos el vigor de su ánimo, y se redujeron al mismo dictámen, primero los capitanes Juan Velazquez de Leon, Diego de Ordáz, Gonzalo de Sandoval, y despues alabaron todos el discurso de su capitan; hallando al parecer lo eficaz del remedio en lo heróico de la resolucion: con que se disolvio la junta, quedando entonces determinada la prision de Motezuma, y remitida

la disposicion de todo á la prudencia de Cortés.

Bernal Diaz del Castillo, que no pierde ocasion de introducirse á inventor de las resoluciones grandes, dice que le aconsejaron esta prision él y otros soldados, algunos dias antes que llegase la nueva de la Vera Cruz : no convienen con él las demas relaciones, ni entonces habia causa para discurrir con tanto arrojamiento : pudiera detenerse un poco, y quedara su consejo sin la nota de inverosímil, ó sin la escepcion de intempestivo.

CAPITULO XIX.

Ejecútase la prision de Motezuma : dase noticia del modo como se dispuso, y como se recibió entre sus vasallos.

No se puede negar que fue atrevimiento sin ejemplar esta resolucion que tomaron aquellos pocos Españoles de prender á un rey tan poderoso dentro de su corte : accion, que siendo verdad, parece incompatible con la sencillez de la historia ; y pareciera sin proporcion , cuando se hallara entre las demasías ó licencias de la fábula.

Pudiérase llamar temeridad, si se hubiera entrado en ella voluntariamente ó con mas eleccion; pero no es temerario propiamente quien se ciega, porque no puede mas. Vióse Cortés igualmente perdido, si se retiraba sin reputacion, que aventurado si se mantenía sin volver por ella con algun hecho memorable; y el ánimo cuando se halla ceñido por todas partes de la dificultad, se arroja violentamente á los peligros mayores: pensó en lo mas difícil, por asegurarse de una vez, ó porque no se acomodaba su discurso á las medianías. Pudiéramos decir que fue magnimidad suya el poner tan alta la mira, ó que la prudencia militar no es tan enemiga de los extremos como la prudencia política; pero mejor es que se quede sin nombre su resolucion, ó que mirando al suceso, la pongamos entre aquellos medios imperceptibles de que se valió Dios en esta conquista; escluyendo, al parecer, los impulsos naturales.

Eligióse finalmente la hora en que solian hacer su visita los Españoles, porque no se estrañase la novedad. Ordenó Cortés que se tomasen las armas en su cuartel: que se pusiesen las sillas á los caballos, y estuviesen todos alerta, sin hacer ruido, ni moverse hasta nueva orden. Ocupó con

algunas cuadrillas á la desfilada las bocas de las calles; y partió al palacio con los capitanes Pedro de Alvaredo, Gonzalo de Sandoval, Juan Velazquez de Leon, Francisco de Lugo y Alonso Dávila: y mandó que le siguiesen disimuladamente hasta treinta Españoles de su satisfaccion.

No hizo novedad el verlos con todas sus armas, porque las traian ordinariamente introducidas ya como trage militar. Salió Motezuma, segun su costumbre, á recibir la visita, ocuparon todos sus asientos, retiráronse á otra pieza sus criados, como ya lo estilaban, de su orden, y poniendo á Doña Marina y Gerónimo de Aguilar en el lugar que solia, empezó Hernan Cortés á dar su queja, dejando al enojo todo el semblante. Refirió primero el hecho de su general, y ponderó despues « el atrevimiento de haber formado ejército, y acometido á sus compañeros, rompiendo la paz y la salvaguardia real en que vivian asegurados, acriminó como delito, de que se debía dar satisfaccion á Dios y al mundo, el haber muerto los Mejicanos á un Español que hicieron prisionero, vengando en él á sangre fria la propia ignominia con que volvieron vencidos; y últimamente, se detuvo en afear, como punto de ma-

por consideracion, la disculpa de que se valian Quallpopoca y sus capitanes, dando á entender que se hacia de su orden aquella guerra tan fuera de razon : y añadió, que le debia su magestad el no haberlo creido, por ser accion indigna de su grandeza el estarlos favoreciendo en una parte, para destruirlos en otra. »

Perdió Motezuma el color al oir este cargo suyo ; y con señales de ánimo convencido, interrumpió á Cortés, para negar, como pudo, el haber dado semejante orden; pero Cortés socorrió su turbacion, volviéndole á decir « que asi lo tenia por indubitable ; pero que sus soldados no se darian por satisfechos, ni sus mismos vasallos dejarian de creer lo que afirmaba su general, si no le viesen hacer alguna demostracion estraordinaria que borrarse totalmente la impresion de semejante calumnia; y asi venia resuelto á suplicarle, que sin hacer ruido, y como que nacia de su propia eleccion, se fuese luego al alojamiento de los Españoles, determinándose á no salir dél hasta que constase á todos que no habia cooperado en aquella maldad : á cuyo efecto le ponía en consideracion, que con esta generosa confianza, digna de un ánimo real, no solo se aquietaria

el enojo de su príncipe, y el recelo de sus compañeros; pero él volvería por su mismo decoro y pundonor, ofendido entonces de mayor indecencia; y que le daba su palabra, como caballero, y como ministro del mayor rey de la tierra, de que sería tratado entre los Españoles con todo el acatamiento debido á su persona: porque solo deseaban asegurarse de su voluntad, para servirle y obedecerle con mayor reverencia. » Calló Cortés, y calló también Motezuma, como estrañando el atrevimiento de la proposición; pero él, deseando reducirle con suavidad, antes que se determinase á contrario dictámen, prosiguió diciendo: « que aquel alojamiento que les habia señalado, era otro palacio suyo donde solia residir algunas veces; y que no se podría estrañar entre sus vasallos que se mudase á él para deshacerse de una culpa, que puesta en su cabeza, sería pleito de rey á rey; y quedando en la de su general, se podría enmendar con el castigo, sin pasar á los inconvenientes y violencias con que suele decidirse la justicia de los reyes. »

No pudo sufrir Motezuma que se alargasen mas los motivos de una persuasión impracticable á su parecer: y dándose por entendido de lo que

llevaba dentro de sí aquella demanda, respondió con alguna impaciencia : « que los príncipes como él no se daban á prision, ni sus vasallos lo permitirían, cuando él se olvidase de su dignidad ó se dejase humillar á semejante bajeza. » Replícóle Cortés : « que como él fuese voluntariamente sin dar lugar á que le perdiesen el respeto, importaría poco la resistencia de sus vasallos, contra los cuales podría usar de sus fuerzas sin queja de su atención. » Duró largo rato la porfía, resistiendo siempre Motezuma el dejar su palacio : y procurando Hernan Cortés reducirle y asegurarle, sin llegar á lo estrecho, salió á diferentes partidos, cuidadoso ya del aprieto en que se hallaba, ofreció enviar luego por Qualpopoca, y por los demás cabos de su ejército, y entregárselos á Cortés para que los castigase : daba en rehenes dos hijos suyos, para que los tuviese presos en su cuartel hasta que cumpliese su palabra ; y repetía con alguna pusilanimidad, que no era hombre que se podía esconder, ni se había de huir á los montes. A nada salía Cortés, ni él se daba por vencido ; pero los capitanes que se hallaban presentes, viendo lo que se aventuraban en la dilación, empezaron á desabrirse, deseando que

se remitiese á las manos aquella disputa ; y Juan Velazquez de Leon dijo en voz alta , « dejémonos de palabras y tratemos de prenderle ó matarle. » Reparó en ello Motezuma, preguntando á Doña Marina, qué decia tan descompuesto aquel Español; y ella con este motivo, y con aquella discrecion natural que le daba hechas las razones, y hallada la oportunidad, le dijo, como quien se recataba de ser entendida : « mucho aventurais, señor, si no cedeis á las instancias de esta gente : ya conoceis su resolucion, y la fuerza superior que los asiste. Yo soy una vasalla vuestra, que desea naturalmente vuestra felicidad ; y soy una confidente suya, que sabe todo el secreto de su intencion. Si vais con ellos sereis tratado con el respeto que se debe á vuestra persona : y si haceis mayor resistencia, peligra vuestra vida. »

Esta breve oracion, dicha con buen modo, y en buena ocasion, le acabó de reducir; y sin dar lugar á nuevas réplicas, se levantó de la silla diciendo á los Españoles : « Yo me fio de vosotros, vamos á vuestro alojamiento, que asi lo quieren los dioses; pues vosotros lo conseguis, y yo lo determino. » Llamó luego á sus criados, mandó prevenir sus andas y su acompañamiento, y dijo

á sus ministros : « que por ciertas consideraciones de estado, que tenia comunicadas con sus dioses, habia resuelto mudar su habitacion por unos dias al cuartel de los Españoles ; que lo tuviesen entendido, y lo publicasen asi, diciendo á todos que iba por su voluntad y conveniencia. » Ordenó despues á uno de los capitanes de sus guardias que le trajese preso á Qualpopoca, y á los demas cabos que hubiesen cooperado en la invasion de Zempoala, para cuyo efecto le dió el sello real que traia siempre atado al brazo derecho : y se le advirtió que llevase gente armada para no aventurar la prision. Todas estas órdenes se daban en público, y Doña Marina se las iba interpretando á Cortés y á los demas capitanes, porque no se recelasen de verle hablar con los suyos, y quisiesen pasar á la violencia fuera de tiempo.

Salió sin mas dilacion de su palacio, llevando consigo todo el acompañamiento que solia : los Españoles iban á pie junto á las andas, y le cercaban con pretesto de acompañarle. Corrió luego la voz de que se llevaban á su rey los estrangeros, y se llenaron de gente las calles, no sin algunos indicios de tumulto, porque daban grandes voces, y se arrojaban en tierra, unos despechados, y

otros enternecidos ; pero Motezuma , con exterior de alegría y seguridad, los iba sosegando y satisfaciendo. Mandábales primero que callasen, y al movimiento de su mano sucedia repentino el silencio. Decíales despues, que aquella no era prision, sino ir por su gusto á vivir unos dias con sus amigos los estrangeros : satisfacciones adelantadas, ó respuestas sin pregunta, que niegan lo que afirman. En llegando al cuartel, que como dijimos era la casa real que fabricó su padre, mandó á su guardia que despejase la gente popular, y á sus ministros que impusiesen pena de la vida contra los que se moviesen á la menor inquietud. Agasajó mucho á los soldados españoles, que le salieron á recibir con reverente alborozo. Eligió despues el cuarto donde queria residir ; y la casa era capaz de separacion decente. Adornóse luego por sus mismos criados con las mejores alhajas de su guarda ropa : púsose á la entrada suficiente guardia de soldados españoles , dobláronse los que solian asistir á la seguridad ordinaria del cuartel: alargáronse á las calles vecinas algunas centinelas, y no se perdonó diligencia de las que correspondian á la novedad del empeño. Dióse orden á todos para que dejasen entrar á los que

fuesen de la familia real, que ya eran conocidos, y á los nobles y ministros que viniesen á verle: cuidando de que entrasen unos, y saliesen otros, con pretesto de que no embarazasen. Cortés entró á visitarle, aquella misma tarde pidiendo licencia y observando las puntualidades y ceremonias que cuando le visitaba en su palacio. Hicieron la misma diligencia los capitanes y soldados de cuenta: diéronle rindidas gracias de que honrase aquella casa, como si le hubiera traído á ella su eleccion; y él estuvo tan alegre y agradable con todos, como si no se hallaran presentes los que fueron testigos de su resistencia. Repartió por su mano algunas joyas, que hizo traer advertidamente, para ostentar su desenojo; y por mas que se observaban sus acciones y palabras no se conocia flaqueza en su seguridad, ni dejaba de parecer rey en la constancia con que procuraba juntar los dos extremos de la dependencia y de la magestad. A ninguno de sus criados y ministros, cuya comunicacion se le permitió desde luego, descubrió el secreto de su opresion, ó porque se avergonzase de confesarla; ó porque se temió perder la vida, si ellos se inquietasen. Todos miraron por entonces como resolucion suya este retiro, con

que no pasaron á discurrir en la osadía de los Españoles, que de muy grande se les pudo esconder entre los imposibles á que no está obligada la imaginacion.

Asi se dispuso y consiguió la prision de Motezuma, y él estuvo dentro de pocos dias tan bien hallado en ella, que apenas tuvo espíritu para desear otra fortuna. Pero sus vasallos vinieron á conocer con el tiempo que le tenian preso los Españoles, por mas que dorasen con el respeto la sujecion. No se lo dejaron dudar las guardias que asistian á su cuarto, y el nuevo cuidado con que se tomaban las armas en el cuartel. Pero ninguno se movió á tratar de su libertad, ni se sabe qué razon tuviesen, él para dejarse estar sin repugnancia en aquella opresion, y ellos para vivir en la misma insensibilidad, sin estrañar la indecencia de su rey. Digno fue de grande admiracion el ardimiento de los Españoles, pero no se debe admirar menos este apocamiento de ánimo en Motezuma, príncipe tan poderoso y de tan soberbio natural; y esta falta de resolucion en los Mejicanos, gente belicosa, y de suma vigilancia en la defensa de sus reyes. Podriamos decir que anduvo tambien la mano de Dios en estos corazones, y

no parecia sobrada credulidad, ni seria nuevo en su providencia, que ya le vió el mundo facilitar las empresas de su pueblo, quitando el espíritu á sus enemigos.

CAPITULO XX.

Como se portaba en la prision Motezuma con los suyos y con los Españoles: traen preso á Qualpopoca, y Cortés le hace castigar con pena de muerte, mandando echar unos grillos á Motezuma mientras se ejecutaba la sentencia.

VIERON los Españoles dentro de breves dias convertido en palacio su alojamiento, sin dejar de guardarle, como cárcel de tal prisionero. Perdió la novedad entre los Mejicanos aquella gran resolucion. Algunos, sintiendo mal de la guerra que movió Qualpopoca en la Vera Cruz, alababan la demostracion de Motezuma, y ponderaban como grandeza suya el haber dado su libertad en rehenes de su inocencia. Otros creian que los dioses, con quien tenia familiar comunicacion, le habrian aconsejado lo mas conveniente á su persona: y otros, que iban mejor, veneraban su determina-

cion, sin atreverse á examinarla; que la razon de los reyes no habla con el entendimiento, sino con la obligacion de los vasallos. Él hacia sus funciones de rey con la misma distribucion de horas que solia : daba sus audiencias , escuchaba las consultas ó representaciones de sus ministros , y cuidaba del gobierno político y militar de sus reinos, poniendo particular estudio en que no se conociese la falta de su libertad.

La comida se le traia de palacio con numeroso acompañamiento de criados , y con mayor abundancia que otras veces : repartíanse las sobras entre los soldados españoles ; y él enviaba los platos mas regalados á Cortés y á sus capitanes : conocíalos á todos por sus nombres , y tenia observados hasta los genios y las condiciones , de cuya noticia usaba en la conversacion , dando al buen gusto y á la discrecion algunos ratos , sin ofender á la magestad ni á la decencia. Estaba con los Españoles todo el itempo que le dejaban los negocios ; y solia decir , que no se hallaba sin ellos. Procuraban todos agradarle , y era su mayor lisonja el respeto con que le trataban ; desagradábase de las llanezas ; y si alguno se descuidaba en ellas , procuraba reprimir el exceso , dando á en-

tender que le conocia : tan celoso de su dignidad , que sucedió el ofenderse con grande irritacion de una indecencia que le pareció advertida en cierto soldado español , y pidió al cabo de la guardia, que le ocupase otra vez lejos de su persona, ó le mandaria castigar si se le pusiese delante.

Algunas tardes jugaba con Hernan Cortés al totoloque ; juego que se componia de unas bolas pequeñas de oro , con que tiraban á herir ó derribar ciertos bolillos ó señales del mismo metal , á distancia proporcionada. Jugábanse diferentes joyas y otras alhajas , que se perdian ó ganaban á cinco rayas. Motezuma repartia sus ganancias con los Españoles, y Cortés hacia lo mismo con sus criados. Solia tantear Pedro de Alvarado ; y porque algunas veces se descuidaba en añadir algunas rayas á Cortés, le motejaba con galantería de mal contador ; pero no por eso dejaba de pedirle otras veces que tantease , y que tuviese cuenta de que no se le olvidase la verdad. Parecia señor hasta en el juego, sintiendo el perder como desaire de la fortuna, y estimando la ganancia como premio de la victoria.

No se dejaba de introducir en estas conversa-

ciones privadas el punto de la religion : Hernan Cortés le habló diferentes veces , procurando reducirle con suavidad á que conociese su engaño : fray Bartolomé de Olmedo repetia sus argumentos con la misma piedad y con mayor fundamento : Doña Marina interpretaba estos razonamientos con particular afecto ; y añadía sus razones caseras, como persona recién desengañada, que tenia presentes los motivos que la redujeron : pero el demonio le tenia tan ocupado el ánimo, que se dejaba conquistar su entendimiento, y se quedaba inespugnable su corazon : no se sabe que le hablase ó se le apareciese como solia desde que los Españoles entraron en Méjico ; antes se tiene por cierto, que al dejarse ver la cruz de Cristo en aquella ciudad, perdieron la fuerza los conjuros, y enmudecieron los oráculos ; pero estaba tan ciego y tan dejado á sus errores, que no tuvo actividad para desviarlos, ni supo aprovecharse de la luz que se le puso delante : pudo ser esta dureza de su ánimo fruto miserable de los otros vicios y atrocidades con que tenia desobligado á Dios, ó castigo de aquella misma negligencia con que daba los oidos, y negaba la inclinacion á la verdad.

A veinte dias ó poco mas, llegó el capitan de la guardia, que partió á la frontera de la Vera Cruz, y trujo preso á Qualpopoca, con otros cabos de su ejército, que se dieron al sello real sin resistencia. Entró con ellos á la presencia de Motezuma, y él los habló reservadamente, permitiéndolo Cortés, porque deseaba que los redujese á callar la orden que tuvieron suya, y dejarse engañar de aquella exterior confianza en que le mantenía. Pasó despues con ellos el mismo capitan al cuarto de Cortés, y se los entregó, diciéndole de parte de su amo: « que se los enviaba para que averiguase la verdad, y los castigase por su mano con el rigor que merecian. » Encerróse con ellos, y confesaron luego los cargos « de haber roto la paz de su autoridad: haber provocado con las armas á los Españoles de la Vera Cruz, y ocasionado la muerte de Argüello, hecha de su orden á sangre fria, en un prisionero de guerra, » sin tomar en la boca la orden que tuvieron de su rey; hasta que reconociendo que iba de veras su castigo, tentaron el camino de hacerle cómplice para escapar las vidas: pero Hernan Cortés negó los oídos á este descargo, tratándole como invencion de los delincuentes. Juzgóse militarmente la causa,

y se les dió sentencia de muerte, con la circunstancia de que fuesen quemados públicamente sus cuerpos delante del palacio real como reos que habian incurrido en caso de lesa magestad. Discurrióse luego en la ejecucion, y pareció no dilatarla : pero temiendo Hernan Cortés que se inquietase Motezuma, ó quisiese defender á los que morian por haber ejecutado sus órdenes, resolvió atemorizarle con alguna bizzarria, que tuviese apariencias de amenaza, y le acordase la sujecion en que se hallaba. Ocurrióle otro arrojamiento notable á que le debió de inducir la facilidad con que se consiguió el de su prision, ó el ver tan rendida su paciencia. Mandó buscar unos grillos de los que se traian prevenidos para los delincuentes, y con ellos descubiertos en las manos de un soldado, se puso en su presencia, llevando consigo á Doña Marina, y tres ó cuatro de sus capitanes. No perdonó las reverencias con que solia respetarle : pero dando á la voz y al semblante mayor entereza, le dijo : « que ya quedaban condenados á muerte Qualpopoca y los demas delincuentes por haber confesado su delito, y ser digno de semejante demostracion ; pero que le habian culpado á él, diciendo afirmativamen-

te que le cometieron de su orden; y así era necesario que purgase aquellos indicios vehementes con alguna mortificacion personal; porque los reyes, aunque no estan obligados á las penas ordinarias éran subditos de otra ley superior, que mandaba en las coronas; y debian imitar en algo á los reos, cuando se hallaban culpados, y trataban de satisfacer á la justicia del cielo. » Dicho esto mandó con imperio y resolucion que le pusiesen las prisiones, sin dar lugar á que le replicase; y en dejándole con ellas, le volvió las espaldas, y se retiró á su cuarto, dando nueva orden á las guardias para que no se le permitiese por entonces la comunicacion de sus misnistros.

Fue tanto el asombro de Motezuma cuando se vió tratar con aquella ignominia, que le faltó al principio la accion para resistir, y despues la voz para quejarse. Estuvo mucho rato como fuera de sí: los criados que le asistian acompañaban su dolor con el llanto, sin atreverse á las palabras, arrojándose á sus pies para recibir el peso de los grillos: y él volvió de su confusion con principios de impaciencia; pero se reprimió brevemente: y atribuyendo su infelicidad á la disposicion de sus dioses, esperó el suceso, no sin cuidado al pare-

cer de que peligraba su vida ; pero acordándose de quien era para temer sin falta de valor.

No perdió tiempo Cortés en lo que llevaba resuelto : salieron los reos al suplicio , hechas las prevenciones necesarias para que no se aventurase la ejecucion. Consiguióse á vista de innumerable pueblo, sin que se oyese una voz descompuesta, ni hubiese que recelar. Cayó sobre aquella gente un terror, que tenia parte de admiracion, y parte de respeto. Estrañaban aquellos actos de jurisdiccion en unos estrangeros , que cuando mucho se debian portar como embajadores de otro príncipe ; y no se atrevieron á poner en duda su potestad, viéndola establecida con la tolerancia de su rey ; de que resultó el concurrir todos al espectáculo con un género de quietud amortiguada, que sin saber en qué consistia, dejó su lugar al escarmiento. Ayudó mucho en esta ocasion el estar mal recibida entre los Mejicanos la invasion de Qualpopoca, y se hizo su delito mas aborrecible con la circunstancia de culpar á su rey : descargo que pasó por increíble, y aun siendo verdadero se culpaba como atrevido y sedicioso. Débese mirar este castigo como tercer atrevimiento de Cortés, que se logró como se habia discurrido, y se dis-

currió sobre principios irregulares. Él lo resolvió, y lo tuvo por conveniente y posible : conocia la gente con quien trataba, y lo que suponía en cualquier acontecimiento la gran prenda que tenia en su poder. Dejémosnos cegar de su razon, ó no la traigamos al juicio de la historia, contentándonos con referir el hecho como pasó, y que una vez ejecutado fue de gran consecuencia para dar seguridad á los Españoles de la Vera Cruz, y reprimir por entonces los principios de rumor que andaban entre los nobles de la ciudad.

Volvió luego Cortés al cuarto de Motezuma, y con alegre urbanidad le dijo « que ya quedaban castigados los traidores que se atrevieron á manchar su fama, y él habia cumplido ventajosamente con su obligacion, sujetándose á la justicia de Dios con aquella breve intermision de su libertad. » Y sin mas dilacion le mandó quitar los grillos, ó, como escriben algunos, se puso de rodillas para quitárselos él mismo por sus manos ; y se puede creer de su advertencia, que procuraria dar con semejante cortesania mayor recomendacion al desagravio. Recibió Motezuma con grande alborozo este alivio de su libertad : abrazó dos ó tres veces á Cortés, y no acababa de cumplir con

su agradecimiento. Sentáronse luego en conversacion amigable, y Cortés usó con él de otro primor, como los que andaba siempre meditando, porque mandó que se retirasen las guardas, diciéndole que se podría volver á su palacio cuando quisiese, por haber cesado ya la causa de su detencion. Y le ofreció este partido sobre seguro de que no le acetaria, por haberle oido decir muchas veces con firme resolucion: que ya no le convenia volverse á su palacio, ni apartarse de los Españoles hasta que se retirasen de su corte; porque perderia mucho de su estimacion, si llegasen á entender sus vasallos que recibia de agena mano su libertad: dictámen que se hizo suyo con el tiempo, siendo en la verdad influido; porque Doña Marina, y algunos de los capitanes le habian puesto en él á instancia de Cortés, que se valia de su misma razon de estado para tenerle mas seguro en la prision: pero entonces, conociendo lo que traia dentro de sí la oferta de Cortés, dejó este motivo, tratándole como ageno de aquella ocasion, y se valió de otro mas artificioso, porque le respondió « que agradecia mucho la voluntad con que deseaba restituírle á su casa; pero que tenia resuelto no hacer novedad, aten-

diendo á la conveniencia de los Españoles : porque una vez en su palacio , le apretarian sus nobles y ministros á que tomase las armas contra ellos, para satisfacerse del agravio que habia recibido. » Por cuyo medio quiso dar á entender que se dejaba estar en la prision para encubrirlos y ampararlos con su autoridad. Alabó Cortés el pensamiento agrediendo su atencion , como si la creyera , y quedaron los dos satisfechos de su destreza : creyendo entrambos que se entendian , y se dejaban engañar por su conveniencia, con aquel género de astucia ó disimulacion que ponen los políticos entre los misterios de la prudencia , dando el nombre de esta virtud á los artificios de la sagacidad.

HISTORIA

DE LA CONQUISTA, POBLACION Y PROGRESOS

DE LA

NUEVA ESPAÑA.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

Permítase á Motezuma que se deje ver en público saliendo á sus templos y recreaciones: trata Cortés de algunas prevenciones que tuvo por necesarias; y se duda que intentasen los Españoles en esta sazón derribar los ídolos de Méjico.

QUEDÓ Motezuma desde aquel día prisionero voluntario de los Españoles: hízose amable á todos con su agrado y liberalidad. Sus mismos criados desconocían su mansedumbre y moderación, como virtudes adquiridas en el trato de los es-

trangeros, ó estrangeras de su natural. Aedi tó diversas veces con palabras y acciones la sinceridad de su ánimo; y cuando le pareció que tenia segura y merecida la confianza de Cortés, se resolvió á experimentarla, pidiéndole licencia para salir alguna vez á sus templos: dióle palabra de que se volveria puntualmente á la prision, que así la solia llamar cuando no estaba presente alguno de los suyos: díjole « que ya deseaba por su conveniencia y la de los mismos Españoles dejarse ver de su pueblo, porque se iba creyendo que le tenían oprimido, como habia cesado la causa de su detencion con el castigo de Qualpopoca; y se podria temer alguna turbacion mas que popular; si no se ocurría brevemente al remedio con aquella demostracion de su libertad. » Hernan Cortés conociendo su razon, y deseando tambien complacer á los Mejicanos, le respondió liberal y cortesaneamente: « que podria salir cuando gustase, atribuyendo á esceso de su benignidad el pedir semejante permission cuando él y todos los suyos estaban á su obediencia. » Pero aceptó la palabra que le daba de no hacer novedad en su habitacion, como quien deseaba no perder la honra que recibia.

Hízole alguna interior disonancia el motivo de acudir á sus templos, y para cumplir consigo en la forma que podia, capituló con él, que habian de cesar desde aquel dia los sacrificios de sangre humana, contentándose con esta parte de remedio, porque no era tiempo de aspirar á la enmienda total de los demas errores; y siempre que no se puede lo mejor, es prudencia dividir la dificultad para vencer uno á uno los inconvenientes. Ofreciólo asi Motezuma, prohibiendo con efecto en todos sus adoratorios este género de sacrificios; y aunque se duda si lo cumplió, es cierto que cesó la publicidad, y que si los hicieron alguna vez, fue á puerta cerrada, y tratándolos como delito.

Su primera salida fue al templo mayor de la ciudad, con la misma grandeza y acompañamiento que acostumbraba : llevó consigo algunos Españoles, y se previno llamándolos él mismo, antes que se los pusiesen al lado como guardas ó testigos. Celebró con grandes regocijos el pueblo esta primera vista de su rey : procuraron todos manifestar su alegría con aquellas demostraciones de que se componian sus aplausos; no porque le amasen ó tuviesen olvidada la opresion en que

vivian , sino porque hacia la natural obligacion el oficio de la voluntad , y tiene sus influencias hasta en la frente del tirano la corona. Él iba recibiendo las aclamaciones con gratitud magestuosa , y anduvo aquel dia muy liberal , porque hizo diferentes mercedes á sus nobles , y repartió algunas dádivas entre la gente popular. Subió despues al templo descansando sobre los brazos de los sacerdotes ; y en cumpliendo con los ritos menos escandalosos de su adoracion , se volvió al cuartel ; donde se congratuló nuevamente con los Españoles ; dando á entender que le traian con igual fuerza el desempeño de su palabra , y el gusto de vivir entre sus amigos.

Continuáronse despues sus salidas sin hacer novedad , unas veces al palacio donde tenia sus mugeres , y otras á sus adoratorios ó casas de recreacion ; usando siempre con Hernan Cortés la ceremonia de tomar su licencia , ó llevándole consigo cuando era decente la funcion : pero nunca hizo noche fuera del alojamiento , ni discurrió en mudar habitacion ; antes se llegó á mirar entre los Mejicanos aquella perseverencia suya como favor de los Españoles ; tanto que ya visitaban á Cortés los ministros y los nobles de la ciudad ,

valiéndose de su intercesion para encaminar sus pretensiones; y todos los Españoles que tenian algun lugar en su gracia, se hallaron asistidos y contemporizados: achaque ordinario de las cortes, adorar á los favorecidos, fabricando con el ruego estos ídolos humanos.

Entretanto que duraba este género de tranquilidad, no se descuidaba Hernan Cortés en las prevenciones que podrian conducir á su seguridad, y adelantar los altos designios que perseveraban en su corazon sin objeto determinado, ni saber hasta entonces acia donde le llamaba la oscuridad lisonjera de sus esperanzas. Luego que vacó el gobierno de la Vera Cruz por muerte de Juan de Escalante, y se aseguraron los caminos con el castigo de los culpados, nombró en aquella ocupacion al capitan Gonzalo de Sandoval; y porque no faltase de su lado en esta ocurrencia un cabo de tanta satisfaccion, envió con título de teniente suyo á un soldado particular que llamaban Alonso de Grado, sugeto de habilidad y talento, pero de ánimo inquieto, y uno de los que se hicieron conocer en las turbaciones pasadas. Creyóse que le ocupaba por satisfacerle y desviarle; pero no fue buena política poner hombre poco

seguro en una plaza que se mantenía para la retirada, y contra las avenidas que se podían temer de la isla de Cuba. Pudiera ser de grave inconveniente su asistencia en aquel puerto, si llegaran poco antes los bajeles que fletó Diego Velazquez en prosecucion de su antigua demanda; pero el mismo Alonso de Grado enmendó con su proceder el yerro de su eleccion; porque vinieron dentro de pocos dias tantas quejas de los vecinos y lugares del contorno, que fue necesario traerle preso, y enviar al propietario.

Con la ocasion destos viages dispuso Hernan Cortés que se condujesen de la Vera Cruz algunas jarcias, velas, clavazon y otros despojos de los navíos que se barrenaron, con ánimo de fabricar dos bergantines para tener á su disposicion al paso de la laguna; porque no podía echar de sí las medias palabras que oyeron los Tlascaltecas sobre cortar los puentes ó romper las calzadas. Introdujo primero esta novedad, haciéndosela desear á Motezuma; con pretesto de que viese las grandes embarcaciones que se usaban en España, y la facilidad con que se movian, haciendo trabajar al viento en alivio de los remos: primor de que no se hacia capaz sin la demostracion;

porque ignoraban los Mejicanos el uso de las velas, y ya miraba como punto de conveniencia suya, que aprendiesen aquel arte de navegar sus marineros. Llegaron brevemente de la Vera Cruz los géneros que se habian pedido, y se dió principio á la fábrica por mano de algunos maestros de esta profesion, que vinieron en el ejército con plaza de soldados, asistiendo á cortar y conducir la madera de orden de Motezuma los carpinteros de la ciudad; con que se acabaron los dos bergantines dentro de breves dias, y él mismo determinó estrenarlos, embarcándose con los Españoles para reconocer desde mas cerca las maestrías de aquella navegacion.

Previno para este fin una de sus monterías mas solemnes en parage de larga travesía porque no faltase tiempo á su observacion; y el dia señalado amenecieron sobre la laguna todas las canoas del séquito real, con su familia y cazadores, reforzada en ellas la boga, no sin presuncion de acreditar su ligereza, con descrédito de las embarcaciones estrangeras, que á su parecer eran pesadas, y serian dificultosas de manejar; pero tardaron poco en desengañarse, porque los bergantines partieron á vela y remo, favorecidos

oportunamente del viento, y se dejaron atras las canoas con largo espacio y no menor admiracion de los Indios. Fue dia muy festivo y de gran divertimiento para los Españoles, tanto por la novedad y circunstancias de la montería, como por la opulencia del banquete : y Motezuma estuvo muy entretenido con sus marineros, burlándose de lo que forcejaban en el alcance de los bergantines, y celebrando como suya la victoria de los Españoles.

Concurrió despues toda la ciudad á ver aquellas que en su lengua llamaban casas portátiles : hizo sus ordinarios efectos la novedad, y sobre todo admiraron el manejo del timon, y el oficio de las velas, que á su entender mandaban al agua y al viento : invencion que celebraron los mas avisados como industria del arte, superior á su ingenio ; y el vulgo como sutileza mas que natural, ó predominio sobre los elementos. Consiguióse finalmente que fuesen bien recibidos aquellos bergantines que se fabricaron á mayor intento, y tuvo su parte de felicidad esta providencia de Cortés, pues se hizo lo que convenia, y se ganó reputacion.

Al mismo tiempo iba caminando en otras dili-

gencias que le dictaban su vigilancia y actividad. Introducía con Motezuma y con los nobles que le visitaban la estimacion de su rey : ponderaba su clemencia y engrandecía su poder : trayendo á su dictámen los ánimos con tanta suavidad y destreza , que llegó á desearse generalmente la confederacion que proponia, y el comercio de los Españoles, como interes de aquella monarquía. Tomaba tambien algunas noticias importantes por via de conversacion y sencilla curiosidad. Informóse muy particularmente de la magnitud y límites del imperio Mejicano, de sus provincias y confines, de los montes, rios y minas principales, de las distancias de ambos mares, su calidad y sírgideros : tan lejos de mostrar cuidado en sus observaciones, que Motezuma para informarle mejor y complacerle, hizo que sus pintores delineasen ; con asistencia de hombres noticiosos, un lienzo semejante á nuestros mapas, en que se contenia la demarcacion de sus dominios, á cuya vista le hizo capaz de todas las particularidades que merecian reflexion , y permitió despues que fuesen algunos Españoles á reconocer las minas de mayor nombre, y los puertos ó ensenadas que parecian capaces de bajeles : propúsolo Hernan Cortés,

con pretexto de llevar á su príncipe distinta relacion de lo mas notable; y él concedió, no solamente su beneplácito, pero señaló gente militar que los acompañase, y despachó sus órdenes para que les franqueasen el paso y las noticias : bastante seña de que vivia sin recelo, y andaban conformes su intencion y sus palabras.

Pero en esta sazón, y cuando mas se debian temer las novedades como peligro de la quietud y de la confianza; refieren nuestros historiadores una resolucion de los Españoles tan desproporcionada y fuera de tiempo, que nos inclinamos á dudarla, ya que no hallamos razon para omitirla. Dice Bernal Diaz del Castillo, y lo escribió primero Francisco Lopez de Gomara, concordando alguna vez en lo menos tolerable, que se determinaron á derribar los ídolos de Méjico, y convertir en iglesia el adoratorio principal : que salieron á ejecutarlo por mas que lo resistió y procuró embarazar Motezuma : que se armaron los sacerdotes, y estuvo conmovida toda la ciudad en defensa de sus dioses, durando la porfía, sin llegar á rompimiento, hasta que por bien de paz se quedaron los ídolos en su lugar, y se limpió una capilla, y levantó un altar dentro del mismo ado-

ratorio, donde se colocó la cruz de Cristo, y la imágen de su madre santísima : se celebró misa cantada, y perseveró muchos dias el altar, cuidando de su limpieza y adorno los mismos sacerdotes de los ídolos. Así lo refiere tambien Antonio de Herrera, y se aparta de los dos, añadiendo algunas circunstancias que pasan los límites de la exornacion, si esta puede caber en la retórica del historiador ; porque describe una procesion devota y armada, que se ordenó para conducir las santas imágenes al adoratorio : pone á la letra, ó supone la oracion recta que hizo Cortés delante de un crucifijo ; y pondera un casi milagro de su devocion, animándose á decir, no sabemos de que origen, que se inquietaron poco despues los Mejicanos, porque faltó el agua del cielo para el beneficio de sus campos : que acudieron al mismo Cortés con principios de sedicion, clamando sobre que no llovian sus dioses, porque se habian introducido en su templo deidades forasteras : que para conseguir que se aquietasen les ofreció de parte de su Dios copiosa lluvia dentro de breves horas, y que respondió el cielo puntualmente á su promesa, con grande admiracion de Motezuma y de toda la ciudad.

No discurrimos del empeño en que se puso , prometiendole milagros delante de unos infieles en prueba de su religion, que pudo ser ímpetu de su piedad; ni estrañamos la maravilla del suceso, que tambien pudo tener entonces aquel átomo de fe viva con que se merecen y consiguen los milagros. Pero el mismo hecho disuena tanto á la razon, que parece dificultoso de creer en las advertencias de Cortés, y en el genio y letras de fray Bartolomé de Olmedo. Pero caso que sucediese asi el hecho de arruinar los ídolos de Méjico en la forma y en el tiempo que viene supuesto, siendo lícito al historiador el hacer juicio alguna vez de las acciones que refiere, hallamos en esta diferentes reparos que nos obligan por lo menos á dudar el acierto de semejante determinacion en una ciudad tan populosa, donde se pudo tener por imposible lo que fue dificultoso en Cozumel. Corriase bien con Motezuma: consistia en su benevolencia toda la seguridad que se gozaba : no habia dado esperanzas de admitir el evángelio; antes duraba inexorable y ostinado en su idolatría : los Mejicanos, sobre la dureza con que adoraban y defendian sus errores, andaban fáciles de inquietar contra los Españoles. ¿Pues que pru-

dencia pudo aconsejar que se intentase contra la voluntad de Motezuma semejante contratiempo? Si miramos al fin que se pretendia le hallaremos inútil y fuera de toda razon. Empezar por los ídolos el desengaño de los idólatras; tratar una esterioridad infructuosa como triunfo de la religion; colocar las santas imágenes en un lugar inmundo y detestable; dejarlas al arbitrio de los sacerdotes gentiles, aventuradas á la irreverencia y al sacrilegio; celebrar entre los simulacros del demonio el inefable sacrificio de la misa. Antonio de Herrera califica estos atentados, con título de faccion memorable. Júzguelo quien lo leyere, que nosotros no hallamos razon de congruencia política ó cristiana para que se perdonasen tantos inconvenientes; y dejando en duda el acierto, querriamos antes que no hubiera sucedido esta irregularidad como la refieren, ó que no tuvieran lugar en la historia las verdades increíbles.

CAPITULO II.

Descúbrese una conjuración que se iba disponiendo contra los Españoles, ordenada por el rey de Tezcaco; y Motezuma, parte con su industria, y parte por las advertencias de Cortés, la sosiega, castigando al que la fomentaba.

Tuvo desde sus principios esta empresa de los Españoles notable desigualdad de accidentes: alternábanse continuamente la quietud y los cuidados: unos días reinaba sobre las dificultades la esperanza, y otros renacían los peligros de la misma seguridad: propia condición de los sucesos humanos, encadenarse y sucederse con breve intermision los bienes y los males. Y debemos creer que fue conveniente su inestabilidad, para corregir la destemplanza de nuestras pasiones.

La ciega gentilidad ponía esta série de los acaecimientos en una rueda imaginaria que se formaba en la trabazon de lo próspero y lo adverso, á cuyo movimiento daban cierta inteligencia sin eleccion, que llamaron fortuna, con que dejaban al acaso todo lo que deseaban ó temían; siendo en la ver-

dad alta disposicion de la divina providencia, que duren poco en un estado las felicidades y los infortunios de la tierra; para que se posean ó toleren con moderacion, y suba el entendimiento á buscar la realidad de las cosas en la region de las almas.

Hallábanse ya los Españoles bastantemente asegurados en la voluntad de Motezuma y en la estimacion de los Mejicanos; pero al mismo tiempo que se gozaba de aquel sosiego favorable, se levantó nueva tempestad que puso en contingencia todas las prevenciones de Cortés. Movióla Cacamatzin, sobrino de Motezuma, rey de Tezcucó, y primer elector del imperio. Era mozo inconsiderado y bullicioso; y dejándose aconsejar de su ambicion, determinó hacerse memorable á su nacion, sacando la cara contra los Españoles, con pretesto de poner en libertad á su rey : favorecíanle su dignidad y su sangre para esperar en la primera eleccion el imperio; y le pareció que una vez desnuda la espada podria llegar el caso de acercarse á la corona. Su primera diligencia fue desacreditar á Motezuma, murmurando entre los suyos de la indignidad y falta de espíritu con que se dejaba estar en aquella violenta sujecion. Acu-

só despues á los Españoles, culpando como principio de tiranía la opresion en que le tenian, y la mano que se iban tomando en el gobierno; sin perdonar medio alguno de hacerlos odiosos y despreciables. Sembró despues la misma zizaña entre los demas reyezuelos de la laguna; y hallando bastante disposicion en los ánimos, se resolvió á poner en ejecucion sus intentos; á cuyo fin convocó una junta de todos sus amigos y parientes; que se hizo de secreto en su palacio concurriendo en ella los reyes de Guyoacan, Iztapalapa, Tacuba y Matalcingo, y otros señores ó caciques del contorno, personas de séquito y suposicion, que mandaban gente de guerra, y se preciaban de soldados.

Hízoles un rozonamiento de grande aparato, y dando colores de ceño á sus ocultos designios, ponderó el estado en que se hallaba su rey, olvidado, al parecer, de su misma libertad, y la obligacion que tenian de concurrir todos, como buenos vasallos, á sacarle de aquella servidumbre. Sinceróse con la proximidad de la sangre, que le interesaba en los aciertos de su tio: y volviendo la mira contra los Españoles: « á que aguardamos, amigos y parientes, dijo, que no abrimos los ojos al

oprobrio de nuestra nacion , y á la vileza de nuestro sufrimiento ? Nosotros , que nacimos para las armas , y ponemos nuestra mayor felicidad en el terror de nuestros enemigos, concedemos la cerviz al yugo afrentoso de una gente advenediza ? Qué son sus atrevimientos sino acusaciones de nuestra flojedad, y desprecios de nuestra paciencia ? Consideremos lo que han conseguido en breves dias, y conoceremos primero nuestro desaire, y despues nuestra obligacion. Arrojáronse á la corte de Méjico, insolentes de cuatro victorias, en que los hizo valientes la falta de resistencia. Entraron en ella triunfantes, á despecho de nuestro rey, y contra la voluntad de la nobleza y gobierno. Introdujeron consigo nuestros enemigos ó rebeldes, y los mantienen armados á nuestros ojos, dando vanidad á los Tlascaltecas, y pisando el pundonor de los Mejicanos. Quitaron la vida con público y escandaloso castigo á un general del imperio, tomando en ageno dominio jurisdiccion de magistrados, ó autoridad de legisladores. Y últimamente, prendieron al gran Motezuma en su alojamiento, sacándole violentamente de su palacio; y no contentos con ponerle guardas á nuestra vista pasaron á ultrajar su persona y dignidad, con las

prisiones de sus delincuentes. Asi pasó , todos lo sabemos ; ¿ pero quien habrá que lo crea sin desmentir á sus ojos ? ¡ O verdad ignominiosa , digna del silencio , y mejor para el olvido ! ¿ Pues en qué os deteneis , ilustres Mejicanos ? ¿ Preso vuestro rey , y vosotros desarmados ? Esa libertad aparente de que le veis gozar estos dias , no es libertad , sino un tránsito engañoso , por el cual ha pasado insensiblemente á otro cautiverio de mayor indecencia , pues le han tiranizado el corazon , y se han hecho dueños de su voluntad , que es la prision mas indigna de los reyes. Ellos nos gobiernan y nos mandan ; pues el que nos habia de mandar los obedece. Ya le veis descuidado en la conservacion de sus dominios , desatento á la defensa de sus leyes , y convertido el ánimo real en espíritu servil. Nosotros que suponemos tanto en el imperio mejicano , debemos impedir con todo el hombro su ruina. Lo que nos toca es juntar nuestras fuerzas , acabar con estos advenedizos , y poner en libertad á nuestro rey. Si le desagradaremos , dejándole de obedecer en lo que le conviene , conocerá el remedio cuando convalezca de la enfermedad ; y si no le conociere , hombres Aiene Méjico que sabrán llevar con sus sienes la

corona; y no será el primero de nuestros reyes, que por no saber reinar, ó reinar descuidadamente, se dejó caer el cetro de las manos. »

En esta sustancia oró Cacumatzin, y con tanto fervor, que le siguieron todos, prorumpiendo en grandes amenazas contra los Españoles, y ofreciendo servir en la faccion personalmente. Solo el señor de Matalcingo, que se hallaba en el mismo grado pariente de Motezuma, y tenia sus pensamientos de reinar, conoció lo interior de la propuesta, y tiró á desvanecer los designios de su competidor, añadiendo « que tenia por necesario, y por mas conveniente á la obligacion de todos, que se previniese á Motezuma de lo que intentaban, y se tomase primero su licencia : pues no era razon que se arrojasen armados á la casa donde residia, sin poner en salvo su persona, tanto por el peligro de su vida, como por la disonancia de que pudiesen aquellos hombres debajo de las alas de su rey. » Barajaron los demas esta proposicion como impracticable, diciéndole Cacumatzin algunos pesares, que sufrió por no descomponer sus esperanzas, y se acabó la junta, quedando señalado el dia, discurrido el modo, y encargado el secreto.

Supieron casi á un mismo tiempo Motezuma y Cortés esta conjuracion : Motezuma por un aviso reservado que se atribuyó al señor de Matalcingo; y Cortés por la inteligencia de sus espías y confidentes. Buscáronse luego los dos para comunicarse la noticia de semejante novedad, y tuvo Motezuma la dicha de hablar primero, con que dejó saneada su intencion. Dióle cuenta de lo que pasaba : mostró grande irritacion contra su sobrino el de Tezcucó, y contra los demas conjurados, y propuso castigarlos con el rigor que merecian. Pero Hernan Cortés, dándole á entender que sabia todo el caso, con algunas circunstancias que no dejasen en duda su comprension, le respondió « que sentia mucho haber ocasionado aquella inquietud en sus vasallos, y que por la misma razon se hallaba obligado á tomar por su cuenta el remedio, y venia con ánimo de pedirle licencia para marchar luego con sus Españoles á Tezcucó, y atajar en su origen el daño, trayéndole preso á Cacumatzin, antes que se uniese con los demas coligados, y fuese necesario pasar á mayores remedios. » No admitió Motezuma esta proposicion, antes procuró desviarla con total repugnancia, conociendo lo que perderia su au-

toridad y su poder, si se valiese de armas forasteras para castigar atrevimientos de esta calidad en hombres de aquella suposicion. Pidióle que disimulase por él su desabrimiento; y le dijo por última resolucion « que no queria ni era conveniente que se moviesen los Españoles, porque no se hiciese obstinacion el odio con que procuraban apartarlos de su lado, sino que le ayudasen á sujetar aquellos rebeldes, asistiéndole con el consejo, y haciendo, si fuese menester, el oficio de medianeros. »

Parecióle despues que seria bien intentar primero los medios suaves, y que su sobrino, como persona mas dependiente de su respeto, seria fácil de reducir á la quietud, acordándole su obligacion, y haciéndole amigo de los Españoles. Para cuyo efecto le envió á llamar con uno de sus criados principales, el cual le intimó la orden que llevaba de su rey: y le dijo de parte de Cortés « que deseaba su amistad, y tenerle mas cerca para que la experimentase. » Pero él, que se hallaba ya lejos de la obediencia, ó tenia mas cerca su ambicion, respondió á Motezuma con desacato de hombre precipitado, y á Cortés con tanta desestimacion y arrojamiento, que le obligó á

pedir con nueva instancia la empresa de sujetarle, cuya propuesta reprimió segunda vez Motezuma, diciéndole « que aquel era de los casos en que se debia usar primero del entendimiento que de las manos, y que le dejase obrar segun la esperiencia y conocimiento que tenia de aquellos humores , y de sus causas.

Portóse despues con gran reserva entre sus ministros, despreciando el delito para descuidar al delincuente, á cuyo fin les decia que aquel atrevimiento de su sobrino se debia tomar como ardor juvenil, ó primer movimiento de hombre sin capacidad. » Y al mismo tiempo formó una conjuracion secreta contra el mismo conjurado, valiéndose de algunos criados suyos que atendieron á su primera obligacion, ó la conocieron á vista de las dádivas y las promesas : por cuyo medio consiguió que le asaltasen una noche dentro de su casa, y embarcándose con él en una canoa , que tenian prevenida , le trujesen preso á Méjico sin que pudiese resistirlo. Descubrió entonces Motezuma todo el enojo que disimulaba y sin permitir que le viese ni dar lugar á sus disculpas, le mandó poner , con acuerdo y parecer de Cortés , en la cárcel mas estrecha de sus nobles, tratándole

como á reo de culpa irremisible, y de pena capital.

Hallábase á esta sazón en Méjico un hermano de Cacumatzin, que pocos dias antes escapó dichosamente de sus manos; porque intentó quitarle insidiosamente la vida sobre algunas desconfianzas domésticas de poco fundamento. Amparóle Motezuma en su palacio, y le hizo alistar en su familia para darle mayor seguridad. Era mozo de valor y grandes habilidades, bien recibido en la corte y entre los vasallos de su hermano, haciéndole con unos y otros mas recomendable la circunstancia de perseguido. Puso Cortés los ojos en él, y deseando ganarle por amigo y traerle á su partido, propuso á Motezuma que le diese la investidura y señorío de Tezcuco, pues ya no era capaz su hermano de volver á reinar, habiendo conspirado contra su príncipe: díjole « que no era seguro castigar por entonces con pena de la vida a un delincuente de tanto séquito, cuando estaban conmovidos los ánimos de los nobles, que privándole del reino, le daba otro género de muerte menos ruidosa y de bastante severidad para el terror de sus parciales, que aquel mozo tenia mejor natural; y debiéndole ya la vida le

deberia tambien la corona, y quedaria mas obligado á su obediencia, por la oposicion de su hermano; y últimamente, que con esta demostracion daba el reino á quien debia suceder en él, y dejaba en su sangre la dignidad de primer elector, que tanto suponía en el imperio.» Agradó tanto á Motezuma este pensamiento de Cortés, que le comunicó luego á su consejo, donde se alabó como benigna y justificada la resolucion; y autorizando los ministros el decreto real, fue desposeido Cacumatzin, segun la costumbre de aquella tierra, de todos sus honores, como rebelde á su príncipe; y nombrado su hermano por sucesor del reino y voz electoral. Llamóle despues Motezuma, y en el acto de la investidura, que tenia sus ceremonias y solemnidades, le hizo una oracion magestuosa en que redujo á pocas palabras todos los motivos que podian acrecentar el empeño de su fidelidad, y le dijo públicamente « que habia tomado aquella determinacion por consejo de Hernan Cortés; » dándole á conocer que le debia la corona. Puédese creer que ya lo sabia el interesado, porque no era tiempo de oscurecer los beneficios; pero es de reparar lo que cuidaba Motezuma de hacerle bien quisto, y de

ganar los ánimos de los suyos á favor de los Españoles.

Partió luego el nuevo rey para su corte, y fue recibido y coronado en ella con grandes aclamaciones y recocijos, celebrando todos su exaltacion con diferentes motivos : unos porque le amaban y sentian su persecucion : otros por la mala voluntad que tenian á Cacumatzin ; y los mas por dar á entender que aborrecian su delito. Tuvo notable aplauso en todo el imperio este género de castigo sin sangre que se atribuyó al superior juicio de los Españoles, porque no esperaban de Motezuma semejante moderacion ; y fue de tanta consecuencia la misma novedad para el escarmiento, que los demas conjurados derramaron luego sus tropas , y trataron de recurrir desarmados á la clemencia de su rey. Valiéronse de Cortés, y últimamente consiguieron por su medio el perdon, con que se deshizo aquella tempestad ; y habiéndose levantado contra él, salió del peligro mejorado ; parte por su industria, y parte porque le favorecieron los mismos accidentes ; pues Motezuma le agradeció la quietud de su reino, se declaró por su hechura el mayor príncipe del imperio ; y favoreciendo á los demas que intentaban destruir-

le, se halló con nuevo caudal de amigos y obligados.

CAPITULO III.

Resuelve Motezuma despachar á Cortés respondiendo á su embajada : junta sus nobles , y dispone que sea reconocido el rey de España por sucesor de aquel imperio , determinando que se le dé la obediencia y pague tributo como á descendiente de su conquistador.

SOSEGADOS aquellos rumores que llegaron á ocupar todo el cuidado , sintió Motezuma el ruido que deja en la imaginacion la memoria del peligro. Empezó á discurrir para consigo el estado en que se hallaba ; parecióle que ya se detenian mucho los Españoles , y que habiéndose mirado como falta de libertad en él la benevolencia con que los trataba , debia familiarizarse menos , y dar otro color á las esterioridades. Avergonzabase del pretesto que tomó Cacumatzin para su conjuracion , atribuyendo á falta de espíritu su benignidad , y alguna vez se acusaba de haber ocasionado aquella murmuracion : sentia la flaqueza de su autoridad , cuyos celos andan siempre

cerca de la corona ; y ocupan el primer lugar entre las pasiones que mandan á los reyes. Temia que se volviesen á inquietar sus vasallos , y que saltasen nuevas centellas de aquel incendio recién apagado. Quisiera decir á Cortés que tratase de abreviar su jornada , y no hallaba camino decente de proponérselo ; ni los recelos , por ser especie de miedo , se confiesan con facilidad. Duró algunos dias en esta irresolucion , y últimamente determinó que le convenia en todo caso despachar luego á los Españoles , y quitar aquel tropezio á la fidelidad de sus vasallos.

Dispusó la materia con notable sagacidad , porque antes de comunicar su intento á Cortés , llevó prevenidas sus réplicas , saliendo á todos los motivos en que pudiera fundar su detencion. Aguardó que le viniese á visitar como solia ; recibióle sin hacer novedad en el agrado ni en el cumplimiento ; introdujo la plática de su rey al modo que otras veces ; ponderó cuanto le veneraba ; y dejando traer su propuesta de la misma conversacion , le dijo « que habia discurrido en reconocer de su propia voluntad el vasallage que se le debia , como á sucesor de Quezalcoal y dueño propietario de aquel imperio. » Asi lo entendia ,

y en esto solo habló con afectacion : pero no se trataba entonces de restituirle sus dominios, sino de apartar á Cortés y facilitar su despacho; á cuyo fin añadió « que pensaba convocar la nobleza de sus reinos, y hacer en su presencia este reconocimiento para que todos, á su imitacion, le diesen la obediencia y estableciesen el vasallage con alguna contribucion, en que pensaba tambien darles ejemplo, pues tenia ya prevenidas diferentes joyas y preseas de mucho valor para cumplir por su parte con esta obligacion; y no dudaba que sus nobles acudirian á ella con lo mejor de sus riquezas, ni desconfiaba de que se juntaria cantidad tan considerable que pudiese llegar sin desaire á la presencia de aquel príncipe, como primera demostracion del imperio mejicano.

Esta fue su proposicion, y en ella concedia de una vez todo lo que á su parecer podian atreverse á desear los Españoles, satisfaciendo á su ambicion y á su codicia para quitarles enteramente la razon de perseverar en su corte antes de ordenarles que se retirasen. Y encubrió con tanta destreza el fin á que caminaba, que no le conoció entonces Hernan Cortés; antes le rindió las gracias de aquella liberalidad, sin estrañarla, ni

encarecerla, como quien acetaba de parte de su rey lo que se le debia, y quedó sumamente gustoso de haber conseguido mas de lo que parecia practicable, segun el estado presente de las cosas. Celebró despues con sus capitanes y soldados el servicio que harian al rey D. Carlos, si conseguian que se declarase por súbdito y tributario suyo un monarca tan poderoso : discurrió en las grandes riquezas con que podrian acompañar esta noticia, para que no llegase desnuda la relacion y peligrase de increíble. Y á la verdad no pensaba entonces apartarse de su empresa, ni le parecia dificultoso el mantenerse, hasta que sabiendo en España el estado en que la tenia, se le ordenase lo que debia ejecutar : seguridad á que le pudo inducir lo que le favorecia Motezuma ; los amigos que iba ganando ; la facilidad con que se le venian á las manos los sucesos, ó alguna causa de origen superior que le dilatava el ánimo, para que á vista de cuanto pudiera desear no se acabase de componer con sus esperanzas.

Pero Motezuma, que tiraba sus líneas á otro centro, y sabia resolver despacio, y ejecutar sin dilacion, despachó luego sus convocatorias á los caciques de su reino, como se acostumbraba

cuando se ofrecia negocio público en que hubiese de intervenir la nobleza, sin alargarse á los mas distantes por abreviar el intento principal de aquella diligencia. Vinieron todos á Méjico dentro de pocos dias, con el séquito que solian asistir en la corte, y tan numeroso, que hiciera ruido en el cuidado, si se ignorara la ocasion y la costumbre. Juntólos Motezuma en el cuarto de su habitacion, y en presencia de Cortés, que fue llamado á esta conferencia, y concurrió en ella con sus intérpretes y algunos de sus capitanes, les hizo un razonamiento en que dió los motivos y facilitó la dureza de aquella notable resolucíon. Bernal Diaz del Castillo dice que hubo dos juntas, y que no asistió Cortés en la primera: pudo ser alguna de sus equivocaciones, porque no lo callaria el mismo Hernan Cortés en la segunda relacion de su jornada; y cuando se trataba de satisfacerle y confiarle, no era tiempo de juntas reservadas.

Fue de grande aparato y autoridad esta funcion, porque asistieron tambien á ella los nobles y ministros que residian en la corte; y Motezuma, despues de haberlos mirado una y dos veces con agradable magestad, empezó su oracion, hacién-

dolos benévolos y atentos con ponerles delante « cuanto los amaba, y cuanto le debian. » Acor-dóles « que tenian de su mano todas las riquezas y dignidades que poseian; y sacó por ilacion deste principio la obligacion en que se hallaban de creer, que no les propondria materia que no fuese de su mayor conveniencia, despues de haberla premeditado con madura deliberacion, consultado á sus dioses el acierto, y tenido señales evidentes de que hacia su voluntad. »

Afectaba muchas veces estas vislumbres de inspiracion para dar algo de divinidad á sus resoluciones, y entonces le creyeron; porque no era novedad que le favoreciese con sus respuestas el demonio. Asentada esta reconvencion y este misterio, refirió con brevedad « el origen del imperio mejicano, la espedicion de los Nabalacas, las hazañas prodigiosas de Quezalcoal, su primer emperador, y lo que dejó profetizado cuando se apartó á las conquistas del oriente, previniendo con impulso del cielo que habian de volver á reinar en aquella tierra sus descendientes. » Tocó despues como punto indubitable, « que el rey de los Españoles, que dominaba en aquellas regiones orientales, era legítimo sucesor del mismo

Quezalcoal. Y añadió : que siendo él monarca de quien habia de proceder aquel príncipe tan deseado entre los Mejicanos; y tan prometido en los oráculos y profecías que veneraba su nacion , debian todos reconocer en su persona este derecho hereditario , dando á su sangre lo que á falta della se introdujo en eleccion : que si hubiera venido entonces personalmente , como envió sus embajadores , era tan amigo de la razon , y amaba tanto á sus vasallos , que por su mayor felicidad seria el primero en desnudarse de la dignidad que poseia , rindiendo á sus pies la corona; fuese para dejarla en sus sienes , ó para recibirla de su mano. Pero que debiendo á los dioses la buena fortuna de que hubiese llegado en su tiempo noticia tan deseada , queria ser el primero en manifestar la prontitud de su ánimo; y habia discurrido en ofrecerle desde luego su obediencia , y hacerle algun servicio considerable. A cuyo fin tenia destinadas las joyas mas preciosas de su tesoro , y queria que sus nobles le imitasen , no solo en hacer el mismo reconocimiento , sino en acompañarle con alguna contribucion de sus riquezas , para que siendo mayor el servicio , llegase mas decoroso á los ojos de aquel príncipe.

En esta sustancia concluyó Motezuma su razonamiento, aunque no de una vez : porque á despecho de lo que se procuró esforzar en este acto; cuando llegó á pronunciarse vasallo de otro rey, le hizo tal disonancia esta proposicion, que se detuvo un rato sin hallar las palabras con que habia de formar la razon; y al acabarla se enterneció tan declaradamente, que se vieron algunas lágrimas discurrir por su rostro como lloradas contra la voluntad de los ojos. Y los Mejicanos, conociendo su turbacion, y la causa de que procedia, empezaron tambien á enternecerse prorumpiendo en sollozos menos recatados, y deseando al parecer con algo de lisonja, que hiciese ruido su fidelidad. Fue necesario que Cortés pidiese licencia de hablar, y alentase á Motezuma diciendo : « que no era el ánimo de su rey desposeerle de su dignidad, ni trataba de que se hiciese novedad en sus dominios; porque solo querria que se aclarase por entonces su derecho á favor de sus descendientes, respecto de hallarse tan distante de aquellas regiones, y tan ocupado en otras conquistas que no podria llegar en muchos años el caso en que hablaban sus tradiciones y profecías. » Con cuyo desahogo cobró aliento,

volvió á serenar el semblante, y acabó su oracion como se ha referido.

Quedaron los Mejicanos atónitos ó confusos de oir semejante resolucion , estrañándola como desproporcionada , ó menos decente á la magestad de un príncipe tan grande y tan celoso de su dominacion. Miráronse unos á otros sin atreverse á replicar ni á conceder , dudando en que se ajustarian mas á su intencion ; y duró este silencio reverente hasta que tomó la mano el primero de sus magistrados ; y con mejor conocimiento de su dictámen respondió por los demas : « que todos los nobles que concurrían en aquella junta le respetaban como á su rey y señor natural , y estarían prontos á obedecer lo que proponia por su benignidad , y mandaba con su ejemplo ; porque no dudaban que lo tendria bien discurrido y consultado con el cielo , ni tenían instrumento mas sagrado que el de su voz para entender la voluntad de los dioses: » Concurrieron todos en el mismo sentir , y Hernan Cortés , cuando llegó el caso de significar su agradecimiento , fue dictando á sus intérpretes otra oracion no menos artificiosa , en que dió las gracias á Motezuma y á todos los circunstantes de aquella demostracion ,

aceptando en nombre de su rey el servicio, y midiendo sus ponderaciones con la máxima de no estrañar mucho que asistiesen á su obligacion : al modo que se recibe la deuda, y se agradece la puntualidad en el deudor.

Pero no bastaron aquellas lágrimas de Motezuma para que recelase Cortés entonces de su liberalidad, ni conociese que se trataba de su despacho final, en que se dejó llevar del primer sonido, con alguna disculpa; porque donde halló introducida como verdad infalible aquella notable aprehension de los descendientes de Quezalcoal, y tenian á su rey indubitavelmente por uno de ellos, no le pareceria tan irregular esta demostracion, que se debiese mirar como afectada ó sospechosa. Sobre cuyo presupuesto pudo tambien atribuir el llanto de Motezuma, y aquella congoja con que llegó á pronunciar las cláusulas del vasallage, á la misma violencia con que se desprende un rey de la corona y se mide la suma distancia que hay entre la soberanía y la sujecion : caso verdaderamente de aquellos en que puede faltar el ánimo con algo de magnanimidad. Pero se debe creer que Motezuma, por mas que mirase al rey de España como legítimo sucesor de aquel imperio, no tuvo in-

tento de cumplir lo que ofrecia. Su mira fue deshacerse de los Españoles, y tomar tiempo para entenderse despues con su ambicion, sin hacer mucho caso de su palabra; y no estaria fuera de su centro entre aquellos reyes bárbaros le simulacion; cuya indignidad, bastante á manchar el pundonor de un hombre particular, pusieron otros bárbaros estadistas entre las artes necesarias del reinar.

Desde aquel dia, como quiera que fuese, quedó reconocido el emperador Carlos V. por señor del imperio mejicano, legítimo y hereditario en el sentir de aquella gente: y en la verdad destinado por el cielo á mejor posesion de aquella corona, sobre cuya resolucion se formó público instrumento con todas las solemnidades que parecieron necesarias, segun el estilo de los homenages que solian prestar á sus reyes, dando este allanamiento de príncipe y vasallos, poco mas que el nombre de rey, al emperador; y siendo una como insinuacion misteriosa del título, que se debió despues al derecho de las armas sobre justa provocacion, como lo veremos en su lugar: circunstancia particular que concurrió en la conquista de Méjico para mayor justificacion de

aquel dominio, sobre las demas consideraciones generales, que no solo hicieron lícita la guerra en otras partes, sino legítima y razonable, siempre que se puso en términos de medio necesario para la introduccion del evangelio.

CAPITULO IV.

Entra en poder de Hernan Cortés el oro y joyas que se juntaron de aquellos presentes : dícele Motezuma con resolucion que trate de su jornada , y él procura dilatarla sin replicarle ; al mismo tiempo que se tiene aviso de que han llegado navíos españoles á la costa.

No se descuidó Motezuma en acercarse como pudo al fin que deseaba, resuelto á ganar las horas en el despacho de los Españoles, y ya violento en aquel género de sujecion que se hallaba obligado á conservar, porque no dejase de parecer voluntaria. Entregó con este cuidado á Cortés el presente que tenia prevenido, y se componia de varias curiosidades de oro, con alguna pedrería, unas de las que usaba en el adorno de su persona, y otras de las que se guardaban por grandeza, y servian á la ostentacion : diferentes

piezas del mismo género y metal en figura de animales, aves y pescados, en que se miraba como segunda riqueza el artificio : cantidad de aquellas piedras que llamaban chalcuites, parecidas en el color á las esmeraldas, y en la vana estimacion á nuestros diamantes; y algunas pinturas de pluma, cuyos colores naturales, ó imitaban mejor, ó tenian menos que fingir en la imitacion de la naturaleza : dádiva de ánimo real que se hallaba oprimido, y trataba de poner en precio su libertad.

Siguiéronse á esta demostracion los presentes de los nobles que venian con título de contribucion, y se redujeron á piezas de oro y otras pre-seas de la misma calidad, en que se compitieron unos á otros con deseo, al parecer, de sobresalir en la obediencia de su rey, y mezclando esta subordinacion con algo de propia vanidad. Todo venia dirigido á Motezuma, y pasaba con recado suyo al cuarto de Cortés. Nombráronse contador y tesorero para que se llevase la razon de lo que se iba recibiendo; y se juntó en breves dias tanta cantidad de oro, que reservando las joyas y piezas de primor, y habiéndose fundido lo demas, se hallaron seiscientos mil pesos reducidos á bar-

ras de buena ley, de cuya suma se apartó el quinto para el rey; y del residuo, segundo quinto para Hernan Cortés, con beneplácito de su gente y cargo de acudir á las necesidades públicas del ejército. Separó tambien la cantidad en que estaba empeñado para satisfacer la deuda de Diego Velazquez, y lo que le prestaron sus amigos en la isla de Cuba: y lo demas se repartió entre los capitanes y soldados, comprendiendo á los que se hallaban en la Vera Cruz.

Diéronse iguales porciones á los que tenían ocupacion; pero entre los de plaza sencilla hubo alguna diferencia, porque fueron mejor remunerados los de mayores servicios, ó menos inquietos en los rumores antecedentes: peligrosa equidad en que hace agraviados el premio y quejosos la comparacion. Hubo murmuraciones y palabras atrevidas contra Hernan Cortés y contra los capitanes; porque al ver tanta riqueza junta, querian igual recompensa los que merecian menos; y no era posible llenar su codicia, ni conviniera fundar en razon la desigualdad.

Bernal Diaz del Castillo discurre con indecencia en este punto, y gasta demasiado papel en ponderar y encarecer lo que padecieron los po-

bres soldados en este repartimiento; hasta referir como donaire y discrecion lo que dijo este ó aquel en los corrillos.

Habla mas cómo pobre soldado que como historiador; y Antonio de Herrera le sigue con descuidada seguridad, siendo en la historia igual prevaricacion decir de paso lo que se debe ponderar, y detenerse mucho en lo que se pudiera omitir. Pero uno y otro asientan que se aquietó este desabrimiento de los soldados, repartiendo Cortés del oro que le habia tocado todo lo que fue necesario para satisfacer á los quejosos; y alaban despues su liberalidad y desinterés, deshaciendo en vez de borrar lo que sobra en su narracion.

Motezuma, luego que por su parte y la de sus nobles se dió complimiento al servicio que se ofreció en la junta, hizo llamar á Cortés; y con alguna severidad, fuera de su costumbre, le dijo «que ya era razon que tratase de su jornada, pues se hallaba enteramente despachado; y que habiendo cesado todos los motivos ó pretextos de su detencion, y conseguido en obsequio de su rey tan favorable respuesta de su embajada, ni sus vasallos dejarían de presumir intentos mayo-

res si le viesen perseverar en su corte voluntariamente, ni él podría estar de su parte cuando no lo estaba la razon. » Esta breve insinuacion de su ánimo, dicha en términos de amenaza, y con señas de resolucion premeditada, hizo tanta novedad á Cortés que tardó en socorrerse de su discrecion para la respuesta; y conociendo entonces el artificio de aquellas liberalidades y favores de la junta pasada, tuvo primeros movimientos de replicarle con alguna entereza, valiéndose del genio superior con que le dominaba: y fuese con este fin, ó porque llegó á recelar, viéndole tan sobre sí, que traeria guardadas las espaldas, ordenó recatadamente á uno de sus capitanes que hiciese tomar las armas á los soldados, y los tuviese prontos para lo que se ofreciese. Pero entrando en mejor consejo se determinó á condescender por entonces con su voluntad: y para dar motivo á la detencion de la respuesta, disculpó cortesaneamente lo que se habia embarazado, viéndole menos agradable, cuando era tan puesto en razon lo que ordenaba. Díjole « que trataria luego de abreviar su viage: que ya traia entre las manos las prevenciones que necesitaba; y que deseando ejecutarle sin dilacion, habia discurrido en pedirle licencia

para que se fabricasen algunos bajeles capaces de tan larga navegacion, por haberse perdido, como sabia, los que le condujeron á sus costas. » Con que dejó introducida y pendiente su obediencia, satisfaciendo al empeño en que se hallaba, y dando tiempo á la resolucion.

Dicen que tuvo Motezuma prevenidos cincuenta mil hombres para este lance; y que vino con determinacion de hacerse obedecer, valiéndose de la fuerza si fuese necesario; y es cierto que temió la réplica de Cortés, y que deseaba escusar el rompimiento; porque le abrazó con particular afecto, estimando su respuesta, como quien no la esperaba. Obligóse de que le quitase la ocasion de irritarse contra él. Amábale con un género de voluntad, que tenia parte de inclinacion y parte de respeto; y bien hallado con su mismo desenojo le dijo : « que no era su intento apresurase su jornada sin darle medios para que la ejecutase: que se dispondria luego la fábrica de los bajeles, y entretanto no tenia que hacer novedad, ni apartarse de su lado, pues bastaria para la satisfaccion de sus dioses y quietud de sus vasallos aquella prontitud con que se trataba de obedecer á los unos y complacer á los otros. » Fatigábale aquellos

dias el demonio con horribles amenazas, dando voz ó semejanza de voz á los ídolos para irritarle contra los Españoles. Congojábanle tambien los nuevos rumores que se iban encendiendo entre los suyos, por haberse recibido mal que se hiciese tributario de otro príncipe, mirando aquella desautoridad suya como nuevo gravámen que bajaría con el tiempo á los hombros de sus vasallos. De suerte que se hallaba combatido por una parte de la política, y por otra de la religion; y fue mucho que se determinase á dar esta permission á Cortés, por ser observantísimo con sus dioses, y no menos supersticioso con el ídolo de su conservacion.

Diéronse luego las órdenes para la fábrica de los bajeles. Publicóse la jornada, y Motezuma hizo pregonar que acudiesen á la costa de Ulua todos los carpinteros del contorno, señalando los parages donde se podria cortar la madera, y los lugares que habian de contribuir con Indios de carga para que la condujesen al astillero. Hernan Cortés por su parte afectó las exterioridades de obediente. Despachó luego á los maestros y oficiales que fabricaron los bergantines, conocidos ya entre los Mejicanos. Discurrió públicamente

con ellos del porte y calidad de los bajeles, ordenándoles que se aprovechasen del hierro, jarcias y velámen de los que se barrenaron; y todo era tratar del viage como si le tuviera resuelto: con que adormeció las inquietudes que se iban forjando, y se aseguró en la confianza de Motezuma.

Pero al tiempo de partir esta gente á la Vera Cruz habló reservadamente á Martin Lopez, vizcaino de nacion, que iba por cabo principal; y siendo maestro consumado en este género de fábricas, sabia cumplir mejor con la profesion de soldado. Encargóle « que se fuese poco á poco en la formacion de los bajeles; y procurase alargar la obra cuanto pudiese con tal artificio que se consiguiese la tardauza, sin que pareciese dilacion. » Era su fin conservarse con este color en aquella corte, y hacer lugar para que pudiesen volver de España sus comisarios Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, con esperanza de que le trujesen algun socorro de gente, ó por lo menos el despacho y órdenes de que necesitaba para la direccion de su empresa, porque siempre tuvo firme resolucion de proseguirla. Y caso que le arrojase de Méjico la última

necesidad, pensaba esperarlos en la Vera Cruz, y mantenerse al abrigo de aquella fortificacion, valiéndose de las naciones amigas para resistir á los Mejicanos : admirable constancia, que no solo duraba entre las dificultades presentes, pero se prevenia para no descaecer en las contingencias.

Sobrevino dentro de pocos dias otro accidente que descompuso estas disposiciones, llamando la prudencia y el valor á nuevo cuidado. Tuvo noticia Motezuma de que andaban en la costa de Ulua diez y ocho navíos estrangeros, y los ministros de aquel parage se los enviaron pintados en aquellos lienzos, que hacian el oficio de las cartas, con las señas de la gente que se habia dejado ver en ellos, y algunos caractéres en que venia significado lo que se podia recelar de sus intentos, siendo Españoles al parecer, y llegando en ocasion que se trataba de aviar á los que residian en su corte. Diésele ó no cuidado esta representacion de sus gobernadores, lo que resultó della fue llamar luego á Cortés, ponerle delante la pintura y decirle que « ya no seria necesaria la prevencion que se hacia para su jornada, pues habian llegado á la costa bajeles de su nacion en que podria ejecutarla. » Miró Cortés la pintura con

.

mas atencion que sobresalto : y aunque no entendi6 los caract6res que la especificaban , conoci6 en el traje de la gente , porte y echura de los nav6os , lo bastante para no dudar que fuesen Espa6oles. Su primer movimiento fue alegrarse , teniendo por cierto que habrian llegado sus procuradores , y fingi6ndose grandes socorros en tanto n6mero de bajeles. Vase con facilidad la imaginacion 6 lo que se desea , y no se persuadi6 entonces 6 que pudiese venir contra 6l armada tan poderosa ; porque discurria noblemente segun la llaneza de su proceder ; y las sinrazones ocurren tarde 6 los bien intencionados. Su respuesta fue : « que se partiria luego si aquellos nav6os estuviesen de vuelta para los dominios de su rey. » Y no estra6ando que hubiese llegado primero 6 su noticia esta novedad , porque sabia la incesante diligencia de sus correos a6adi6 : « que no podia tardar el aviso de los Espa6oles que asistian en Zempoala , por cuyo medio se sabrian con fundamento la derrota y designios de aquella gente , y se veria si era necesario proseguir en la f6brica de los bajeles , 6 posible adelantar sin ellos su viage. » Aprob6 Motezuma este reparo , agradeciendo la prontitud , y conociendo la razon. Pero

tardaron poco en llegar las cartas de la Vera Cruz, en que avisaba Gonzalo de Sandoval « que aquellos bajeles eran de Diego Velazquez, y venian en ellos ochocientos Españoles contra Hernan Cortés y su conquista ; » cuyo golpe no esperado recibió Cortés en presencia de Motezuma, y necesitó de todo su aliento para encubrir su turbacion. Hallóse con el peligro donde aguardaba el socorro. La ocasion era terrible : angustias por todas partes ; desconfianzas en Méjico y enemigos en la costa. Pero haciendo lo que pudo para componer el semblante con la respiracion , negó su cuidado á Motezuma , endulzó la noticia entre los suyos, y se retiró despues á desapasionar el discurso para que se diese con libertad á las diligencias del remedio.

CAPITULO V.

Refiérense las nuevás prevenciones que hizo Diego Velazquez para destruir á Hernan Cortés; el ejército y armada que envió contra él á cargo de Pánfilo de Narvaez: su arribo á las costas de Nueva España; y su primer intento de reducir á los Españoles de la Vera Cruz.

DEJAMOS á Diego Velazquez envuelto en sus desconfianzas, impaciente de que se hubiesen malogrado los esfuerzos que hizo para detener á Hernan Cortés y desacreditando con nombre de traicion la fuga que ocasionaron sus violencias para disponer su venganza con título de remedio. Recibió las cartas del licenciado Benito Martin, su capellan, con nombramiento de adelantado por el rey, no solo de aquella isla, sino de las tierras que se descubriesen y conquistasen por su inteligencia. Dábale noticia de la gratitud, ó fuese agradecimiento, con que le defendia y patrocinaba el presidente de las Indias, obispo de Burgos, desfavoreciendo por este respeto á los procuradores de Cortés. Pero al mismo tiempo le avisaba de la benignidad con qué los oyó el emperador

en Tordesillas : del ruido que habian hecho en España las riquezas que llevaron, y del concepto grande con qué se hablaba ya de aquella conquista, dándola el primer lugar entre las antecedentes.

Entró con el nuevo dictado en mayores pensamientos. Diéronle osadía y presuncion los favores del presidente; y como crecen con el poder las pasiones humanas, ó es propiedad en ellas el mandar mas en los mas poderosos, miró su ofensa con otro género de irritacion mas empeñada, ó con otra especie de superioridad que le desfiguraba la envidia con el trage de la justificacion. Afligian y precipitaban su paciencia los aplausos de Cortés; y aunque no le pesaba de ver tan adelantada la conquista, porque las obligaciones de su sangre dejaban siempre su lugar al servicio del rey, no podia sufrir que se llevase otro las gracias que á su parecer se le debian : tan vanaglorioso en el aprecio de la parte que tuvo en la primera disposicion de aquella jornada, que se atribuia, sin otro fundamento, el renombre de conquistador : y tan dueño en su estimacion de toda la empresa, que le parecian suyas hasta las hazañas con que se habia conseguido.

Con estos motivos y con esta destemplanza de

aprehensiones trató luego de formar armada y ejército con que destruir á Hernan Cortés y á cuantos le seguian : compró bajeles, alistó soldados, y discurrió personalmente por toda la isla, visitando las estancias de los Españoles, y animándolos á la faccion. Poníales delante la obligacion que tenian de asistir á su desagravio : partia con ellos anticipadamente las grandes riquezas de aquella conquista, usurpadas entonces (asi lo decia) por unos rebeldes mal aconsejados que salieron de Cuba fugitivos para no dejar en dnda su falta de valor; con cuyas esperanzas, y algunos socorros, en que gastó mucha parte de su caudal, juntó en breves dias un ejército, que allí se pudo llamar formidable por el número y calidad de la gente. Constaba de ochocientos infantes españoles, ochenta caballos y diez ó doce piezas de artillería, con abundante provision de bastimentos, armas y municiones. Nombró por cabo principal á Pánfilo de Narvaez, natural de Valladolid, sugeto capaz, y en aquella isla de la primera estimacion, aunque amigo de sus opiniones, y de alguna dureza en los dictámenes. Dióle título de teniente suyo, nombrándose gobernador cuando menos, de la Nueva España.

Dióle tambien instruccion secreta en que le ordenaba « que procurase prender á Cortés, y se le remitiese con buena guardia para que recibiese de su mano el castigo que merecia : que hiciese lo mismo con la gente principal que le seguia si no se redujesen á dejar su partido, y que tomase posesion en su nombre de todo lo conquistado, adjudicándolo al distrito de su adelantamiento; » sin detenerse mucho á discurrir en los accidentes que se le podian ofrecer : porque á vista de tan ventajosas fuerzas, le parecia fácil de conseguir cuanto le proponia su deseo; y la confianza, vicio familiar de ingenios apasionados, que miran desde lejos los peligros, ó no conocen hasta que padecen las dificultades.

Tuvieron aviso deste movimiento y prevenciones los religiosos de San Gerónimo que presidian á la real audiencia de Santo Domingo, con suprema jurisdiccion sobre las otras islas; y previniendo los inconvenientes que podian resultar de tan ruidosa competencia, enviaron al licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, juez de la misma real audiencia, para que procurase poner en razon á Diego Velazquez; y no bastando los medios suaves le intimase las órdenes que llevaba,

mandándole con graves penas que desarmase la gente, deshiciese la armada y no perturbase ó pusiese impedimento á la conquista en que estaba entendiendo Hernan Cortés, so color de pertenecerla por cualquiera razon ó pretesto que fuese; y que dado que tuviese alguna querella contra su persona, ó algun derecho sobre la tierra que andaba pacificando, acudiese á los tribunales del rey, donde tendria segura, por los términos regulares, su justicia.

Llegó este ministro á la isla de Cuba cuando ya estaba prevenida la armada, que se componia de once navíos de alto borde, y siete poco mas que bergantines, unos y otros de buena calidad: y Diego Velazquez andaba muy solícito en adelantar la embarcacion de la gente. Procuró reducirle, sirviéndose amigablemente de cuantas razones le ocurrieron para detenerle y confiarle. Dióle á conocer « lo que aventuraba si se pusiese Cortés en resistencia, interesados ya en defender sus mismas utilidades los soldados que le seguian: el daño que podria resultar de que viesen aquellos Indios belicosos y recién conquistados una guerra civil entre los Españoles: que si por esta desunion se perdiese una conquista, de que ya

se hacia tanta estimacion en España, peligraria su crédito en un cargo de mala calidad, sin que le pudiesen defender los que mas le favorecian. » Púsose de parte de su justicia para persuadirle « á que la pidiese donde se miraria con diferente atencion, si no la desacreditase con aquella violencia. » Y últimamente, viéndole incapaz de consejo, porque le parecia impracticable todo lo que no fuese destruir á Hernan Cortés, pasó á lo judicial, manifestó las órdenes, y se las hizo notificar por un escribano que llevaba prevenido, acompañándolas con diferentes requerimientos y protestas; pero nada bastó á detener su resolucion; porque sonaba tanto en su concepto el título de adelantado, que dió muestras de no reconocer superior en su distrito, y se quedó en su obstinacion, hecha ya porfía la inobediencia. Disimuló el oidor algunos desacatos, sin atreverse á contradecirle derechamente por no hacer mayor su precipicio; y viendo que trataba de abreviar la embarcacion de la gente, fingió deseo de ver aquella tierra tan encarecida, y se ofreció á seguir el viage con apariencias de curiosidad, á que salió fácilmente Diego Velazquez porque

llegase mas tarde á la isla de Santo Domingo la noticia de su atrevimiento, y él consiguió el embarcarse con gusto y estimacion de todos: resolcion, que bien fuese de su dictámen, ó procediese de su instruccion, pareció bien discurrida y conveniente para estorbar el rompimiento de aquellos Españoles. Persnadióse con bastante probabilidad á que seria mas fácil de conseguir lejos de Diego Velazquez la obediencia de las órdenes, ó tendria diferente autoridad su mediacion con Pánfilo de Narvaez; y aunque fue su asistencia de nuevo inconveniente, como lo veremos despues, no por eso dejaron de merecer alabanza su celo y su discurso: que los sucesos, por el mismo caso que se apartan muchas veces de los medios proporcionados, no pueden quitar el nombre al acierto de las resoluciones. Embarcóse tambien Andres de Duero, aquel secretario de Velazquez que favoreció tanto á Cortés en los principios de su fortuna. Dicen unos que se ofreció á esta jornada por disfrutar sus riquezas acordando el beneficio; y otros que fue su intencion mediar con Narvaez y embarazar en cuanto pudiese la ruina de su amigo, á cuyo sentir nos aplicaremos antes que al primero, por no estar bien con los historiado-

res que se precian de tener mal inclinadas las conjeturas.

Hiciéronse á la vela, y favoreciéndolos el viento se hallaron en breves dias á vista de la tierra que buscaban. Surgió la armada en el puerto de Ulloa, y Pánfilo de Narvaez echó algunos soldados en tierra que tomasen lengua y reconociesen las poblaciones vecinas. Hallaron estos á poca diligencia dos ó tres Españoles que andaban desmandados por aquel parage. Lleváronlos á la presencia de su capitan; y ellos, ó temerosos de alguna violencia, ó inclinados á la novedad, le informaron de todo lo que pasaba en Méjico y en la Vera Cruz, buscando su lisonja en el descrédito de Cortés: sobre cuya noticia fue lo primero que resolvió tratar con Gonzalo de Sandoval que le rindiese aquella fortaleza de su cargo, manteniéndola por él, ó la desmantelase, pasándose á su ejército con la gente de la guarnicion. Encargó esta negociacion á un clérigo que llevaba consigo, llamado Juan Ruiz de Guevara, hombre de condicion menos reprimida que pedia el sacerdocio. Fueron con él tres soldados que sirviesen de testigos, y un escribano real, por si fuese necesario llegar á términos de notificacion. Tenia Gonzalo

de Sandoval sus centinelas á trechos para que observasen los movimientos de la armada, y se fuesen avisando unos á otros, por cuyo medio supo que venian mucho antes que llegasen; y con certidumbre de que no los seguia mayor número de gente, mandó abrir las puertas de la villa, y se retiró á esperarlos en su posada. Llegaron ellos, no sin alguna presuncion de que serian bien admitidos; y el clérigo, despues de las primeras urbanidades, y haber puesto en manos de Sandoval su carta de creencia, le dió noticia de las fuerzas con que venia Pánfilo de Narvaez á tomar satisfaccion por Diego Velazquez de la ofensa que le hizo Hernan Cortés en apartarse de su obediencia, siendo suya enteramente la conquista de aquella tierra, por haberse intentado de su orden y á su costa. Hizo su proposicion como punto sin dificultad en que sobraban los motivos; y esperó gracias de venirle á buscar con un partido ventajoso, donde se habian juntado la fuerza y la razon. Respondióle Gonzalo de Sandoval con alguna destemplanza, mal escondida en el sosiego exterior, «que Pánfilo de Narvaez era su amigo, y tan atento vasallo de su rey, que solo desearia lo que fuese mas conve-

niente á su servicio: que la ocurrencia de las cosas y el mismo estado en que se hallaba la conquista pedian que se uniesen sus fuerzas con las de Cortés, y le ayudase á perficionar lo que tenia tan adelantado, tratándose primero de la primera obligacion, pues no se hizo el tribunal de las armas para querellas de particulares; pero que dado caso que anteponiendo el interes ó la venganza de su amigo, se arrojase á intentar alguna violencia contra Hernan Cortés, tuviese desde luego entendido, que asi él como todos los soldados de aquella plaza, querrian antes morir á su lado, que concurrir á semejante desalumbraimiento.»

Sintió el clérigo, como golpe imprevisto, esta repulsa; y mas acostumbrado á dejarse llevar que á reprimir su natural, prorumpió en injurias y amenazas contra Hernan Cortés llamándole traidor, y alargándose á decir que lo serian Gonzalo de Sandoval y cuantos le siguiesen. Procuraron unos y otros moderarle y contenerle acordándole su dignidad, para que supiese á lo menos la razon por que le sufrían; pero él, levantando la voz, sin mudar el estilo, mandó al escribano: «que hiciese notorias las órdenes que

llevaba para que supiesen todos que habian de obedecer á Narvaez , pena de la vida ; » y no pudo lograr esta diligencia , porque la embarazó Gonzalo de Sandoval , diciendo al escribano que le haria poner en una horca , si se atreviese á notificarle órdenes que no fuesen del rey. Crecieron tanto las voces y los desacatos , que los mandó llevar presos , no sin alguna impaciencia. Pero considerando poco despues el daño que podrian hacer si volviesen irritados á la presencia de Narvaez , resolvió enviarlos á Méjico para que se asegurase dellos Hernan Cortés , ó procurase reducirlos ; y lo ejecutó sin dilacion , haciendo prevenir Indios de carga que los llevasen aprisionados sobre sus hombros en aquel género de andas que le servian de literas. Fue con ellos por cabo de la guardia un Español de su confianza , que se le llamaba Pedro de Solís : encargóle que no se les hiciese molestia ni mal tratamiento en el camino : despachó correo adelantado á Cortés esta noticia , y trató de prevenir su gente y convocar los Indios amigos para la defensa de su plaza , disponiendo cuanto le tocaba , como advertido y cuidadoso capitan.

No se puede negar que obró con algun arroja-

miento mas que militar en la prision de aquel sacerdote , dando á su irritacion sobrada licencia, si ya no la resolvió políticamente , considerando que no estaria bien cerca de Narvaez un hombre de aquella violencia y precipitacion , para que se consiguiese la paz que tanto convenia. Puédese creer que se dieron la mano en su resolucion el propio sentimiento , y la conveniencia principal ; y si obró con esta mira , como persuade la misma reportacion con que le habia sufrido y respetado, no se debe culpar todo el hecho por este ó aquel motivo menos moderado : que algunas veces acierta el enojo lo que no acertara la modestia , y sirve la ira de dar calor á la prudencia.

CAPITULO VI.

Discursos y prevenciones de Hernan Cortés en orden á escusar el rompimiento : introduce tratados de paz : no los admite Narvaez , antes publica la guerra y prende al licenciado Lucas Vazquez de Ayllon.

DE todas estas particularidades iba teniendo Hernan Cortés frecuentes avisos que hicieron evidencia su recelo ; poco despues supo que habia

tomado tierra Pánfilo de Narvaez, y marchaba con su ejército en orden la vuelta de Zempoala. Padeció mucho aquellos días con su mismo discurso, vario en los medios y perspicaz en los inconvenientes. No hallaba partido en que no quedase mal satisfecho su cuidado. Buscar á Narvaez en la campaña con fuerzas tan desiguales era temeridad, particularmente cuando se hallaba obligado á dejar en Méjico parte de su gente para cubrir el cuartel, defender el tesoro adquirido, y conservar aquel género de guardia en que se dejaba estar Motezuma. Esperar á su enemigo en la ciudad era revolver los humores sediciosos de que adolecían ya los Mejicanos, darles ocasion para que se armasen con pretesto de la propia defensa, y tener otro peligro á las espaldas: introducir pláticas de paz con Narvaez, y solicitar la union de aquellas fuerzas, siendo lo mas conveniente, le pareció lo mas dificultoso, por conocer la dureza de su condicion, y no hallar camino de reducirle, aunque se rindiese á rogarle con su amistad, á que no se determinaba, por ser el ruego poco feliz con los porfiados, y en proposiciones de paz desairado medianero. Poníasele delante la perdicion total de su conquista, el ma-

logro de aquellos grandes principios, la causa de la religion desatendida, el servicio del rey atropellado; y era su mayor congoja el hallarse obligado á fingir seguridad y desahogo, trayendo en el rostro la quietud, y dejando en el pecho la tempestad.

A Motezuma decia que aquellos Españoles eran vasallos de su rey, que traerian segunda embajada en prosecucion de la primera: que venian con ejército por costumbre de su nacion: que procuraria disponer que se volviesen, y se volviera con ellos, pues se hallaba ya despachado, sin que hubiese dejado su grandeza que desear á los que venian de nuevo con la misma proposicion. A sus soldados animaba con varios presupuestos, cuya falencia conocia. Deciales que Narvaez era su amigo, y hombre de tantas obligaciones y de tan buena capacidad, que no dejaria de inclinarse á la razon, anteponiendo el servicio de Dios y del rey á los intereses de un particular: que Diego Velazquez habia despoblado la isla de Cuba para disponer su venganza, á su parecer les enviaba un socorro de gente con que proseguir su conquista; porque no desconfiaba de que se hiciesen compañeros los que venian como enemigos.

Con sus capitanes andaba menos recatado; comunicábales parte de sus recelos; discurría como de prevencion en los accidentes que se podían ofrecer; ponderaba la poca milicia de Narvaez, la mala calidad de su gente, la injusticia de su causa, y otros motivos de consuelo, en que trabajaba también su disimulación, dándoles en la verdad más esperanzas que tenía.

Pidióles finalmente su parecer, como lo acostumbraba en casos de semejante consecuencia, y disponiendo que le aconsejasen lo que tenían por mejor, resolvió tentar primero el camino de la paz, y hacer tales partidos á Narvaez, que no se pudiese negar á ellos sin cargar sobre sí los inconvenientes del rompimiento. Pero al mismo tiempo hizo algunas prevenciones para cumplir con su actividad. Avisó á sus amigos los de Tlascalala que le tuviesen prontos hasta seis mil hombres de guerra para una facción en que sería posible haberlos menester. Ordenó al cabo de tres ó cuatro soldados españoles, que andaban en la provincia de Chinantla descubriendo las minas de aquel parage, que procurase disponer con los caciques una leva de otros dos mil hombres, y que los tuviese prevenidos para marchar con ellos.

al primer aviso. Eran los Chinantecas enemigos de los Mejicanos, y se habian declarado con grande afecto por los Españoles, y enviado secretamente á dar la obediencia; gente valerosa y guerrera, que le pareció tambien á propósito para reforzar su ejército: y acordándose de haber oido alabar las picas ó lanzas de que usaban en sus guerras, por ser de vara consistente, y de mayor alcance que las nuestras, dispuso que le trajesen luego trecientas para repartirlas entre sus soldados, y las hizo armar con puntas de cobre templado, que suplia bastantemente la falta del hierro: prevencion que adelantó á las demas porque le daba cuidado la caballería de Narvaez, y porque hubiese tiempo de imponer en el manejo dellas á los Españoles.

Llegó entretanto Pedro de Solís con los presos que remitia Gonzalo de Sandoval: avisó á Cortés, y esperó su orden antes de entrar en la laguna. Pero él, que ya los aguardaba por la noticia que vino delante, salió á recibirlos con mas que ordinario acompañamiento. Mandó que les quitasen las prisiones: abrazólos con grande humanidad, y al licenciado Guevara primera y segunda vez con mayor agasajo. Dijo « que castigaria á Gon-

zalo de Sandoval la desatencion de no respetar como debia su persona y dignidad.» Llevóle á su cuarto, dióle su mesa, y le significó algunas veces con bien adornada exterioridad «cuanto celebraba la dicha de tener á Pánfilo de Narvaez en aquella tierra, por lo que se prometia de su amistad y antiguas obligaciones.» Cuidó de que anduviesen delante dél alegres y animosos los Españoles. Púsole donde viese los favores que le hacia Motezuma, y la veneracion con que le trataban los príncipes mejicanos. Dióle algunas joyas de valor con que iba quebrantando los ímpetus de su natural. Hizo lo mismo con sus compañeros, sin darles á entender que necesitaba de sus oficios para suavizar á Narvaez, los despachó dentro de cuatro dias, inclinados á su razon, y cautivos de su liberalidad.

Hecha esta primorosa diligencia, y dejando al tiempo lo que podria fructificar, resolvió enviar persona de satisfaccion que propusiese á Narvaez los medios que parecian practicables y eran convenientes. Eligió para esta negociacion al P. Fr. Bartolomé de Olmedo, en quien concurrían con ventajas conocidas la elocuencia y la autoridad. Abrevió cuanto fue posible su despacho, y le

dió cartas para Narvaez, para el licenciado Vazquez de Ayllon, y para el secretario Andres de Duero con diferentes joyas que repartiese, conforme al dictámen de su prudencia. Era la importancia de la paz el argumento de las cartas, y en la de Narvaez le daba la bienvenida con palabras de toda estimacion; y despues de acordarle su amistad y confianza « le informaba el estado en que tenia su conquista, descubriéndole por mayor las provincias que habia sujetado, la sagacidad y valentía de sus naturales, y el poder y grandezas de Motezuma. » No tanto para encarecer su hazaña, como para traerle al conocimiento de lo que importaba que se uniesen ambos ejércitos á perfeccionar la empresa. Dábale á entender « cuanto se debia recelar que los Mejicanos, gente advertida y belicosa, llegasen á conocer discordia entre los Españoles, porque sabrian aprovecharse de la ocasion, y destruir ambos partidos para sacudir el yugo forastero. » Y últimamente le decia « que para escusar lances y disputas convendria que sin mas dilacion le hiciese notorias las órdenes que llevaba; porque si eran del rey estaba pronto á obedecerlas, dejando en sus manos el baston y el ejército de su

cargo; pero si eran de Diego Velazquez debian ambos considerar con igual atencion lo que aventuraban: porque á vista de una dependencia, en que se interpuso la causa del rey, hacian poco bulto las pretensiones de un vasallo que se podrian ajustar á menos costa, siendo su ánimo satisfacerle todo el gasto de su primer aviso, y partir con él, no solamente las riquezas, sino la misma gloria de la conquista. En este sentir concluyó su carta; y pareciéndole que se habia detenido mucho en el deseo de la paz, añadió en el fin algunas cláusulas briosas, dándole á entender, que no se valia de la razon porque le faltasen las manos; y que de la misma suerte que sabia ponderarla sabia defenderla.

Tenia Pánfilo de Narvaez asentado su cuartel y alojado su ejército en Zempoala; y el cacique Gordo anduvo muy solícito en el agasajo de aquellos Españoles, creyendo que venian de socorro á su amigo Hernan Cortés; pero tardó poco en desengañarse, porque no hallaba en ellos el estilo á que le tenian enseñado los primeros; y aunque no traian lengua para darse á entender, hablaban las demostraciones, y los diferenciaba el proceder. Reconoció en Narvaez un género de impe-

riosa desazon que le puso en cuidado, no le quedó que dudar cuando vió que le quitaba contra su voluntad todas las alhajas y joyas que habia dejado en su casa Hernan Cortés. Los soldados, á quien servia de licencia el ejemplo de su capitán, trataban á sus huéspedes como enemigos, y ejecutaba la estorsion lo que mandaba la codicia.

Llegó el licenciado Guevara y refirió los sucesos de su jornada, las grandezas de Méjico, cuan bien recibido estaba Hernan Cortés en aquella corte, lo que le amaba Motezuma y respetaban sus vasallos: encareció la humanidad y cortesía con que le habia recibido y hospedado: empezó á discurrir en lo que deseaba, que no se llegase á conocer discordia entre los Españoles, inclinándose al ajustamiento; y no pudo proseguir porque le atajó Narvaez, diciéndole que se volviese á Méjico si le hacian tanta fuerza los artificios de Cortés, y le arrojó de su presencia con desabrimiento. Pero el clérigo y sus compañeros buscaron nuevo auditorio, pasando con aquellas noticias y con aquellas dádivas á los corrillos de los soldados, y se logró en lo que mas importaba la diligencia de Cortés: porque algunos se inclinaron á su razon: otros á su liberalidad, quedando

todos aficionados á la paz, y llegando los mas á tener por sospechosa la dureza de Narvaez.

Poco despues vino el P. Fr. Bartholomé de Olmedo, y halló en Pánfilo de Narvaez mas entereza que agasajo: Puso en sus manos la carta, leyóla por cumplimiento, y con señas de hombre que se reprimia, se dispuso á escucharle, dando á entender que sufria la embajada por el embajador. Fue la oracion del religioso elocuente y sustancial. Acordó en el exordio « las obligaciones de su profesion para introducirse á medianero desinteresado en aquellas diferencias. » Procuró « sincerar el ánimo de Cortés, como testigo de vista, obligado á la verdad. » Asentó « que por su parte seria fácil de conseguir cuanto se le propusiese razonable y conveniente: » ponderó « lo que se aventuraba en la desunion de los Españoles: cuanto adelantaria Diego Velazquez su derecho si cooperase con aquellas armas á la perfeccion de la conquista; » y añadió: « que teniéndolas él á su disposicion debia medir el uso de ellas con el estado presente de las cosas: punto que vendria presupuesto en su instruccion; pues se dejaba siempre á la prudencia de los capitanes el arbitrio de los medios con que se habia de

asegurar lo pretendido : y ellos estaban obligados á obrar segun el tiempo y sus accidentes para no destruir con la ejecucion el intento de las órdenes. »

La respuesta de Narvaez fue precipitada y descompuesta : « que no era decente á Diego Velazquez el pactar con un súbdito rebelde, cuyo castigo era el primer negocio de aquel ejército : que mandaria luego declarar por traidores á cuantos le siguiesen : y que traia bastantes fuerzas para quitarle de las manos la conquista, sin necesitar de advertencias presumidas, ó consejos de culpados que se valian para persuadirle de la razon con que se hallaban para temerle. » Replióle Fr. Bartolomé sin dejar su moderacion : « que mirase bien lo que determinaba, porque antes de llegar á Méjico habia provincias enteras de Indios guerreros amigos de Cortés que tomarian las armas en su defensa; y que no era tan fácil como pensaba el atropellarle : porque sus Españoles estaban arrestados á perderse con él, y tenia de su parte á Motezuma, príncipe de tantas fuerzas, que podria juntar un ejército para cada uno de sus soldados; y últimamente, que una materia de aquella calidad no era para resuelta

de la primera vez : que la discurriese con segunda reflexion, y él volveria por la respuesta. » Con lo cual se despidió, dejando en sus oidos este género de animosidad porque le pareció necesaria para mitigar aquella confianza de sus fuerzas, en que consistia la mayor vehemencia de su obstinacion.

Pasó luego á ejecutar las otras diligencias de su instruccion. Visitó al licenciado Lucas Vazquez de Ayllon , y al secretario Andres de Duero que alabaron su celo, aprobando lo que propuso á Narvaez , y ofreciendo asistir á su despacho con todos los medios posibles, para que se consiguiese la paz que tanto convenia. Dejóse ver de los capitanes y soldados que conocia : publicó su comision ; procuró acreditar la intencion de Cortés : hizo desear el ajustamiento : repartió con buena eleccion sus joyas y sus ofertas ; y pudo esperar que se formase partido á favor de Cortés , ó por lo menos á favor de la paz, si Pánfilo de Narvaez , que tuvo noticia de estas pláticas, no le hubiera estrechado á que no las prosiguiese. Mandóle venir á su presencia , y á grandes voces le atropelló con injurias y amenazas. Llamóle amotinador y sedicioso : calificó por especie de

traicion el andar sembrando entre su gente las alabanzas de Cortés; y estuvo resuelto á prenderle, como se hubiera ejecutado, si no se interpusiera el secretario Andres de Duero; á cuya instancia corrigió su dictámen, ordenando que saliese luego de Zempoala.

Pero el licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, que llegó advertidamente á la sazón, fue de sentir que se debia convocar ántes una junta en que se hallasen todos los cabos del ejército, para que se discurriese con mayor acuerdo la respuesta que se habia de dar á Hernan Cortés, puesto que se mostraba inclinado á la paz, y no parecia dificultoso que se llegase á poner en términos proporcionados y decentes : á cuya proposicion se inclinaban algunos de los capitanes que se hallaron presentes; pero Narvaez la oyó con un género de impaciencia que tocaba en desprecio : y para responder de una voz al oidor y al religioso, mandó publicar á sus oidos, con voz de pregoneiro, la guerra contra Hernan Cortés, á sangre y fuego, declarándole por traidor al rey, señalando talla para quien le prendiese ó matase, y dando las órdenes para que se previniese la marcha del ejército.

No pudo ni debió aquel ministro sufrir ó tolerar semejante desacato, ni dejar de ocurrir al remedio con su autoridad. Mandó que cesasen los pregones: hizole notificar « que no se moviese de Zempoala pena de la vida; ni usase de aquellas armas sin acuerdo y parecer de todo el ejército: » ordenó á los capitanes y soldados que no le obedeciesen, y duró en sus protestas y requerimientos con tanta resolucion, que Narvaez, ciego ya de cólera, y perdido el respeto á su persona y representacion, le hizo prender ignominiosamente, y dispuso que le llevasen luego á la isla de Cuba en uno de sus bajeles: de cuya ejecucion volvió escandalizado el P. Fr. Bartolomé de Olmedo sin otra respuesta; y lo quedaron tanto sus mismos capitanes y soldados, que los de mayor discurso, viendo prender á un ministro de aquella suposicion, se hallaron obligados á mirar con alguna cautela por el servicio del rey; y los de menos punto, con bastante materia para la murmuracion, y el desafecto á su capitán: mejorándose con este atrevimiento de Narvaez la causa de Cortés en la inclinacion de los soldados, y sirviéndole, como diligencias suyas, los mismos desaciertos de su enemigo.

CAPITULO VII.

Persevera Motezuma en su buen ánimo para con los Españoles de Cortés, y se tiene por improbable la mudanza que atribuyen algunos á diligencias de Narvaez. Resuelve Cortés su jornada y la ejecuta, dejando en Méjico parte de su gente.

ASIENTAN algunos de nuestros escritores, que Pánfilo de Narvaez introdujo pláticas de grande intimidad y confidencia : que iban y venian correos de Méjico á Zempoala, por cuyo medio le dió á entender que traia comision de su rey para castigar los desafueros y exorbitancias de Cortés; que no solo él, sino todos los que seguian sus banderas andaban foragidos y fuera de obediencia; y que habiendo sabido la opresion en que se hallaba su persona, trataria luego de marchar con su ejército para dejarle restituido en su libertad, y en pacífica posesion de sus dominios; con otras imposturas de semejante malignidad. A cuyas esperanzas, dicen, no solo que asintió Motezuma, pero que llegó á entenderse con él, y le hizo grandes presentes, recatándose de Cor-

tés, y deseando romper su prision con ocultas diligencias. No sabemos como pudieron llegar á sus oídos estas sugeriones: porque Narvaez no tuvo intérpretes con que darse á entender á los Indios, ni pudo introducir por su medio con el lenguaje de las señas tan concertada negociacion. De sus Españoles solo vinieron á Méjico el licenciado Guevara con los demas que remitió Sandoval, y estos no hablaron reservadamente á Motezuma; ni cuando se diera en Cortés semejanse descuido, pudieran hacer este razonamiento sin valerse de Aguilar y Doña Marina: caso incompatible con lo que se refiere de su fidelidad. Débese creer que los Indios zempoales conocieron de los semblantes y señas exteriores la enemistad y oposicion de aquellos dos ejércitos, cuya noticia dieron á Motezuma sus confidentes ó ministros: porque no es dudable que la tuvo antes que se la participase Cortés; pero de lo mismo que obró en esta ocasion se arguye que tenia el ánimo seguro, y sin alguna preocupacion de siniestros informes.

No se niega que hizo algunos presentes de consideracion á Narvaez; pero tampoco se colige de ellos que hubiese correspondencia entre los

dos: porque aquellos príncipes solian usar este género de agasajo con los estrangeros que arribaban á sus costas, como se hizo con el ejército de Cortés, á quien pudo encubrir sin artificio esta demostracion, por ser materia sin novedad, ó por hacer menos caso de sus dádivas. Pero es de reparar que hasta en ellas mismas, fuesen ocultas ó ignoradas, hubo requisitos ó circunstancias casuales que aprovecharon al crédito de Cortés; porque al recibirlas descubrió Narvaez mas complacencia ó mas aplicacion que fuera conveniente. Mandábalas guardar con demasiada cuenta y razon, sin dar alguna seña de su liberalidad á los que mas favorecia: y los soldados, que no conocen su avaricia cuando culpan la de sus capitanes, empezaron á desanimarse con este desengaño de sus esperanzas: y poniendo el propio interes entre las cosas de la guerra, ó daban la razon á Cortés, ó se la quitaban al menos generoso.

Volvió finalmente de su jornada Fr. Bartolomé de Olmedo; y Hernan Cortés halló en su relacion lo mismo que recelaba de Narvaez: sintió el desprecio de sus proposiciones, menos por sí que por su razon: conoció en la prision del oidor

cuan lejos estaba de atender al servicio del rey quien traia tan desenfrenada la osadía: oyó sin enojo, á lo menos exterior, las injurias y denuestos con que maltrataba sus ausencias: y ponderan justamente los autores, que llegando á su noticia por diversas partes el menosprecio con que hablaba de su persona, las indecencias de su estilo, y cuanto le repetia el oprobio de traidor no se le oyó jamas una palabra descompuesta, sin dejar de llamar á Pánfilo de Narvaez por su nombre: ¡ rara constancia ó predominio sobre sus pasiones; y digno siempre de envidia un corazon, donde caben los agravios sin estorbar el sufrimiento!

Consolóle mucho con la noticia que le dió Fray Bartolomé de Olmedo de la buena disposicion que habia reconocido en la gente de Narvaez, por la mayor parte deseosa de la paz, ó con poco afecto á sus dictámenes; y no desconfió de hacerle la guerra, ó traerle al ajustamiento que deseaba con la fuerza, ó con la flojedad de sus mismos soldados. Comunicó uno y otro á sus capitanes; y considerados los inconvenientes que por todas partes ocurrían, se tuvo por el menor ó el menos aventurado salir á la campaña con el

mayor número de gente que fuese posible, procurar incorporarse con los Indios que se habian prevenido en Tlascala y Chínantla, y marchar unidos la vuelta de Zempoala, con presupuesto de hacer alto en algun lugar amigo, para volver á introducir desde mas cerca las pláticas de la paz; logrando la ventaja de capitular con las armas en la mano, y la conveniencia de asistir en parage donde se pudiese recoger la gente de Narvaez, que se determinase á dejar su partido. Publicóse luego entre los soldados esta resolucion, y se recibió con notable aplauso y alegría. No ignoraban la desigualdad incomparable del ejército contrario; pero estuvieron á vista del peligro, tan lejos del temor, que los de menos obligaciones hicieron pretension de salir á la empresa, y fue necesario que trabajasen el ruego y la autoridad, cuando llegó el caso de nombrar á los que se dejaron en Méjico: tanto se fiaban los unos en la prudencia, los otros en el valor, y los mas en la fortuna de su capitan, que asi llamaban aquella repeticion extraordinaria de sucesos favorables con que solia conseguir cuanto intentaba: propiedad que puede mucho en el ánimo de los soldados; y pudiera mas, si supie-

ran retribuir á su autor estos efectos inopinados que se llaman felicidades, porque vienen de causa no entendida.

Pasó luego Hernan Cortés al cuarto de Motezuma prevenido ya de varios pretextos, para darle cuenta de su viage, sin descubrirle su cuidado; pero él le obligó á tomar nueva senda en su discurso, dando principio á la conservacion. Recibióle diciendo « que habia reparado en que andaba cuidadoso; y sentia que le hubiese recatado la ocasion, cuando por diferentes partes le avisaban que venia de mal ánimo contra él y contra los suyos aquel capitan de su nacion que residia en Zempoala; y que no estrañaba tanto que fuesen enemigos por alguna querella particular, como que siendo vasallos de un rey, acaudillasen dos ejércitos de contraria faccion, en los cuales era preciso que por lo menos el uno anduviese fuera de su obediencia.» Esta noticia no esperada en Motezuma, y esta reconvencion que tenia fuerza de argumento, pudieran embarazar á Cortés; y no dejaron de turbarle interiormente: pero con aquella prontitud natural que le sacaba de semejantes aprietos, le respondió sin detenerse « que los que habian observado la mala voluntad

de aquella gente , y las amenazas imprudentes de su caudillo , le avisaban la verdad ; y él venia con ánimo de comunicársela , no habiendo podido cumplir antes con esta obligacion , porque acababa de llegar el padre fray Bartolomé de Olmedo con el primer aviso de semejante novedad. Que aquel capitan de su nacion , aunque tan arrojado en las demostraciones de su enojo , no se debia mirar como inobediente , sino como engañado en el servicio de su rey ; porque venia despachado con veces de sustituto y lugar-teniente de un gobernador poco advertido , que por residir en provincia muy distante no sabia las últimas resoluciones de la corte , y estaba persuadido á que le tocaba por su puesto la funcion de aquella embajada. Pero que todo el aparato de tan frívola pretension se desvaneceria fácilmente , sin mas diligencia que manifestarle sus despachos , en cuya virtud se hallaba con plena jurisdiccion para que le obedeciesen todos los capitanes y soldados que se dejasen ver en aquellas costas : y antes que pasase á mayor empeño su ceguedad , habia resuelto marchar á Zempoala con parte de su gente , para disponer que se volviesen á embarcar aquellos Españoles , y darles á entender

que ya debian respetar los pueblos del imperio mejicano, como admitidos á la proteccion de su rey ; lo cual ejecutaria luego : siendo el principal motivo de abreviar su jornada la justa consideracion de no permitir que se acercasen á su corte, por componerse aquel ejército de gente menos atenta, y menos corregida que fuera razon, para fiarse de su vecindad, sin riesgo de que pudiesen ocasionar alguna turbacion entre sus vasallos. »

Asi procuró interesarle como pudo en su resolucion ; y Motezuma, que sabia ya las vejaciones de que se quejaban los Zempoales, alabó su atencion, teniendo por conveniente que se procurasen apartar de su corte aquellos soldados de tan violento proceder ; pero le pareció temeridad que habiéndose ya declarado por sus enemigos, y hallándose con fuerzas tan superiores á las suyas, se aventurase á la contingencia de que no le atendiesen ó le atropellasen. Ofrecióle formar ejército que le guardase las espaldas, cuyos cabos irian á su orden, y la llevarian de obedecerle y respetarle como á su misma persona : punto que procuró esforzar con diferentes instancias, en que se dejaba conocer el afecto sin alguna mezcla de afectacion : pero Hernan Cortés agradeció la

oferta, y se defendió de admitirla; porque á la verdad fiaba poco en los Mejicanos, y no quiso incurrir en el desacierto de admitir armas auxiliares que le pudiesen dominar: como quien sabia cuanto embaraza en las facciones de la guerra tener á un tiempo empeñada la frente, y el lado receloso.

Suavizados en esta forma los motivos de su viage, dió todo el cuidado á las demas prevenciones, con ánimo de volver á sus inteligencias antes que se moviese Narvaez. Resolvió dejar en Méjico hasta ochenta Españoles á cargo de Pedro de Alvarado, que pareció á todos mas á propósito, porque tenia el afecto de Motezuma; y sobre ser capitán de valor y entendimiento, le ayudaban mucho la cortesania y el despejo natural, para no ceder á las dificultades, y pedir al ingenio lo que faltase á las fuerzas. Encargóle que procurase mantener á Motezuma en aquella especie de libertad que le hacia desconocer su prision; resistiendo cuanto fuese posible que se estrechase á pláticas secretas con los Mejicanos: dejó á su cargo el tesoro del rey y de los particulares; y sobre todo le advirtió « cuanto importaba conservar aquel pie de su ejército en la corte, y aquel

príncipe á su devocion : » presupuestos á que debia encaminar sus operaciones con igual vigilancia , por consistir en ellos la comun seguridad. A los soldados ordenó « que obedeciesen á su capitán , que sirviesen y respetasen con mayor solitud y rendimiento á Motezuma , que corriesen de buena conformidad con su familia y los de su cortejo » , exhortándolos por su misma seguridad á la union entre sí , y á la modestia con los demas.

Despachó correo á Gonzalo de Sandoval , ordenándole que le saliese á recibir , ó le esperase con los Epañoles de su cargo en el parage donde pensaba detenerse , y que dejase la fortaleza de la Vera Cruz á la confianza de los confederados , que seria poco menos que abandonarla ; porque ya no era tiempo de mantenerse desunidos , ni aquella fortificacion que se fabricaba contra los Indios era capaz de resistir á los Epañoles. Previno los víveres que parecieron necesarios , para no ir á la providencia ó á la estorsion de los paisanos : hizo juntar los Indios de carga que habian de conducir el bagage ; y tomando la mañana el dia de la marcha , dispuso que se dijese una misa del Espiritu Santo , y que la oyesen to-

dos sus soldados, y encomendasen á Dios el buen suceso de aquella jornada : protestando en presencia del altar que solo deseaba su servicio y el de su rey, inseparables en aquella ocurrencia; y que iba sin odio ni ambicion, puesta la mira en ambas obligaciones, y asegurado en lo mismo que abogaba por él la justicia de su causa.

Entró luego á despedirse de Motezuma, y le pidió con encarecimiento « que cuidase de aquellos pocos Españoles que dejaba en su compañía, que no los desamparase, ó descubriese con apartarse de ellos, porque de cualquiera mudanza ó menos gratitud que reconociesen los suyos, podrian resultar graves inconvenientes que pidiesen graves remedios; y que sentiria mucho hallarse obligado á volver quejoso, cuando iba tan reconocido : » á que añadió « que Pedro de Alvarado quedaba sustituyendo su persona; y así, como le tocaban en su ausencia las prerogativas de embajador, dejaba en él su misma obligacion de asistir en todo á su mayor servicio; y que no desconfiaba de volver con mucha brevedad á su presencia, libre de aquel embarazo, para recibir sus órdenes, disponer su viage, y llevar al emperador con sus presentes la noticia de su amistad

y confederacion, que seria la joya de su mayor aprecio. »

Volvióse á contristar Motezuma de que saliese con fuerzas tan desiguales. Pidióle « que si necesitase de las armas para dar á entender su razon, procurase dilatar el rompimiento hasta que llegasen los socorros de su gente, que tendria prontos en el número que los pidiese. Dióle palabra de no desamparar á los Españoles que dejaba con Pedro de Alvarado, ni hacer mudanza en su habitacion pendiente su ausencia. » Y añade Antonio de Herrera que le salió acompañando largo trecho con todo el séquito de su corte; pero atribuye, con malicia voluntaria, esta demostracion á lo que deseaba verse libre de los Españoles, suponiéndole ya desabrido y de mal ánimo contra Hernan Cortés, y contra los suyos. Lo que vemos es que cumplió puntualmente su palabra, perseverando en aquel alojamiento, y en su primera benignidad, por mas que se le ofrecieron grandes turbaciones, que pudo remediar con volverse á su palacio; y tanto en lo que obró para defender á los Españoles que le asistian, como en lo que dejó de obrar contra los demas en esta desunion de sus fuerzas, se co-

noce que no hubo doblez ó novedad en su intención. Es verdad que llegó á desear que se fuesen, porque le instaba la quietud de su república; pero nunca se determinó á romper con ellos, ni dejó de conocer el vínculo de la salvaguardia real en que vivian; y aunque parecen estas atenciones de príncipe menos bárbaro, y poco adecuadas á su condicion, fue una de las maravillas que obró Dios para facilitar esta conquista, la mudanza total de aquel hombre interior, porque la rara inclinacion y el temor reverencial que tuvo siempre á Cortés, se oponian derechamente á su altivez desenfrenada, y se deben mirar como dos afectos enemigos de su genio, que tuvieron de inspirados todo aquello que les faltaba de naturales.

CAPITULO VIII.

Marcha Hernan Cortés la vuelta de Zempoala, y sin conseguir la gente que tenia prevenida en Tlascala continua su viage hasta Matalaquita, donde vuelve á las pláticas de la paz, y con nueva irritacion rompe la guerra.

Dróse principio á la marcha, y se fue siguiendo el camino de Cholula con todas las cautelas y resguardos que pedia la seguridad y abrazaba fácilmente la costumbre de aquellos soldados, diestros en las puntualidades que ordena la milicia, y hechos á obedecer sin discurrir. Fueron recibidos en aquella ciudad con agradable prontitud, convertido ya en veneracion afectuosa el miedo servil con que vinieron á la obediencia. De allí pasaron á Tlascala; y media legua de aquella ciudad hallaron un lucido acompañamiento, que se componia de la nobleza y el senado. La entrada se celebró con notables demostraciones de alegría, correspondientes al nuevo mérito con que volvian los Españoles por haber preso á Motezuma, y quebrantado el orgullo de los Mejicanos: circunstancia que multiplicó entonces los

aplausos, y mejoró las asistencias. Juntóse luego el senado para tratar de la respuesta que se debía dar á Hernan Cortés sobre la gente de guerra que habia pedido á la república. Y aquí hallamos otra de aquellas discordancias de autores, que ocurren con frecuente infelicidad en estas narraciones de las Indias, obligando algunas veces á que se abraçe lo mas verosímil, y otras á buscar trabajosamente lo posible. Dice Bernal Diaz que pidió cuatro mil hombres, y que se los negaron con pretesto de que no se atrevian sus soldados á tomar las armas contra Españoles, porque no se hallaban capaces de resistir á los caballos y armas de fuego: y Antonio de Herrera, que dieron seis mil hombres efectivos, y le ofrecian mayor número; los cuales refiere que se agregaron á las compañías de los Españoles, y que á tres leguas de marcha se volvieron, por no estar acostumbrados á pelear lejos de sus confines. Pero como quiera que sucediese (que no todo se debe apurar), es cierto que no se hallaron los Tlascaltecas en esta faccion: pidiólos Hernan Cortés mas por hacer ruido á Narvaez, que porque se fiase de sus armas, ni fuese de codiciar su estilo de pelear contra enemigos españoles: pero tam-

bien es cierto que salió de aquella ciudad sin queja suya ni desconfianza de los Tlascaltecas; porque los buscó despues, y los halló cuando los hubo menester contra otros Indios, en cuyos combates eran valientes y resueltos, como lo asegura el haber conservado su libertad á despecho de los Mejicanos, tan cerca de su corte, y en tiempo de un príncipe que tenia su mayor vanidad en el renombre de conquistador.

Detúvose poco el ejército en Tlascala; y alargando los tránsitos, pasó á Matalequita, lugar de Indios amigos, distante doce leguas de Zempoala, donde llegó casi al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval con la gente de su cargo, y siete soldados mas, que se pasaron á la Vera Cruz del ejército de Narvaez el día siguiente á la prision del oidor, teniendo por sospechoso aquel partido. Supo de ellos Hernan Cortés cuanto pasaba en el cuartel de su enemigo; y Gonzalo de Sandoval le dió mas frescas noticias de todo, porque antes de partir tuvo inteligencia para introducir en Zempoala dos soldados españoles, que imitaban con propiedad los ademanes y movimientos de los Indios, y no les desayudaba el color para la semejanza. Estos se desnudaron con alegre solici-

tud, y cubriendo parte de su desnudez con los arreos de la tierra, entraron al amanecer en Zempoala con dos banastas de fruta sobre la cabeza; y puestos entre los demas que manejaban este género de grangería; la fueron trocando á cuentas de vidrio, tan diestros en fingir la simplicidad y la codicia de los paisanos, que nadie hizo reparo en ellos; con que pudieron discurrir por la villa, y escapar á su salvo con la noticia que buscaban : pero no contentos con esta diligencia, y deseando tambien llevar averiguado con qué género de guardias pasaba la noche aquel ejército, volvieron á entrar con segunda carga de yerba entre algunos Indios que salian á forragear; y no solo reconocieron la poca vigilancia del cuartel, pero la comprobaron, trayendo á la Vera Cruz un caballo que pudieron sacar de la misma plaza, sin que hubiese quien se lo embarazase; y acertó á ser del capitan Salvatierra, uno de los que mas irritaban á Narvaez contra Hernan Cortés : circunstancia que dió estimacion á la presa. Hicieron estos exploradores por su fama cuanto cupo en la industria y el valor, y se callaron desgraciadamente sus nombres en una faccion tan bien ejecutada, y en una historia donde se

hallau á cada paso hazañas menores con dueño encarecido.

Fundaba Cortés parte de sus esperanzas en la corta milicia de aquella gente; y el descuido con que gobernaba su cuartel Pánfilo de Narvaez, le traia varios designios á la imaginacion: podia nacer de lo mismo que desestimaba sus fuerzas, y asi lo conocia; pero no le pesaba de verlas tan desacreditadas, que produjesen aquella seguridad en el ejército contrario, la cual favorecia su intento, y á su parecer militaba de su parte, en que discurria sobre buenos principios; siendo evidente que la seguridad es enemiga del cuidado, y ha destruido á muchos capitanes. Débese poner entre los peligros de la guerra, porque ordinariamente cuando llega el caso de medir las fuerzas, queda mejor el enemigo despreciado. Trató de abreviar sus disposiciones, y estrechar á Narvaez con las instancias de la paz, que por su parte debian preceder al rompimiento.

Hizo reseña de su gente, y se halló con doscientos y sesenta y seis Españoles, incluso los oficiales y los soldados que vinieron con Gonzalo de Sandoval, sin los Indios de carga que fueron necesarios para el bagage. Despachó segunda vez

al padre fray Bartolomé de Olmedo , para que volviese á porfiar en el ajustamiento, y le avisó brevemente del poco efecto que producian sus diligencias. Pero deseando hacer algo mas por la razon , ó ganar algun tiempo en que pudiesen llegar los dos mil Indios que aguardaba de Chinantla , determinó enviar al capitan Juan Velazquez de Leon , creyendo que por su autoridad y por el parentesco de Diego Velazquez seria mejor admitida su mediacion. Tenia experimentada su fidelidad, y pocos dias antes le habia repetido las ofertas de morir á su lado, con ocasion de poner en sus manos una carta que le escribió Narvaez, llamándole á su partido con grandes conveniencias : demostracion á cuyo agradecimiento correspondió Hernan Cortés, fiando entonces de su ingenuidad y entereza tan peligrosa negociacion.

Creyeron todos cuando llegó á Zempoala que iba reducido á seguir las banderas de su pariente: y Narvaez salió á recibirle con grande alborozo : pero cuando llegó á entender su comision, y conoció que se iba empeñando en apadrinar la razon de Cortés, atajó el razonamiento , y se apartó de él con alguna desazon , aunque no sin esperanzas de reducirle; porque antes de volver á la plática

ordenó que se hiciese un alarde á sus ojos de toda su gente , deseando al parecer atemorizarle , ó convencerle con aquella vana ostentacion de sus fuerzas. Aconsejéronle algunos que le prendiese ; pero no se atrevió , porque tenia muchos amigos en aquel ejército ; antes le convidó á comer el dia siguiente , y convidó tambien á los capitanes de su confianza , para que le ayudasen á persuadirle. Diéronse á la urbanidad y cumplimiento los principios de la conversacion ; pero á breve rato se introdujo la murmuracion de Cortés entre las licencias del banquete : y aunque procuró disimular Juan Velazquez por no destruir el negocio de su cargo , pasando á términos indecentes la irrision y el desacato , no se pudo contener en el desaire de su paciencia , y dijo en voz alta y descompuesta , « que pasasen á otra plática , porque delante de un hombre como él no debian tratar como ausente á su capitan ; y que cualquiera dellos que no tuviese á Cortés y á cuantos le seguian por buenos vasallos del rey , se lo dijese con menos testigos , y le desengañaria como quisiese. » Callaron todos , y calló Pánfilo de Narvaez , como embarazado en la dificultad de la respuesta ; pero un capitan mozo , sobrino de Diego Velazquez , y de

su mismo nombre, se adelantó á decirle « que no tenia sangre de Velazquez, ó la tenia indignamente quien apadrinaba con tanto empeño la causa de un traidor : » á que respondió Juan Velazquez desmintiéndole, y sacando la espada con tanta resolucion de castigar su atrevimiento, que trabajaron todos en reprimirle; y últimamente le instaron en que se volviese al real de Cortés, porque temieron los inconvenientes que podria ocasionar su detencion; y él lo ejecutó luego, llevándose consigo al padre fray Bartolomé de Olmedo, y diciendo al partir algunas palabras poco advertidas, que hacian á su venganza, ó la trataban como decision del rompimiento.

Quedaron algunos de los capitanes mal satisfechos de que Narvaez le dejase volver sin ajustar el duelo de su pariente, para oirle, y despacharle bien ó mal, segun lo que de nuevo representase; á cuyo propósito decian « que una persona de aquella suposicion y autoridad, se debia tratar con otro género de atencion : que de su juicio y entereza no se podia creer que hubiese venido con proposiciones descaminadas, ó menos razonables : que las puntualidades de la guerra nunca llegaban á impedir la franqueza de los oidos ;

ni era buena política, ó buen camino de poner en cuidado al enemigo, darle á entender que se temia su razon : » discursos que pasaron de los capitanes á los soldados, con tanto conocimiento de la poca justificacion con que se procedia en aquella guerra, que Pánfilo de Narvaez necesitó para sosegarlos de nombrar persona, que fuese á disculpar en su nombre y el de todos, aquella falta de urbanidad, y á saber de Cortés á qué punto se reducía la comision de Juan Velazquez de Leon; para cuya diligencia eligieron él y los suyos al secretario Andres de Duero, que por menos apasionado contra Hernan Cortés, pareció á propósito para la satisfaccion de los mal contentos; y por criado de Diego Velazquez no desmereció la confianza de los que procuraban estorbar el ajustamiento.

Hernan Cortés entretanto, con las noticias que llevaron fray Bartolomé de Olmedo y Juan Velazquez de Leon, entró en conocimiento de que habia cumplido sobradamente con las diligencias de la paz; y teniendo ya por necesario el rompimiento, movió su ejército con ánimo de acercarse mas, y ocupar algun puesto ventajoso donde aguardar á los Chinantecas, y aconsejarse con el tiempo.

Iba continuando su marcha cuando volvieron los batidores con noticia de que venia de Zempoala el secretario Andres de Duero ; y Hernan Cortés , no sin esperanza de alguna favorable novedad , se adelantó á recibirle. Saludáronse los dos con igual demostracion de su afecto ; renováronse con los abrazos , ó se volvieron á formar los antiguos vínculos de su amistad : concurrieron al aplauso de su venida todos los capitanes ; y antes de llegar á lo inmediato de la negociacion , le hizo Cortés algunos presentes mezclados con mayores ofertas. Detúvose hasta otro dia despues de comer , y en este tiempo se apartaron los dos á diferentes conferencias de grande intimidad. Discurriéronse algunos medios en orden á la union de ambos partidos , con deseo de hallar camino para reducir á Narvaez , cuya obstinacion era el único impedimento de la paz. Llegó Cortés á ofrecer que le dejaria la empresa de Méjico , y se apartaria con los suyos á otras conquistas : y Andres de Duero , viéndole tan liberal con su enemigo , le propuso que se viese con él , pareciéndole que podria conseguir de Narvaez este abocamiento , y que se vencerian mejor las dificultades con la presencia y viva voz de las partes. Dicen unos

que llevaba orden para introducir esta plática : otros que fue pensamiento de Cortés; y concuerdan todos en que se ajustaron las vistas de ambos capitanes luego que volvió Andres de Duero á Zempoala; por cuya solicitud se hizo capitulacion auténtica, señalando la hora y el sitio donde habia de ser la conferencia; y asegurando cada uno con su palabra y su firma, que saldrian al puesto señalado con solos diez compañeros, para que fuesen testigos de lo que se discurriese y ajustase.

Pero al mismo tiempo que se disponia Hernan Cortés para dar cumplimiento por su parte á lo capitulado, le avisó de secreto Andrés de Duero, que se andaba previniendo una emboscada, con ánimo de prenderle ó matarle sobre seguro; cuya noticia (que se confirmó tambien por otros confidentes) le obligó á darse por entendido con Narvaez, de que habia descubierto la doblez de su trato; y con el primer calor de su enojo le escribió una carta rompiendo la capitulacion, y remitiendo á la espada su desagravio. Llevábale ciegamente á las manos de su enemigo la misma nobleza de su proceder; y acertaba mal á disculpar con los suyos aquella falta de cautela, ó precipitada sinceridad con que se fiaba de Nar-

vaez , teniendo conocida su intencion y mala voluntad ; pero nadie pudo acusarle de poco advertido capitan en esta confianza , siendo el rompimiento de la palabra en semejantes convenciones una de las malignidades que no se deben recelar del enemigo ; porque las supercherías no estan en el número de los estratagemas , ni caben estos engaños que manchan el pundonor en toda la malicia de la guerra.

CAPITULO IX.

Prosigue su marcha Hernan Cortés hasta una legua de Zempoala : sale con su ejército en campaña Pánfilo de Narvaez : sobreviene una tempestad , y se retira ; con cuya noticia resuelve Cortés acometerle en su alojamiento.

QUEDÓ Hernan Cortés mas animoso que irritado con esta última sinrazon de Narvaez , pareciéndole indigno de su temor un enemigo de tan humildes pensamientos ; y que no fiaba mucho de su ejército ni de sí , quien trataba de asegurar la victoria con detrimento de la reputacion. Siguió su marcha en mas que ordinaria diligencia ; no porque tu-

viere resuelta la faccion, ni discurridos los medios, sino porque llevaba el corazon lleno de esperanzas, madrugando á confortar su resolucion aquellas premisas que suelen venir delante de los sucesos. Asentó su cuartel una legua de Zempoala, en parage defendido por el frente del rio que llamaban de Canoas, y abrigado por las espaldas con la vecindad de la Vera Cruz, donde le dieron unas caserías, ó habitaciones, bastante comodidad para que se reparase la gente de lo que habia padecido con la fuerza del sol, y prolijidad del camino. Hizo pasar algunos batidores y centinelas á la otra parte del rio; y dando el primer lugar al descanso de su ejército, reservó para despues el discurrir con sus capitanes lo que se hubiese de intentar, segun las noticias que llegasen del ejército contrario, donde tenia ganados algunos confidentes, y estaba creyendo que lo habian de ser en la ocasion cuantos aborrecian aquella guerra; cuyo presupuesto, y las cortas esperiencias de Narvaez, le dieron bastante seguridad para que pudiese acercarse tanto á Zempoala, sin falta de precaucion ó nota de temeridad.

Llegó á Narvaez la noticia del parage donde se hallaba su enemigo; y mas apresurado que dili-

gente, ó con un género de celeridad embarazada que tocaba en turbacion, trató de sacar su ejército en campaña. Hizo pregonar la guerra, como si ya no estuviera pública: señaló dos mil pesos de talla por la cabeza de Cortés: puso en precio menor las de Gonzalo de Sandoval, y Juan Velazquez de Leon. Mandaba muchas cosas á un tiempo, sin olvidarse de su enojo: mezclábanse las órdenes con las amenazas, y todo era despreciar al enemigo con apariencias de temerle. Puesto en orden el ejército, menos por su disposicion que por lo que acertaron sin obedecer sus capitanes, marchó como un cuarto de legua con todo el grueso, y resolvió hacer alto para esperar á Cortés en campo abierto: persuadiéndose á que venia tan desalumbado, que le habia de acometer donde pudiese lograr todas sus ventajas el mayor número de su gente. Duró en este sitio y en esta credulidad todo el dia, gastando el tiempo y engañando la imaginacion con varios discursos de alegre confianza, conceder el pillage á los soldados, enriquecer con el tesoro de Méjico á los capitanes, y hablar mas en la victoria que de la batalla: pero al caer el sol se levantó un nublado que adelantó la noche, y empezó á despedir tanta cantidad de

agua, que aquellos soldados maldijeron la salida, y clamaron por volverse al cuartel; en cuya impaciencia entraron poco despues los capitanes, y no se trabajó mucho en reducir á Narvaez, que sentia tambien su incomodidad; faltando en todos la costumbre de resistir á las inclemencias del tiempo, y en muchos la inclinacion á un rompimiento de tantos inconvenientes.

Habia llegado poco antes aviso de que se mantenía Cortés de la otra parte del rio, de que no sin alguna disculpa conjeturaron que no habia que recelar por aquella noche; y como nunca se halla con dificultad la razon que busca el deseo, dieron todos por conveniente la retirada, y la pusieron en ejecucion desconcertadamente, caminando al cubierto, menos como soldados que como fugitivos.

No permitió Narvaez que su ejército se desuniese aquella noche; mas porque discurrió en salir temprano á la campaña, que porque tuviese algun recelo de Cortés; aunque afectó por los demas el cuidado á que obligaba la cercanía del enemigo. Alojáronse todos en el adoratorio principal de la villa, que constaba de tres torreones ó capillas poco distantes, sitio eminente y capaz, á cuyo pla-

no se subia por unas gradas pendientes y desabridas que daban mayor seguridad á la eminencia.

Guarneció con su artillería el pretil que servia de remate á las gradas. Eligió para su persona el torreón de en medio, donde se retiró con algunos capitanes, y hasta cien hombres de su confianza, y repartió en los otros dos el resto de la gente: dispuso que saliesen algunos caballos á correr la campaña: nombró dos centinelas que se alargasen á reconocer las avenidas: y con estos resguardos, que á su parecer no dejaban que desear á la buena disciplina, dió al sosiego lo que restaba de la noche, tan lejos el peligro de su imaginacion, que se dejó rendir del sueño, con poca ó ninguna resistencia del cuidado.

Despachó luego Andres de Duero á Hernán Cortés un confidente suyo, que pudo echar fuera de la plaza con poco riesgo, para que á boca le diese cuenta de la retirada, y de la forma en que se habia dispuesto el alojamiento; mas por asegurarle amigablemente que podia pasar la noche sin recelo, que por advertirle ó provocarle á nuevos designios. Pero él con esta noticia tardó poco en determinarse á lograr la ocasion, que á su parecer le convidaba con el suceso. Tenia premedi-

tados todos los lances que se le podian ofrecer en aquella guerra, y alguna vez se deben cerrar los ojos á las dificultades, porque suelen parecer mayores desde lejos, y hay casos en que daña el discurrir al ejecutar. Convocó su gente sin mas dilacion, y la puso en orden aunque duraba la tempestad; pero aquellos soldados, endurecidos ya en mayores trabajos, obedecieron sin hacer caso de su incomodidad, ni preguntar la ocasion de aquel movimiento inopinado; tanto se dejaban á la providencia de su capitan. Pasaron el rio con el agua sobre la cintura, y vencida esta dificultad, hizo á todos un breve razonamiento en que les comunicó lo que llevaba discurrido, sin poner duda en su resolucion, ni cerrar las puertas al consejo. Dióles noticia de la turbacion con que se habian retirado los enemigos buscando el abrigo de su cuartel contra el rigor de la noche, y de la separacion y desorden con que habian ocupado los torreones del adoratorio: ponderó el descuido y seguridad en que se hallaban: la facilidad con que podrian ser asaltados antes que llegasen á unirse, ó tuviesen lugar para doblarse; y viendo que no solo se aprobaba, pero se aplaudia la proposicion: « esta noche, prosiguió diciendo con

nuevo fervor : esta noche, amigos , ha puesto el cielo en nuestras manos la mayor ocasion que se pudiera fingir nuestro deseo : vereis ahora lo que fio de vuestro valor , y yo confesaré que vuestro mismo valor hace grandes mis intentos. Poco ha que aguardábamos á nuestros enemigos con esperanza de vencerlos al reparo de esa ribera : ya los tenemos descuidados y desunidos , militando por nosotros el mismo desprecio con que nos tratan. De la impaciencia vergonzosa con que desampararon la campaña , huyendo esos rigores de la noche, pequeños males de la naturaleza , se colige, como estarán en el sosiego unos hombres que le buscaron con flojedad y le disfrutan sin recelo. Narvaez entiende poco de las puntualidades á que obligan las contingencias de la guerra. Sus soldados por la mayor parte son visoños, gente de la primera ocasion, que no ha menester la noche para moverse con desacierto y ceguedad ; muchos se hallan desobligados ó quejosos de su capitán : no faltan algunos á quienes debe inclinacion nuestro partido ; ni son pocos los que aborrecen como voluntario este rompimiento ; y suelen pesar los brazos cuando se mueven contra el dictámen ó contra la voluntad : unos y otros se deben tratar

como enemigos hasta que se declaren; porque si ellos nos vencen hemos de ser nosotros los traidores. Verdad es que nos asiste la razon; pero en la guerra es la razon, enemiga de los negligentes, y ordinariamente se quedan con ella los que pueden mas. A usurparos vienen cuanto habeis adquirido : no aspiran á menos que hacerse dueños de vuestra libertad, de vuestras haciendas y de vuestras esperanzas : suyas se han de llamar nuestras victorias : suya la tierra que habeis conquistado con vuestra sangre : suya la gloria de vuestras hazañas; y lo peor es que con el mismo pie que intentan pisar nuestra cerviz, quieren atropellar el servicio de nuestro rey, y atajar los progresos de nuestra religion : porque se han de perder si nos pierden; y siendo suyo el delito han de quedar en duda los culpados. A todo se ocurre con que obreis esta noche como acostumbrais : mejor sabreis ejecutarlo que yo discurrirlo : alto á las armas y á la costumbre de vencer : Dios y el rey en el corazon, el pundonor á la vista, y la razon en las manos, que yo seré vuestro compañero en el peligro, y entiendo menos de animar con las palabras, que de persuadir con el ejemplo. »

Quedaron tan encendidos los ánimos con esta oracion de Cortés, que hacian instancia los soldados sobre que no se dilatase la marcha. Todos le agradecieron el acierto de la resolucion, y algunos le protestaron, que si trataba de ajustarse con Narvaez le habian de negar la obediencia: palabras de hombres resueltos, que no le sonaron mal, porque hacian al brio mas que al desacato. Formó sin perder tiempo tres pequeños escuadrones de su gente, los cuales se habian de ir sucediendo en el asalto. Encargó el primero á Gonzalo de Sandoval con setenta hombres, en cuyo número fueron comprendidos los capitanes Jorge y Gonzalo de Alvarado, Alonso Dávila, Juan Velazquez de Leon, Juan Nuñez de Mercado, y nuestro Bernal Diaz del Castillo. Nombró por cabo del segundo al maestre de campo Cristóval de Olid, con otros sesenta hombres, y asistencia de Andrés de Tapia, Rodrigo Rangel, Juan Jaramillo y Bernardino Vazquez de Tapia: y él se quedó con el resto de la gente, y con los capitanes Diego de Ordaz, Alonso de Grado, Cristóval y Martin de Gamboa, Diego Pizarro y Domingo de Alburquerque. La orden fue que Gonzalo de Sandoval con su vanguardia procurase vencer la

primera dificultad de las gradas, y embarazar el uso de la artillería, dividiéndose á estorbar la comunicacion de los dos torreones de los lados, y poniendo gran cuidado en el silencio de su gente : que Cristóval de Olid subiese inmediatamente con mayor diligencia y embistiese al torreón de Narvaez, apretando el ataque á viva fuerza; y él seguiria con los suyos para dar calor y asistir donde llamase la necesidad, rompiendo entonces las cajas y demas estruendos militares para que su misma novedad diese al asombro y á la confusion el primer movimiento del enemigo.

Entró luego Fr. Bartolomé de Olmedo con su exhortacion espiritual, y asentado el presupuesto de que iban á pelear por la causa de Dios, los dispuso á que hiciesen de su parte lo que debian para merecer su favor. Habia una cruz en el camino que fijaron ellos mismos cuando pasaron á Méjico; y puesto de rodillas delante de ella todo el ejército, les dictó un acto de contricion que iban repitiendo con voz afectuosa : mandóles decir la confesion general, y bendiciéndolos despues con la forma de la absolucion, dejó en sus corazones otro espíritu de mejor calidad, aunque parecido al primero, porque la quietud de la con-

ciencia quita el horror á los peligros, ó mejora el desprecio de la muerte.

Concluida esta piadosa diligencia formó Hernan Cortés sus tres escuadrones : puso en su lugar las picas y las bocas de fuego : repitió las ordenes á los cabos : encargó á todos el silencio : dió por seña y por invocacion el nombre del Espíritu Santo, en cuya pascua sucedió esta inter-presa, y empezó á marchar en la misma ordenanza que se habia de acometer, caminando muy poco á poco porque llegase descansada la gente, y por dar tiempo á la noche para que se opodera-se mas de su enemigo ; de cuya ciega seguridad y culpable descuido pensaba servirse para vencerle á menos costa, sin quedarle algun escrúpulo de que obraba menos valerosamente que solia en este género de insidias generosas, que llamó la antigüedad delitos de emperadores ó capitanes generales : siendo los engaños que no se oponen á la buena fe, lícitas permisiones del arte militar, y disputable la preferencia entre la industria y el valor de los soldados.

CAPITULO X.

Llega Hernan Cortés á Zempoala donde halla resistencia : consigue con las armas la victoria : prende á Narvaez, cuyo ejército se reduce á servir debajo de su mano.

HABRIA marchado el ejército de Cortés algo mas de media legua cuando volvieron los batidores con una centinela de Narvaez que cayó en sus manos, y dieron noticia que se les habia escapado entre la maleza otra que venia poco despues : accidente que destruia el presupuesto de hallar descuidado al enemigo. Hízose una breve consulta entre los capitanes, y vinieron todos en que no era posible que aquel soldado, caso que hubiese descubierto el ejército, se atreviese por entonces á seguir el camino derecho, siendo mas verosímil que tomase algun rodeo por no dar en el peligro: de que resultó con aplauso comun la resolucion de alargar el paso para llegar antes que la espía, ó entrar al mismo tiempo en el cuartel de los enemigos : suponiendo, que si no se lograra la ventaja de asaltarlos dormidos, se conseguiria

por lo menos la de hallarlos mal despiertos, y en el preciso embarazo de la primera turbacion. Asi lo discurrieron sin detenerse, y empezaron á marchar con mayor diligencia, dejando en un ribazo fuera del camino los caballos, el bagage y los demas impedimentos. Pero la centinela, que debió á su miedo parte de su agilidad, consiguió el llegar antes, y puso en arma el cuartel, diciendo á voces que venia el enemigo. Acudieron á las armas los que se hallaron mas prontos: lleváronle á la presencia de Narvaez, y él, despues de hacerle algunas preguntas, despreció el aviso y al que le traia, teniendo por impracticable que se atreviese Cortés á buscarle con tan poca gente dentro de su alojamiento, ni pudiese campear en noche tan oscura y tempestuosa.

Serian poco mas de las doce cuando llegó Hernan Cortés á Zempoala, y tuvo dicha en que no le descubriesen los caballos de Narvaez que al parecer perdieron el camino con la oscuridad, si no se apartaron de él para buscar algun abrigo en que defenderse del agua. Pudo entrar en la villa, y llegar con su ejército á vista del adoratorio, sin hallar un cuerpo de guardia, ni una centinela en que detenerse. Duraba entonces la dis-

puta de Narvaez con el soldado, que se afirmaba de haber reconocido, no solamente los batidores, sino todo el ejército en marcha diligente; pero se buscaban todavía pretextos á la seguridad, y se perdía en el exámen de la noticia el tiempo que aun siendo incierta, se debía lograr en la prevencion. La gente andaba inquieta y desvelada cruzando por el atrio superior: unos dudosos, y otros en la inteligencia de su capitan; pero todos con las armas en las manos, y poco menos que prevenidos.

Conoció Hernán Cortés que le habian descubierto; y hallándose ya en el segundo caso que llevaba discurrido, trató de asaltarlos antes que se ordenasen. Hizo la seña de acometer, y Gonzalo de Sandoval con su vanguardia empezó á subir las gradas segun el orden que llevaba. Sintieron el rumor algunos de los artilleros que estaban de guardia, y dando fuego á dos ó tres piezas, tocaron al arma segunda vez, sin dejar duda en la primera. Siguióse al estruendo de la artillería el de las cajas y las voces, y acudieron luego á la defensa de las gradas los que se hallaron mas cerca. Creció brevemente la oposicion: estrechóse á las picas y á las espadas el combate; y Gon-

zalo de Sandoval hizo mucho en mantenerse for-
cejando á un tiempo con el mayor número de la
gente, y con la diferencia del sitio inferior; pero
le socorrió entonces Cristóval de Olid : y Hernan
Cortés, dejando formado su reten, se arrojó á lo
mas ardiente del conflicto, y facilitó el avance
de unos y otros, obrando con la espada lo que
infundia con la voz, á cuyo esfuerzo no pudieron
resistir los enemigos, que tardaron poco en dejar
libre la última grada, y poco mas en retirarse
desordenadamente, desamparando el atrio y la
artillería. Huyeron muchos á sus alojamientos,
y otros acudieron á cubrir la puerta del torreón
principal, donde se volvió á pelear breve rato
con igual valor de ambas partes.

Dejóse ver á este tiempo Pánfilo de Narvaez
que se detuvo en armarse á persuasion de sus
amigos; y despues de animar á los que peleaban,
y hacer cuanto pudo para ordenarlos, se adelan-
tó con tanto denuedo á lo mas recio de el comba-
te, que hallándose cerca Pedro Sanchez Farfan
uno de los soldados que asistian á Sandoval, le
dió un picazo en el rostro, de cuyo golpe le sacó
un ojo y derribó en tierra, sin mas aliento que el
que hubo menester para decir que le habian

muerto. Corrió esta voz entre sus soldados, y cayó sobre todos el espanto y la turbacion con varios efectos, porque unos le desampararon ignominiosamente, otros se detuvieron por falta de movimiento, y los que mas se quisieron esforzar á socorrerle peleaban embarazados y confusos del súbito accidente: con que se hallaron obligados á retroceder, dando lugar á los vencedores para que le retirasen. Bajáronle por las gradas poco menos que arrastrando. Envió Cortés á Gonzalo de Sandoval para que cuidase de asegurar su persona, lo cual se ejecutó, entregándole al último escuadron; y el que poco antes miraba con tanto descuido aquella guerra, se halló al volver en sí, no solo con el dolor de su herida, sino en poder de sus enemigos, y con dos pares de grillos que le ponian mas lejos su libertad.

Llegó el caso de cesar la batalla porque cesó la resistencia. Encerráronse todos los de Narvaez en sus torreones tan amedrentados, que no se atrevian á disparar, y solo cuidaban de poner estorbos á la entrada. Los de Cortés apellidaron á voces la victoria, unos por Cortés, y otros por el rey, y los mas atentos por el Espíritu Santo: gritos de alborozo anticipado que ayudaron en-

tonces al terror de los enemigos ; y fue circunstancia que hizo al caso en aquella coyuntura , que se persuadiesen los mas á que traia Cortés un ejército muy poderoso : el cual á su parecer ocupaba gran parte de la campaña ; porque desde las ventanas de su encerramiento descubrian á diferentes distancias algunas luces que interrumpiendo la oscuridad parecian á sus ojos cuerdas encendidas y tropas de arcabuceros, siendo unos gusanos que resplandecen de noche , semejantes á nuestras lucernas ó noctilucas , aunque de mayor tamaño y resplandor en aquel emisferio : aprehension que hizo particular batería en el vulgo del ejército , y que dejó dudosos á los que mas se animaban : tanto engaña el temor á los afligidos , y tanto se inclinan los adminículos menores de la casualidad á ser parciales de los afortunados.

Mandó Cortés que cesasen las aclamaciones de la victoria ; cuya credulidad intempestiva suele dañar en los ejércitos , y se debe atajar , porque descuida y desordena los soldados. Hizo volver la artillería contra los torreones : dispuso que á guisa de pregon se publicase indulto general á favor de los que se rindiesen : ofreciendo partidos razonables y comunicacion de intereses á los

que se determinasen á seguir sus banderas : libertad y pasage á los que se quisiesen retirar á la isla de Cuba; y á todos salva la ropa y las personas : diligencia que fue bien discurrida, porque importó mucho que se hiciese notoria esta manifestacion de su ánimo antes que el dia , cuya primera luz no estaba lejos , desengañase aquella gente de las pocas fuerzas que los tenian oprimidos , y les diése resolucion para cobrarse de la pusilanimidad mal concebida : que algunas veces el miedo suele hacerse temeridad , avergonzando al que le tuvo con poco fundamento.

Apenas se acabó de intimar el bando á las tres separaciones donde se habia retraido la gente cuando empezaron á venir tropas de oficiales y soldados á rendirse. Iban entregando las armas como llegaban, y Cortés sin faltar á la urbanidad ni al agasajo , hizo tambien desarmar á sus confidentes ; porque no se les conociese la inclinacion, ó porque diesen ejemplo á los demas. Creció tanto en breve tiempo el número de los rendidos, que fue necesario dividirlos y asegurarlos con guardia suficiente , hasta que saliendo el dia se descubriesen las caras y los efectos.

Guidó en este intermedio Gonzalo de Sandoval

de que se curase la herida de Narvaez; y Hernan Cortés, que acudia incausablemente á todas partes, y tenia en aquella su principal cuidado, se acercó á verle con algun recato por no afligirle con su presencia; pero le descubrió el respeto de sus soldados; y Narvaez, volviéndole á mirar con semblante de hombre que no acababa de conocer su fortuna, le dijo: « tened en mucho, señor capitan, la dicha que habeis conseguido en hacerme vuestro prisionero. » A que le respondió Cortés « de todo, amigo, se deben las gracias á Dios: pero sin género de vanidad os puedo asegurar, que pongo esta victoria y vuestra prision entre las cosas menores que se han obrado en esta tierra. »

Llegó entonces noticia de que se resistia con obstinacion uno de los torreones, donde se habian hecho fuertes el capitan Salvatierra y Diego Velazquez el mozo, deteniendo con su autoridad y persuasiones á los soldados que se hallaban con ellos. Volvió Cortés á subir las gradas: hízoles intimar que se rindiesen, ó serian tratados con todo el rigor de la guerra; y viéndolos resueltos á defenderse ó capitular, dispuso, no sin alguna cólera, que se disparasen al torreón dos piezas de

artillería; y poco despues ordenó á los artilleros que levantasen la mira y diesen la carga en lo alto del edificio, mas para espantar que para ofender. Asi lo ejecutaron, y no fue necesaria mayor diligencia para que saliesen muchos á pedir cuartel, dejando libre la entrada de la torre que acabó de allanar Juan Velazquez de Leon con una escuadra de los suyos: prendieron á los capitanes Salvatierra y Velazquez, enemigos declarados, de quien se podia temer que aspirasen á ocupar el vacío de Narvaez, con que se declaró enteramente la victoria por Cortés. Murieron de su parte solo dos soldados, y hubo algunos heridos, de los cuales hay quien diga que murieron otros dos. En el ejército contrario quedaron muertos quince soldados, un alférez y un capitan, y fue mucho mayor el número de los heridos. Narvaez y Salvatierra fueron llevados á la Vera Cruz con la guardia que pareció necesaria. Quedó prisionero de Juan Velazquez de Leon, Diego Velazquez el mozo; y aunque le tenia justamente irritado con el lance de Zempoala, cuidó con particular asistencia de su cura y regalo: generosidad en que medió como intercesora la igualdad de la sangre, y como superior la nobleza

del ánimo. Y todo esto quedó ejecutado antes de amanecer. Notable faccion! en que se midieron por instantes los aciertos de Cortés, y los desalumbramientos de Narvaez.

Al romper el alva llegaron los dos mil Chinantecas que se habian prevenido; y aunque vinieron despues de la victoria celebró Cortés el socorro, teniéndole por oportuno, para que viesen los de Narvaez que no le faltaban amigos que le asistiesen. Miraban aquellos pobres rendidos con vergüenza y confusion el estado en que se hallaban: dióles el dia con su ignomiua en los ojos: vieron llegar este socorro, y conocieron las pocas fuerzas con que se habia conseguido la victoria: maldecian la confianza de Narvaez: acusaban su descuido, y todo cedia en mayor estimacion de Cortés, cuya vigilancia y ardimiento ponderaban con igual admiracion. Prerogativa es del valor, en la guerra particularmente, que no le aborrezcan los mismos que le envidian: pueden sentir su fortuna los perdidosos, pero nunca desagradan al vencido las hazanas del vencedor: máxima que se verificó en esta ocasion, porque cada uno, sin fiarse de los demas, se iba inclinando á mejorar de capitan, y á seguir las banderas de un ejército

donde vencian y medraban los soldados. Habia entre los prisioneros algunos amigos de Cortés, muchos aficionados á su valor, y muchos á su liberalidad. Rompieron los amigos el velo de la disimulacion, dieron principio á sus aclamaciones con que se declararon luego los aficionados, siguiendo á la mayor parte los demas. Permittedse que fuesen llegando á la presencia del nuevo capitán: arrojáranse muchos á sus pies, si él no los detuviera con los brazos: dieron todos el nombre haciendo pretension de ganar antigüedad en las listas: no hubo entre tantos uno que se quisiese volver á la isla de Cuba; y logró con esto Hernán Cortés el principal fruto de su empresa, porque no deseaba tanto vencer como conquistar aquellos Españoles. Fue reconociendo los ánimos, y halló en todos bastante sinceridad, pues ordenó luego que se les volviesen las armas; accion que resistieron algunos de sus capitanes; pero no faltarian motivos á esta seguridad, siendo amigos los que mas suponian entre aquella gente, y estando allí los Chinantecas que aseguraban su partido. Conocieron ellos el favor que recibian: aplaudieron esta confianza con nuevas aclamaciones, y él se halló en breves horas con un ejército que pasaba

ya de mil Españoles; presos los enemigos de quienes se podia recelar; con una armada de once navíos y siete bergantines á su disposicion; deshecho el último esfuerzo de Velazquez, y con fuerzas proporcionadas para volver á la conquista principal: debiéndose todo á su gran corazon, suma vigilancia y talento militar; y no menos al valor de sus soldados, que abrazaron primero con el ánimo una resolucion tan peligrosa; y despues con la espada y con el brio le dieron, no solamente la victoria, sino el acierto de la misma resolucion: porque al voto de los hombres, que dan ó quitan la fama, el conseguir es crédito del intentar: y las mas veces se debe á los sucesos el quedar con opinion de prudentes los consejos aventurados.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS

QUE CONTIENE ESTE SEGUNDO TOMO.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO I. Dáse noticia del viage que hicieron á España los enviados de Cortés; de las contradicciones y embarazos que retardaron su despacho.....	Pág. 1
CAP. II. Procura Motezuma desviar la paz de Tlascala: vienen los de aquella república á continuar su instancia; y Hernan Cortés ejecuta su marcha, y hace su entrada en la ciudad.....	11
CAP. III. Descríbese la ciudad de Tlascala: quéjanse los senadores de que anduviesen armados los Españoles, sintiendo su desconfianza; y Cortés los satisface, y procura reducir á que dejen la idolatría.....	21
CAP. IV. Despacha Hernan Cortés los embajadores de Motezuma: reconoce Diego de Ordaz el volcan de Popocatepec, y se resuelve la jornada por Cho-	22

lula.....	31
CAP. V. Hállanse nuevos indicios del trato doble de Cholula : marcha el ejército la vuelta de aquella ciudad , reforzado con algunas capitánias de Tlascala.....	41
CAP. VI. Entran los Españoles en Cholula , donde procuran engañarlos con hacerles en lo exterior buena acogida : descúbrese la traicion que tenían prevenida , y se dispone su castigo.....	50
CAP. VII. Castígase la traicion de Cholula : vuélvese á reducir y pacificar la ciudad ; y se hacen amigos los de esta nacion con los Tlascaltecas...	60
CAP. VIII. Parten los Españoles de Cholula : ofrécese nueva dificultad en la montaña de Chalco , y Motezuma procura detenerlos por medio de sus nigrománticos.....	71
CAP. IX. Viene al cuartel á visitar á Cortés de parte de Motezuma el señor de Tezcucó , su sobrino : continúa la marcha , y se hace alto en Quitlabaca , dentro ya de la laguna de Méjico.....	81
CAP. X. Pasa el ejército á Iztacpalapa , donde se dispone la entrada de Méjico , refiérese la grandeza con que salió Motezuma á recibir á los Españoles.....	90
CAP. XI. Viene Motezuma el mismo día por la tarde á visitar á Cortés en su alojamiento : refiérese la oracion que hizo antes de oír la embajada ; y la respuesta de Cortés.....	100
CAP. XII. Visita Cortés á Motezuma en su palacio , cuya grandeza y aparato se describe : y se da	

noticia de lo que pasó en esta conferencia, y en otras que se tuvieron despues sobre la religion.	110
CAP. XIII. Descríbese la ciudad de Méjico, su temperamento y situacion, el mercado del Tlatelalco, y el mayor de sus templos, dedicado al dios de la guerra.....	119
CAP. XIV. Descríbense diferentes casas que tenia Motezuma para su divertimento, sus armerías, sus jardines y sus quintas, con otros edificios notables que habia dentro y fuera de la ciudad.	131
CAP. XV. Dáse noticia de la ostentacion y puntualidad con que se hacia servir Motezuma en su palacio, del gasto de su mesa, de sus audiencias, y otras particularidades de su economía y divertimientos.....	140
CAP. XVI. Dáse noticia de las grandes riquezas de Motezuma, del estilo con que se administraba la hacienda y se cuidaba de la justicia, con otras particularidades del gobierno político y militar de los Mejicanos.....	151
CAP. XVII. Dáse noticia del estilo con que se medían y computaban en aquella tierra los meses y los años : de sus festividades, matrimonios, y otros ritos y costumbres dignas de consideracion.	162
CAP. XVIII. Continúa Motezuma sus agasajos y dádivas á los Españoles : llegan cartas de la Vera Cruz con noticia de la batalla en que murió Juan de Escalante; y con este motivo se resuelve la prision de Motezuma.....	174
CAP. XIX. Ejecútase la prision de Motezuma : dase	

noticia del modo como se dispuso, y como se recibió entre sus vasallos.....	187
CAP. XX. Como se portaba en la prision Motezuma con los suyos y con los Españoles : traen preso á Cualpopoca, y Cortés le hace castigar con pena de muerte, mandando echar unos grillos á Motezuma mientras se ejecutaba la sentencia.....	198

LIBRO CUARTO.

CAP. I. Permítase á Motezuma que se deje ver en público saliendo á sus templos y recreaciones : trata Cortés de algunas prevenciones que tuvo por necesarias; y se duda que intentasen los Españoles en esta sazón derribar los ídolos de Méjico.....	209
CAP. II. Descúbrese una conjuracion que se iba disponiendo contra los Españoles, ordenada por el rey de Tezcucó; y Motezuma, parte con su industria, y parte por las advertencias de Cortés, la sosiega castigando al que la fomentaba..	222
CAP. III. Resuelve Motezuma despachar á Cortés respondiendo á su embajada : junta sus nobles, y dispone que sea reconocido el rey de España por sucesor de aquel imperio, determinando que se le dé la obediencia y pague tributo como á descendiente de su conquistador.....	234
CAP. IV. Entra en poder de Hernan Cortés el oro y joyas que se juntaron de aquellos presentes :	

dicele Motezuma con resolucion que trate de su jornada, y él procura dilatarla sin replicarle; al mismo tiempo que se tiene aviso de que han llegado navíos españoles á la costa.....	245
CAP. V. Refiérense las nuevas prevenciones que hizo Diego Velazquez para destruir á Hernan Cortés; el ejército y armada que envió contra él á cargo de Pánfilo de Narvaez: su arribo á las costas de Nueva España; y su primer intento de reducir á los Españoles de la Vera Cruz.....	256
CAP. VI. Discursos y prevenciones de Hernan Cortés en orden á escusar el rompimiento: introduce tratados de paz: no los admite Narvaez, antes publica la guerra y prende al licenciado Lucas Vazquez de Ayllon.....	267
CAP. VII. Persevera Motezuma en su buen ánimo para con los Españoles de Cortés, y se tiene por improbable la mudanza que atribuyen algunos á diligencias de Narvaez. Resuelve Cortés su jornada y la ejecuta, dejando en Méjico parte de su gente.....	281
CAP. VIII. Marcha Hernan Cortés la vuelta de Zempoala, y sin conseguir la gente que tenia prevenida en Tlascala continua su viage hasta Matalequita, donde vuelve á las pláticas de la paz, y con nueva irritacion rompe la guerra.....	294
CAP. IX. Prosigue su marcha Hernan Cortés hasta una legua de Zempoala: sale con su ejército en campaña Pánfilo de Narvaez: sobreviene una tempestad, y se retira; con cuya noticia resuelve	

Cortés acometerle en su alojamiento.....	305
CAP. X. Llega Hernan Cortés á Zempoala donde halla resistencia, consigue con las armas la vic- toria: prende á Narvaex: cuyo ejército se reduce á servir debajo de su mano.....	310

GE 3U
385 MFT 6194



972.02
56875
1826
E
U.2
LCK

